ROBERT BURTON

ANATOMÍA DE LA MELANCOLÍA

(SELECCIÓN)

COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA-CALPE, S. A.

Primera edición popular para la COLECCIÓN AUSTRAL
Traducción del inglés y prólogo de Antonio Portnoy.

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley Nº *11.723.*
Todas las características gráficas de esta colección han sido registradas en la oficina de Patentes y Marcas de la Nación.

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE
Acabado de imprimir el 21 de enero de 1947.
Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A. - Iriarte 2035 - Buenos Aires

ÍNDICE

PRÓLOGO

Una de las obras que han hecho época en los anales de la ciencia europea es la Anatomía de la melancolía *que en traducción parcial ofrecemos en las páginas* que *siguen.*

La edición princeps *inglesa* publicóse *en 1621, y a pesar de los siglos transcurridos conserva el tratado un interés innegable y no escaso valor científico. Sólo que a ese interés se opone, como serio obstáculo que hace dificultosa la lectura, el fárrago de citas latinas de que está atestada cada página, resultado de la excesiva escrupulosidad del autor en mostrar las fuentes bibliográficas de que se valió, entre las que figura el famoso* Tratado del alma *del gran humanista español Luis Vives.*

La obra original se titula: The anatomy of melancholy, what it is with all the kinds causes, symptoms, prognostics and several cures of it *(Anatomía de la melancolía y naturaleza de la misma, con todas sus causas, síntomas y pronósticos y diversos medios de curarla), y puede considerarse como una verdadera enciclopedia, densa y notablemente documentada, sobre una afección que aun en nuestro tiempo constituye uno de los capítulos más oscuros y complejos de la psiquiatría.*

Debe advertirse que en la época de Burton el término anatomía *tenía un sentido amplísimo que ha perdido y por eso no concuerda con nuestro concepto moderno sobre el particular. En la obra se estudian —en sendas partes—* los *caracteres, causas, síntomas, pronóstico y curación de la enfermedad y se dedican extensos apéndices a la melancolía erótica y a la mística.*

Roberto Burton nació en Lindley, Leicestershire (Inglaterra) el 8 de febrero de 1576. Estudió en el colegio Brazen Nose y se distinguió particularmente en las disciplinas filosóficas. En 1599 se incorporó al personal docente del colegio anexo a la Christ Chufch (iglesia de Cristo) y contó con la protección del doctor Juan Bancroft, más tarde obispo de Oxford, ciudad donde pasó casi toda su vida.

En 1618 se le designó vicario de Santo Tomás, suburbio de Oxford, y veinte años después lord Berkeley lo favoreció con el nombramiento de rector de la parroquia de Seagrave, cargo que aceptó en las postrimerías de su vida tras de oponer serios reparos.

Lector ávido, pudo documentarse ampliamente para escribir su obra maestra sobre la melancolía, que dedicó al nombrado lord Berkeley, gracias a los libros que le facilitara Juan Rouse, funciona/rio de la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Latinista consumado y conocedor también del griego, llegó a poseer una cultura vastísima, sin dejar de pagar tributo a ciertas artes supersticiosas, entre ellas la astrología judiciaria, en la que tuvo fe ciega.

Enfermo de melancolía, se dedicó tenazmente al estudio de su propia enfermedad y dícese que compuso su voluminosa obra como un medio de procurar lenitivo a su padecimiento. En vida del autor (Democritus Júnior, *según se llamaba a sí mismo) vieron la luz cinco ediciones, todas en folio, con varias modificaciones; queda, como edición* ne varietur o *definitiva, la sexta (1651-1652), reimpresa muchas veces.*

El famoso libro ha valido al autor el renombre de Montaigne inglés, y ha influido indudablemente en la formación del estilo de grandes literatos ingleses, como Milton, Johnson, Sterne, Byron, Lamb, etc.

Burton compuso en latín la comedia Philosophaster, *estrenada en el colegio de Christ Church en 1616. Dialogan en ella los pedantes y charlatanes de una supuesta universidad española.*

Falleció en 1639 y fué enterrado con solemnes exequias. Un epitafio expresa que consagró su vida al estudio de la melancolía y murió a causa de la misma afección:

Paucis notus, paucioribus ignotus,
Hic jacet Democritus *junior*
Cui vitam dedit et mortem
Melancholia.
Ob. 8 Id. Jan. A. C. MDCXXXIX.

EXCELENCIA, DEGENERACIÓN, MISERIAS Y ENFERMEDADES DEL HOMBRE — SUS CAUSAS

EXCELENCIA DEL HOMBRE. — El hombre es la más excelsa y noble de las criaturas del mundo, «la más importante y más potente obra de Dios, maravilla de la naturaleza», según lo calificó Zoroastro; *audacis naturae rniraculura,* «la maravilla de las maravillas», al decir de Platón; «cifra y compendio del mundo», según Plinio.

Es un microcosmos, un mundo en pequeño, dechado de la Creación, señor soberano de la Tierra, virrey del mundo, único amo y gobernante de todos los seres que lo pueblan, de cuyo imperio esos seres son meros vasallos o súbditos que se avienen a prestarle obediencia.

Descuella sobre todo el resto de la Creación por la superioridad de su físico y de su espíritu. *Imaginis imago,* fué creado a imagen y semejanza de Dios, de su propia substancia inmortal e incorpórea, con todas las facultades y potencias que le son propias.

Ha sido al principio puro, divino, perfecto, dichoso, «creado a ejemplo de Dios en verdadera santidad y justicia»; *Deo congruens,* libre de dolencias de cualquier especie y puesto en el Paraíso para conocer a Dios, para admirar y glorificar al Señor, para hacer su voluntad, *ut diis consimiles parturiat deos* (como expresó un poeta antiguo) y para propagar el sagrado culto.

DEGENERACIÓN Y MISERIA DEL HOMBRE. — Pero esta criatura, la más noble de todas, ¡oh lastimosa mutación!, como exclama Palanterio, decae de lo que fué y degenera en su estado, convirtiéndose en un *hombrecillo miserable,* en un náufrago y ruin sujeto, una de las más míseras criaturas del mundo, si se la considera en su naturaleza propia, un ser que no se regenera y así ensombrecido por sus faltas que lo hacen inferior al animal (exceptuando algunos pocos caracteres que conserva), «cuando pierde la dignidad humana se asemeja a una alimaña que perece», como dijo de él David en sus *Salmos,* a un monstruo, por estupenda metamorfosis, a un zorro, un perro, un cerdo. ¿Qué no es entonces? ¡Y cuánto se aleja de lo que fué! Al principio, un santo y un bienaventurado, ahora un ser mísero y execrable. Debe ganar el pan con el sudor de su frente, como se lee en el Génesis, y está amenazado por la muerte y por toda especie de enfermedades y de calamidades.

Kudo es el trabajo impuesto a los hombres y pesado el yugo que deben soportar los hijos de Adán, desde e] día que salen del vientre materno hasta que vuelven a la madre de todo lo creado. La idea de la muerte los persigue y son víctimas de sus propios pensamientos, sus temores y los engendros de su imaginación.

Comenzó el hombre por sentarse eri glorioso trono para caer muy bajo hasta la región de la tierra y las cenizas; vistióse de fina seda azul y luego usó ropas de lienzo basto o estameña. Tanto el ser racional como el irracional conocen la ira, la envidia, la aflicción, la inquietud, el temor a la muerte, etcétera, pero

mucho más hacen presa esos sentimientos en el impío o el ateo. Todo ello le sucede en esta vida y quizá sea anuncio de eterna miseria y sufrimiento en la vida futura.

CAUSA INSTINTIVA DE LOS MALESTARES Y ENFERMEDADES DEL HOMBRE. — La causa determinante de los malestares del hombre, de las enfermedades y la muerte, de todos los castigos temporales y eternos, es el pecado de nuestro primer padre Adán cuando comió el fruto prohibido por instigación y seducción del diablo. Su desobediencia, orgullo, ambición, intemperancia, escepticismo y curiosidad— de donde procede el pecado original y la general corrupción de la humanidad— es la fuente de donde fluyen todas las inclinaciones malsanas y todas las faltas o transgresiones que causan nuestras desdichas, nacidas de nuestros pecados. Esto es probablemente lo que los poetas han querido expresar en el cuento de la caja de Pandora, la que al ser abierta, debido a su curiosidad, sembró por doquiera toda clase de enfermedades.

No ha sido sólo la curiosidad, por cierto, sino los demás pecados humanos lo que nos ha traído todas las plagas y malestares que venimos padeciendo. Como se lee en los *Salmos,* los insensatos se sienten atormentados a causa de sus faltas y sus iniquidades. El temor nace a semejanza de la tristeza repentina y el aniquilamiento se origina como el torbellino, la aflicción y la angustia, porque se ha perdido el temor a Dios. «¿Estáis agitado por luchas guerreras? —pregunta con palabras apremiantes Cipriano a Demetrio—; ¿sufrís privaciones y hambre?; ¿vuestra salud está quebrantada por crueles dolencias? ¿La humanidad toda está aquejada de enfermedades epidémicas? Todo esto se debe a vuestros pecados». (Amos y Jeremías).

Dios se muestra irritado, amenazador y vengativo debido a que con gran terquedad los hombres no quieren volver a Él. «Si la tierra es estéril por falta *de,* lluvias, si a causa de las sequías no da frutos, si las fuentes se han secado y los viñedos, el trigo y los olivares están destruidos, si la atmósfera está contaminada y los hombres aquejados de enfermedades, todo esto es debido a sus pecados»; y pareciera que la sangre de Abel clama venganza. «Por culpa de nuestros pecados hay mucha tristeza en nuestros corazones», dice el profeta Isaías. «Gruñimos como los osos y nos quejamos como las palomas, y la salud nos falta por culpa de nuestros pecados y excesos». Pero no podemos soportar que se nos hable de ello, según expresa Jeremías. «En vano recibimos el castigo, pues no nos corregimos»... «Tú los has azotado, pero ellos no se lamentan y se niegan a enmendarse y volver a Ti. Los has castigado con la peste, pero ellos no han vuelto a Ti». (Amos, IV). Herodes no pudo ocultar a Juan Bautista ni Domiciano a Apolonio que las causas de la plaga de Éfeso fueron la injusticia, el incesto, el adulterio y otros vicios semejantes. (Filóstrato, *Vida de Apolonio).*

Por mi parte digo que la justa sentencia de Dios consiste en el castigo de nuestra ceguera y obstinación como causa principal o concomitante de esos males. Dios nos castiga por nuestros pecados y para satisfacer su cólera. Debemos obedecer la ley divina, pues de lo contrario sufriremos castigo, como puede verse ampliamente en el Deuteronomio: «Si no quieren obedecer al Señor y seguir sus mandamientos y órdenes, entonces todas sus maldiciones caerán sobre ellos. La maldición llegará a la ciudad y al campo. Maldita será también la descendencia del hombre, etc. El Señor te enviará calamidades y males vergonzosos por tú maldad e inmoralidad». Y algo más adelante: «El Señor te castigará con las plagas de Egipto, con pústulas, sarna y comezón, sin que puedas curarte; con la demencia, la ceguera y trastornos cardíacos». Según San Pablo, «el que obra con maldad sentirá tribulación y angustia». Otros de tales castigos nos son infligidos para nuestra humillación, para poner a prueba nuestra paciencia en esta vida, para que nosotros mismos conozcamos a Dios y para que aprendamos a ser prudentes y discretos. En Isaías se lee: «Por eso mi pueblo está cautivo, porque carece de saber... La ira de Dios se ha encendido contra su pueblo y ha alzado su brazo sobre él». Empero, el Altísimo desea nuestra salvación: *Nostrae salutis avidus,* dice Lemnio, y por eso muchas veces nos da «un tirón de orejas» para despertar en nosotros la conciencia de nuestros deberes. «Los que han errado pueden tener agudo entendimiento y ser regenerados», como expresa Isaías. «Una congoja mortal me domina», dice David de sí mismo en los *Salinos.* «En la tristeza de mis ojos se refleja mi aflicción», añade, y esto la hace volver la mirada a Dios.

Alejandro Magno, en medio de su opulencia, deificado por una turbamulta de zánganos y convertido de hecho en un dios, cuando se sintió gravemente enfermo acordóse de que al fin y al cabo era un simple mortal y depuso su orgullo: *In morbo recolligit se animus,* como Plinio anota con frase penetrante. «Durante la enfermedad la mente reflexiona sobre sí misma y a sí misma se juzga, repudiando la conducta pasada», y termina diciendo a su amigo Mario: «Llegaríamos a la cúspide de la sabiduría si cumpliéramos siquiera en parte la promesa que hacemos, estando enfermos, sobre nuestro futuro comportamiento».

Cuando se goza de bienestar no huelga tener presente la advertencia de Moisés: «No hay que. olvidar a Dios», y en vez de mostrarse engreído es preciso reconocer los dones y beneficios de Él recibidos. «Y cuantos mayores son esos beneficios, tanto mayor debe ser la gratitud» (como dice Agapetiano) y más moderado el usufructo de los mismos.

CAUSAS FÍSICAS DE NUESTRAS ENFERMEDADES. — Las causas físicas de nuestras enfermedades son tan distintas como las enfermedades mismas, y están representadas por los astros, las capas celestes, los elementos de la naturaleza, etc.

Todos los seres creados por Dios han sido provistos de armas para luchar contra los pecadores. Hubo una época en que realmente fueron buenos y si después muchos se hicieron malos, no ha sido por su propia naturaleza sino por la corrupción del género humano. El desliz de nuestro primer padre Adán produjo un primer cambio en los seres, la maldición de la Tierra, la alteración de la influencia de los astros; e hizo que los cuatro elementos, los cuadrúpedos, los pájaros y las plantas estuviesen siempre dispuestos a causarnos daño. «Las principales cosas destinadas al uso del hombre son el agua, el fuego, el hierro, la sal, la harina, el trigo, la miel, la leche, el aceite, el vino, el vestido; cosas buenas sobre toda ponderación, pero que inclinan a los pecadores a la maldad», según se lee en el Eclesiastés. Y la misma obra expresa: «El fuego, el granizo, el hambre y la sequía, todo esto ha sido creado con fines de venganza».

El cielo nos amenaza con sus cometas, astros y planetas, con sus grandes conjunciones, con sus eclipses, oposiciones y otros fenómenos adversos; la atmósfera con sus meteoros, truenos, relámpagos, calores y fríos excesivos, fuertes ventarrones, tempestades importunas, etc., de lo cual se originan la esterilidad, el hambre, las plagas y toda ciase de enfermedades epidémicas, que han causado decenas de miles de muertes entre los humanos.

En El Cairo (Egipto), cada tres años, como refieren Botero y otros, morían 300.000 personas a causa de las plagas; y en Constantinopla, 200.000, cada cinco o siete años a lo sumo. ¿Cuántas veces la tierra nos espanta y castiga con sus terribles terremotos, sobre todo frecuentes en China, Japón y el Oriente en general, tragándose a veces hasta seis ciudades de golpe? ¿Cuántas veces las aguas manifiestan su furor en forma de inundaciones e irrupciones, arrasando ciudades, poblados, puentes, etc., además de causar naufragios? Islas enteras han sido algunas veces sumergidas de repente .con todos sus habitantes. En Zelandia (Holanda) y muchas otras partes del continente europeo ha habido inundaciones, que en Irlanda fueron ocasionadas por el desbordamiento del lago Erne. En los pantanos de Frisia, debido a las tempestades, en 1230 el mar cubrió con sus aguas a muchos miles de hombres e incontables animales.

En cuanto al fuego, el más cruel de los elementos, ¿no ha destruido en contados instantes ciudades enteras? ¿Qué población antigua de alguna importancia no ha sido alguna vez asolada por la furia de los elementos? Y más particularmente, ¿cuántos seres atacan mortalmente al hombre? El león, el lobo, el oso, etc.; algunos con sus cascos, otros con sus cuernos, colmillos, dientes y garras. ¿Cuántas serpientes dañinas y animales venenosos están siempre en acecho para atacarnos o exterminarnos del todo? ¿Cuántos peces, plantas, murciélagos, frutas, semillas, flores, etc. podrían citarse que al ser tocados o ingeridos o con su simple olor causan a veces graves enfermedades cuando no la muerte?

Algunos hacen mención de mil venenos distintos, pero se trata en verdad de pequeñeces. El más grande enemigo del hombre, es el hombre mismo, que por instigación del diablo está siempre dispuesto a causar daño, a ser el verdugo de su prójimo, a convertirse en un lobo o en un demonio para él: *homo homini lupus; homo homini daemon.* Todos somos hermanos en Cristo, o al menos hemos de ser

miembros de un solo cuerpo, siervos de un solo Dios, y sin embargo, ni el propio demonio es capaz de atormentar, insultar o tiranizar como puede hacerlo un hombre con su semejante.

Podemos prever la mayor parte de las enfermedades epidémicas y aun huir de ellas. Los astrólogos nos predicen las sequías, tempestades y plagas; los terremotos, inundaciones, destrucción de viviendas, incendios, ocurren de vez en cuando y presentan señales que los anticipan, pero no hay modo de evitar los ardides, imposturas, injurias y villanías de los hombres. Podemos alejar de las ciudades a nuestros enemigos declarados mediante barreras, muros, torres, ponernos a cubierto de ladrones y bandidos estableciendo vigilancia y armándonos, pero ninguna precaución cabe adoptar contra la astucia de los hombres y su empeño de causar el mal. Aquí toda vigilancia es imposible, ante las tretas y planes secretos que inventamos para perjudicarnos mutuamente. A veces con la ayuda del diablo, facilitada por mediación de magos y hechiceros, a veces por medio de la impostura, los brebajes, los venenos, las estratagemas, los combates singulares, las guerras, nos acometemos, herimos y matamos, como si fuéramos *ad internecionem nati,* semejantes a los soldados de Cadmo cuya única misión era exterminarse unos a otros. Es común leer que cien o doscientos mil hombres han sido muertos en una sola guerra. Aparte de ello, se ha inventado toda clase de instrumentos y aparatos de tortura: toros de bronce, potros, ruedas, azotes, armas, máquinas, etc. *Ad unum corpus humanum supplicia plura quam memora:* Hemos inventado más instrumentos de tortura que miembros tiene el cuerpo humano, como bien observa Cipriano. Hay más aún: nuestros propios padres por sus ofensas, indiscreción e intemperancia llegan a ser nuestros enemigos mortales. Muchas veces nos causan pesar y propagan en nosotros enfermedades hereditarias e inevitables y nosotros no tenemos reparo en causar daño a nuestra posteridad: «Con crímenes por nosotros ignorados nuestros propios hijos señalarán la edad venidera». Y aun parece que el fin del mundo será peor, como predijo San Pablo.

Así, pues, somos malos por naturaleza, malos genéricamente considerados, pero aun somos peores por nuestras invenciones y artificios, y cada hombre es el mayor enemigo de sí mismo. Con frecuencia estragamos nuestro propio organismo por abuso de los dones que Dios nos ha dispensado: la salud, la riqueza, el vigor, el ingenio, el saber, las facultades artísticas, la memoria, causando nuestra propia destrucción. *Perditio tua ex te:* Tú eres la causa de tu propio aniquilamiento. Así como Judas Macabeo mató a Apolonio con las propias armas de éste, así también con nuestras propias armas causamos nuestra destrucción; y la razón, el discernimiento, el arte, todo lo que debiera sernos de utilidad y ayuda, se convierte en simple instrumento de nuestra ruina. Héctor dio a Ayax una espada diciéndole que mientras la usara contra sus enemigos le serviría de ayuda y defensa, pero cuando luego la empleó para atacar a personas inocentes, se hirió a sí mismo en el vientre. Así también cuando hacemos buen uso de los excelentes instrumentos que Dios nos ha dado podemos obtener de ellos mucho provecho; pero si hacemos lo contrario, esos instrumentos causarán nuestro infortunio y estrago, como consecuencia de nuestra imprudencia y nuestra debilidad, acerca de lo cual podrían aducirse innumerables ejemplos. Es esto lo que San Agustín reconoció con respecto a sí mismo en sus humildes confesiones: «Ingenio despierto, memoria y elocuencia fueron buenos dones de Dios, pero el santo no los empleó para gloria del Señor». Consultad a los médicos sobre este particular y ellos os explicarán las consecuencias nocivas que producen algunos de esos abusos —en número de seis— contra la naturaleza, como causas de nuestras enfermedades, y como efecto de la embriaguez, insaciable lujuria y orgiástico despilfarro de la salud. *Piltres crápula quam gladius* es una aseveración plena de verdad: los excesos en la mesa dañan y destruyen más que la espada.

Nuestra incontinencia causa en nosotros muchas enfermedades incurables, nos hace viejos prematuramente, altera nuestro temperamento y aun produce muertes súbitas. En última instancia, lo que más nos hace sufrir son nuestras propias tonterías y locuras (*quos Jupiter perdit, dementat,* Júpiter empieza por quitar la razón a los que quiere perder, y Dios lo permite privando al sujeto de su gracia protectora), nuestras flaquezas, falta de autodominio, la facilidad con que cedemos a los deseos, abriendo cauce a todas las pasiones y perturbaciones de la mente, en forma tal que nos transformamos hasta degenerar en el estado de animalidad. Es lo que el príncipe de los poetas, Homero, nota respecto de Agamenón, quien cuando llega a moderar sus pasiones e inspira simpatía se asemeja —*os oculosque Jovi*

par— a Júpiter en las facciones y aspecto, a Marte en el valor, a Palas en la sabiduría, y se convierte en un dios; pero cuando se deja dominar por la ira es lo mismo que un león, un tigre, un perro, etc., y entonces en nada se parece a Júpiter. De igual modo, en tanto que ajustamos nuestra conducta a la razón, ponemos freno a nuestros desordenados apetitos y obedecemos los mandamientos de Dios, nos parecemos a muchos santos, pero si damos rienda suelta a la lujuria, a la cólera, a la ambición, al orgullo y seguimos nuestros propios impulsos, degeneramos en animales, transformamos nuestro propio ser, alteramos nuestra constitución orgánica, excitamos la ira de Dios y somos víctimas entonces de la *melancolía* y de toda clase de enfermedades incurables, como justo y merecido castigo de nuestros pecados.

DEFINICIÓN, NÚMERO Y CLASIFICACIÓN DE LAS ENFERMEDADES

Casi no hay médico que no sepa definir lo que es una enfermedad. Fernelio dice: *Morhus est affectus contra natura corpori insidens,* o sea, una afección del cuerpo contraria a la naturaleza; para Fuschio y Crato es «un impedimento, daño o alteración de alguna función del cuerpo o de una parte de él»; según Tholosano, es «una disolución del vínculo que existe entre el cuerpo y el alma y una perturbación de aquél o ésta; en cambio, la salud es la perfección de ambos y nos ha sido dada para preservarnos de esas perturbaciones».

Labeo define la enfermedad como «un mal hábito del cuerpo contrario a la naturaleza *(morbus est habitus contra naturam, qui usum ejus...)* y que dificulta su funcionamiento». Existen otras definiciones que señalan este mismo efecto.

En lo que respecta al número de las enfermedades, la cuestión no ha sido resuelta hasta el presente. Plinio enumera 300 que pueden afectar el cuerpo desde la coronilla hasta la planta del pie; por lo demás, expresa que su número es infinito: *morborum infinita multitudo.* Sea cual fuere el número que se diera en aquellos tiempos, carece de valor. Estoy seguro de que en nuestros días ese número ha aumentado considerablemente: *macies et nova febrium — Terris incubat cohors.*

Además de muchas enfermedades epidémicas completamente desconocidas por Galeno e Hipócrates, como el escorbuto, la viruela, el morbo gálico, etc., existen otras enfermedades propias y peculiares de casi cada región.

Nadie está libre de toda dolencia. No existe persona tan sana o de tan buena constitución que no tenga alguna perturbación corporal o mental. *Quisque suos patimur manes:* todos tenemos nuestras enfermedades, tarde o temprano, el que más y el que menos. Caso excepcional, único en toda una época o único entre mil, puede considerarse el de Zenófilo el músico —a que se refiere Plinio—, quien vivió dichosamente 105 años sin conocer ninguna afección *(Centum et quinque vixit annos sine ullo incommodo);* y también el de Pollio Rómulo, que logró preservarse de todo mal gracias «al uso del vino y del aceite». Hombre singularmente afortunado, desde el mismo punto de vista, fué Quinto Mételo, a quien Valerio tanto pondera. Y no es frecuente el caso de un hombre de tan buena salud como Otto Herward, senador de Augsburgo, en Alemania, a quien el astrólogo Leovicio cita como ejemplo de acierto en su arte, pues habiendo sido favorable el signo que presidió su nacimiento y libre de los aspectos hostiles de Saturno y Marte, llegó a ser inmune a toda afección y «no recordaba haber padecido ninguna desde la infancia».

Paracelso se jactaba de que podía hacer vivir a un hombre cuatrocientos años o más si le era confiada su formación desde la niñez y si era alimentado de acuerdo con su sistema o régimen. Algunos médicos sostienen que la vida humana no tiene(una duración determinada o cierta, pero que puede ser prolongada merced a la templanza y a los medicamentos. No podría afirmarlo, pero lo que sí sabemos por experiencia —experiencia colectiva, en este caso— es que nadie puede escapar a los males que nos

amagan, y por ello no exagera Hesiodo cuando dice: «Colmada está la tierra de enfermedades, y el mar también está lleno, azotándonos con ellas sin cesar».

Si el lector desea una clasificación exacta de las enfermedades que comúnmente atacan al hombre, lo remito a las obras de medicina. En ellas se determinan las dolencias agudas y crónicas, primarias y secundarias, letales, benignas, variables y fijas, simples y complejas, concomitantes o consecuentes, locales o generales, que presuponen hábito o predisposición, etc. Mi clasificación —más adecuada al objeto de este estudio— consiste en *afecciones del cuerpo y afecciones del alma.* Pueden consultarse los voluminosos tratados de Galeno, Areteo, Khasis, Avicena, Alejandro, Paulo Ecio, Gordonerio, y los fidedignos estudios de Neoteric, Savanarola, Cappivacci, Donato Alternare, Hércules de Sajonia, Mercurialis, Victorio Faventino, Wecker, Pisón y otros, que han escrito minuciosa y metódicamente sobre la materia.

ENFERMEDADES DE LA CABEZA. SU CLASIFICACIÓN. — Dado que las enfermedades de la mente tienen su principal asiento en la cabeza y afectan a sus órganos, varían, como comúnmente se ha dicho, de acuerdo con su localización. A las distintas partes o regiones de la cabeza corresponden otras tantas afecciones o malestares, que Heum, en el prólogo de su obra *De morbis capitis,* siguiendo a Arculano, divide en internas y externas (omitiendo todas las que se relacionan con los ojos, oídos, fosas nasales, encías, dientes, boca, paladar, lengua, mandíbulas, cara, etc.), propias del cerebro, como la calvicie, alopecia (caída o pérdida del pelo), caspa, parásitos del cuero cabelludo, etc.

Internas son las afecciones que tienen su raíz en las membranas que envuelven el cerebro, llamadas *dura* y *pia mater,* como los dolores de cabeza o cefalalgias en general, o en los ventrículos cerebrales, sus capas y concavidades, como el vértigo, pesadillas, apoplejía, epilepsia. También deben incluirse las enfermedades propias de los nervios: calambres, rigidez, convulsiones, temblores, parálisis, y las que son como escoria o deyección del cerebro: catarro, estornudos, romadizo, resfríos. Otras pertenecen a la substancia del cerebro mismo, donde se desarrollan, como la locura, el letargo, la *melancolía,* el furor, la debilidad de la memoria, el sopor (sueño morboso).

Por mi parte distinguiré, además de estas afecciones, las que son propias de la imaginación o de la razón misma, que Laurentio llama enfermedades mentales, e Hildesheim, *morbus imaginationis aut rationis laesae* (enfermedades de la imaginación o de la razón perturbadas), a saber: *frenesí* (delirio furioso), *demencia, melancolía, chochez* (debilidad de las facultades mentales), con sus distintas variedades o especies, como la *hidrofobia,* la *licantropía* (aberración mental) y el *baile de San Vito,* este último llamado también enfermedad demoníaca *(morbi daemoniaci)* y que se relaciona con las frases *estar poseído del diablo o estar endemoniado.*

En mi concepto, la melancolía es afección más importante y más digna de estudio que las demás, ofreciendo especial interés cuanto se refiere a sus clases, síntomas, pronóstico y curación.

DEFINICIÓN Y NATURALEZA DE LA MELANCOLÍA

DEFINICIÓN. — La melancolía ha recibido tal nombre de la causa material de la enfermedad, que, como observa Bruel, es Μελαγχολια muy semejante a Μελαινα Χολη, o sea *bilis negra.* Si se trata efectivamente de una causa o de un efecto, de una enfermedad o de un síntoma, es cosa que discuten Donato Altomare y Salviano. A sus opiniones respectivas remito al lector, pues yo no deseo tomar parte en la discusión.

Se han dado al respecto diversas definiciones, y descripciones. Fracástor, en el libro segundo de su *Tratado de la inteligencia,* dice que «los melancólicos son sujetos en los que la abundancia del humor maligno llamado melancolía o bilis negra causa tal trastorno que les hace perder la razón y desvariar en muchas cosas o en todas *(vel in omnibus, vel in pluribus)* las que se relacionan con el discernimiento, la voluntad y otras actividades del entendimiento».

Melanelio, siguiendo a Galeno, Ruffo y Ecio, la describe como «una enfermedad muy maligna y pertinaz que hace degenerar a los hombres en bestias». *(Pessimum et pertinacissimum morbum qui homines in bruta degenerare cogit).* Para Galeno, es «la atrofia o infección de la parte media del cerebro», etc., definición que acepta Hércules de Sajonia, llamándola «un trastorno degenerativo de la función principal». Fuschio, Amoldo y otros expresan que se produce «debido a la bilis negra»; Halyabbas la llama simplemente «una perturbación mental»; Areteo, «una permanente angustia del alma *(angor animi)* motivada por una sola cosa y sin acompañamiento de fiebre», definición que ha sido tachada de falsa, aunque Eliano Montalto la prohija considerándola buena y suficientemente explícita.

Según la definición corriente, es «una especie de debilidad mental y delirio sin fiebre, acompañada de temor y tristeza sin causa aparente». Así lo consideran Laurentio, Pisón, Donato Altomare, Jacchino, Rhasis ad Almansor, Valesio. Sin embargo, Hércules de Sajonia y David Crucio impugnan esa definición generalizada y la creen insuficiente, «pues más bien explica lo que la enfermedad no es que lo que es»: *Eorum dejinitio morbus quid non sit potius quam sit, explicat.* Omite la diferencia específica[1] y lo que se refiere a la imaginación y a la inteligencia, aunque al decir esto desciendo a caracteres particulares.

El *summum genus* es «la chochera o angustia mental», dice Areteo, y Hércules de Sajonia añade que se distingue del calambre, de la parálisis y de otras enfermedades análogas, así como de la demencia, en que la sensibilidad exterior y los movimientos están aquí abolidos más que alterados *(Tolluntur in mania, depravantur solum in melancholia).* Todos los autores agregan que la melancolía no va acompañada de fiebre, lo que la distingue del frenesí o delirio y de la melancolía especial relacionada con la fiebre pestilente. Los caracteres que la distinguen de la demencia son: el temor y la tristeza, y lo que la diferencia de otras afecciones comunes en que también existen el miedo y la aflicción, es que éstos aparecen sin causa.

[1] El autor se refiere a las condiciones lógicas fundamentales que debe reunir la definición: contener el género próximo y la diferencia específica. (N. del T.).

Podemos decir propiamente que hay chochez, según la caracterización de Laurentio, «cuando algunas de las principales facultades mentales, como la imaginación o la razón, están alteradas, según les ocurre a todos los que sufren de melancolía». En este caso no hay fiebre, por tratarse de un humor en su mayor parte frío y seco, lo que impide su corrupción. El temor y la tristeza son los verdaderos y constantes caracteres de la mayoría de los melancólicos, pero no de todos, como bien expresa Hércules de Sajonia en su *Tractatus de posthumo de Melancholia.* Algunos melancólicos se distinguen por su buen talante, otros por su atrevimiento, y los hay que no manifiestan ninguna forma de temor o pesadumbre.

PARTES DEL ORGANISMO QUE AFECTA. — Hallo bastante diferencia de opiniones entre los tratadistas en lo referente a la principal parte del organismo que es afectada por la enfermedad que nos ocupa: ya el cerebro, ya el corazón u otros órganos. En su gran mayoría los autores ven en el cerebro el asiento de la afección. Dado que se trata de una clase de debilidad mental (chochez), debe necesariamente afectar al cerebro, pero no radicar en sus ventrículos ni en alguna obstrucción de los mismos —ya que entonces coincidiría con la apoplejía o la epilepsia, como acertadamente observa Laurentio— sino en una alteración de su substancia, en el sentido de ser demasiado fría o demasiado caliente (como en la demencia) o excesivamente seca, en lo cual están de acuerdo Hipócrates, Galeno, los autores árabes y la mayor parte de los tratadistas de nuestra época.

Marco de Oddis y otros cinco autores citados por Hildesheim son de contrario parecer, porque consideran que el miedo y la tristeza, en cuanto pasiones, tienen su centro en el corazón. Pero a esta objeción da satisfactoria respuesta Montalto, quien no niega que el corazón sea afectado (como ya lo probó Melanelio siguiendo a Galeno), por razón de su vecindad, lo que también puede decirse del diafragma y de muchas otras partes en que la sensación repercute por una ley de la naturaleza. Pero dado que esta enfermedad es causada ante todo por la imaginación, es necesariamente el cerebro el órgano más afectado en primer término, como asiento de la razón, y en segundo lugar, el corazón.

Cappivacci y Mercurialis han discutido extensamente esta cuestión *y* ambos llegan a la conclusión de que la raíz del mal se encuentra propiamente en la parte interna del cerebro, de donde se irradia al corazón y a otras partes inferiores, como el estómago, el hígado, el bazo, el píloro, las venas mesentéricas, y todo el cuerpo en general. Éste puede compararse a un reloj: si una rueda ha sido destruida se produce una perturbación en todo el resto, pues tan admirable es el arte y la armonía que revela la creación del hombre, tan exacta la proporción entre cada una de las partes, como Luis Vives en su *Historia del hombre* expone tan bellamente. Mucho se ha discutido si el mal afecta a la imaginación o sólo a la razón o a una y otra conjuntamente. Hércules de Sajonia prueba, apoyándose en Galeno, Ecio y Alternare, que el mal radica únicamente en la imaginación. Bruel es de la misma opinión, aunque Montalto la refuta y aduce muchos ejemplos para probar la suya, según la cual tanto la razón como la imaginación se hallan igualmente afectadas y admiten muchas cosas absurdas y ridículas. Si la razón no estuviese también afectada, descubriría la perturbación, lo que de hecho no ocurre. Avicena considera por ello que la melancolía afecta tanto a la imaginación como a la razón, tesis que sostienen casi todos los autores árabes, como también Areteo, Gorgonio, Guianeri y otros. Para poner punto final a la controversia, diremos que nadie duda que es la imaginación la que se resiente y es en ella donde el mal se origina y trasciende luego a la razón, como expresa Albertino Bottoni, médico de Padua. Si es inveterado, dice por su parte Hércules de Sajonia, el trastorno de la imaginación altera a su vez el raciocinio, la facultad de expresión, las opiniones y creencias del individuo.

Así como los climas excesivamente fríos o cálidos tienen una influencia directa en la vida del hombre, así también la melancolía de los padres influye en el carácter de los hijos. Los más predispuestos a esta afección son los misántropos por naturaleza, los grandes estudiosos, los amantes de la vida contemplativa, los poco activos.

Es un mal propio de ambos sexos, aunque más frecuente en los hombres. En la mujer causa, sin embargo, trastornos mucho más violentos y graves. De las estaciones del año, es el otoño la más propicia a la melancolía. En cuanto a las edades, es la vejez la que casi siempre tiene a la melancolía natural por inseparable compañera y accidente. Pero la melancolía que llamaremos adquirida, para diferenciarla de la

natural, es más frecuente hacia los cuarenta años, según suponen muchos. En cambio, Garioponto considera como edad típica los treinta años. Jubert no exceptúa de esta afección adventicia ni al joven ni al anciano. Daniel Sennert no hace distinción de edad y sostiene que puede aquejar a todos cuando adquiere el carácter de una enfermedad constitucional.

Ecío y Areteo incluyen entre los melancólicos no sólo a «los descontentos, arrebatados, desdichados y de rostro pálido o de color terroso, sino aun más a los sujetos alegres, joviales, bromistas y de buen color en sus semblantes». Rhasis sostiene que «generalmente los individuos de fino ingenio y gran despejo son los más expuestos a sufrir de melancolía»: *qui sunt subtilis ingenii, et multae perspicacitatis de facili incidunt in Melancholiam.* No exceptuaré ninguna constitución somática, condición, sexo o edad, pero sí a los dementes y a los estoicos, pues éstos, como dice Synesio, no se muestran afligidos por ningún padecimiento y, cual las cigarras de Anacreonte, no parecen tener sangre ni experimentar dolor, semejantes a los propios dioses.

Erasmo pretendió excluir a los dementes de los distintos tipos melancólicos por ser en su mayoría «sujetos alegres, exentos de ambición y de envidia, carentes de vergüenza y de temor, libres de las preocupaciones que suelen agobiar a los demás en el curso de toda su existencia».

NATURALEZA DE LA MELANCOLÍA. — Sobre este punto es grande la disparidad de criterio que existe entre Galeno y Avicena, como puede comprobarse leyendo a Cardan, Valesio, Montano, Cappivacci, Bright y Ficino, ya se trate de sus propios tratados o de sus reproducciones de las obras de aquéllos.

Como hace notar Jacchin, ni Galeno ni los autores antiguos en general han determinado suficientemente la naturaleza de ese humor, su origen ni cómo se forma en el cuerpo. Montano considera que la melancolía puede ser material o inmaterial, y del mismo parecer es Arculano. La primera forma, material y a la vez natural, es la que corresponde a uno de los cuatro humores del organismo. La melancolía inmaterial es la adventicia, adquirida, no natural o, si se quiere, artificial, que, según Hércules de Sajonia, radica únicamente en el espíritu y se origina *ab intemperie calida, humida,* etc., de una alteración cálida, húmeda o fría del cerebro y de sus funciones.

Paracelso desecha por completo la división de los cuatro humores y constituciones y aun se burla de tal criterio, pero los partidarios de Galeno lo adoptan en general, de conformidad con Montano.

La melancolía material es ya simple, ya compleja o mixta, de distinta intensidad o calidad, y varía según el lugar en que se asienta, como el cerebro, el bazo, las venas mesentéricas, el corazón, el útero o el estómago; como también, según la mezcla de los humores naturales entre sí. Si la melancolía natural, que hemos caracterizado como «fría y seca», invade un organismo, será tanto mayor cuanto éste más pueda soportarla y tantas más perturbaciones causará, como dice Faventio. Efectos parecidos produce la otra melancolía, de *bilis caliente* u originada de la sangre, y es esencialmente caliente o seca —como afirma Montalto— cuando tiene por causa una combustión de humores.

Si la melancolía es engendrada por los cuatro humores básicos, presenta, a mi juicio, algunas diferencias en cuanto a su color y aspecto. Galeno sostiene que sólo puede ser engendrada por tres humores, con exclusión de la flema o pituita, aserción cierta que también propugnan con firmeza Valesio, Menardo, Fuschio, Montalto y Montano. ¿Cómo, se preguntan todos ellos, lo blanco puede convertirse en negro? Sin embargo, Hércules de Sajonia y Cardan sostienen lo contrario, es decir, que también puede engendrarse de la flema, si bien ello ocurre raramente, *etsi raro contigat.* Tal es también la opinión de Guianeri y Laurentio. Melancthon la llama *asininam,* melancolía asnal y torpe, afirmando haber conocido personalmente un caso de esta afección.

Cabe distinguir la melancolía *cálida,* la *biliar* —más violenta—, la *flemática,* que supone pesadez o embotamiento y, por último, la *sanguínea,* la más benigna de todas. Unas pertenecen a la especie fría y seca, otras a la especie seca y caliente, variando según su composición y su intensidad. Como expresa con acierto Rodrigo Fons, el icor y la materia serosa al hacerse espesos se convierten en flema, la flema

degenera en bilis y la bilis caliente se torna *oeruginosa melancholia,* del mismo modo que el vino de mejor calidad al perder su pureza y alterarse se transforma en vinagre.

La acidez de esos humores es causa de insomnio, embotamiento del juicio, desvaríos, etc. Si el humor es frío, dice Faventino, «causa chochez y presenta caracteres benignos; si es cálido, origina erupciones y delirio o inclinación a tal estado morboso». El color de los humores mezclados varía según que el nuevo flujo sea caliente o frío; algunas veces es negro y otras no presenta este color (Alternare). Lo mismo expresa Melanelio, basándose en Galeno. Hipócrates, en su *Libro de la melancolía* (si es que realmente lo escribió), presenta como ejemplo la combustión del carbón: el cual cuando está caliente irradia luz y cuando está frío es de color negro; lo mismo ocurre con los humores:».

Las diversas especies de melancolía producen también efectos diversos. Si dentro del cuerpo los humores no se corrompen, causan la ictericia; si se corrompen, las fiebres cuartanas; si destruyen la piel, la lepra; si afectan otras partes del cuerpo, diversas enfermedades, como el escorbuto, etc. Y si afectan a la mente, según la forma en que se combinen, causarán distintas especies de locura y chochez.

LA MELANCOLÍA IMPROPIAMENTE LLAMADA CONGÉNITA. — La melancolía puede ser el resultado de una predisposición orgánica o de un hábito. En el primer caso tiene carácter pasajero y se manifiesta cuando el individuo que la sufre experimenta tristeza, inquietud, temor, pesadumbre; cuando es víctima de alguna pasión o en el caso de perturbaciones mentales, descontento o cualquier sensación que sea causa de angustia, torpeza, languidez, irritación, etc. Hablando en términos negativos, es todo lo contrario de la dicha o satisfacción, de la alegría y del deleite. Me refiero, en suma, a sentimientos que causan disgusto o aversión y lo que llamamos *mal genio.*

Erróneamente y en sentido impropio solemos dar el nombre de melancolía a la tristeza, al mal humor o, simplemente, a la cachaza. Hemos dicho que la melancolía *se manifiesta en la tristeza,* pero no por ello se ha de confundir aquélla con ésta. De tales predisposiciones a la melancolía nadie está libre en absoluto, ni aun el estoico, el sabio, el dichoso, el sufrido, el piadoso o el representante de Dios. Todos llegan a sentir esos malestares, en mayor o menor grado, durante períodos más o menos largos. Si diéramos al concepto en cuestión tal significado —es decir identificándolo con las referidas predisposiciones— deberíamos llegar a la conclusión de que la melancolía es el carácter inalienable de todo mortal.

Zenón, Catón y hasta Sócrates, que tanto recomendó la templanza y supo conservar su serenidad aun en los instantes de mayor miseria y sufrimiento (si hemos de creer a su discípulo Platón), también sintieron el tormento de la melancolía así entendida. Quinto Métela, a quien presenta "Valerio como ejemplo de la mayor felicidad, «el hombre más dichoso de su tiempo, nacido en la más próspera ciudad de todo el orbe, o sea Roma *(natus in fiorentissima totiy,s orbis civitate),* de noble estirpe, estimado por todos, rebosante de salud, rico, que obtuvo los cargos de senador y cónsul, casado con mujer distinguida y honesta *(uxorem conspicuam, pudicam),* padre no menos feliz *(faelices liberas)»,* etc., tampoco se libró de la melancolía y conoció en cierta medida la aflicción y el dolor.

Nadie puede curarse a sí mismo. Hasta los propios dioses se sintieron angustiados por el dolor y dominados por las pasiones con frecuencia, como expresan los poetas que fueron sus intérpretes (verbigracia, Homero, en la *Ilíada).* En general, «tan mudable como el cielo es la vida humana, unas veces bella y plácida, otras sombría; ya serena, ya tormentosa; tan diversa como en tina rosa la flor y sus espinas o como las estaciones del año: el verano con frecuencia benigno y el invierno inclemente; la sequía y luego la lluvia bienhechora. Así también es la vida del hombre, sucesión de alegrías, esperanzas, temores, penas, recelos infundados...»

Al placer sucede el dolor y viceversa: *invicem cedunt dolor et voluptas.* O como dice Salomón en sus *Proverbios:* «Aun en medio de la alegría asoma la tristeza». *inter delicias semper aliquid saevi nos strangulat,* por una gota de miel, debemos ingerir una gran cantidad de acíbar; por una copa de placer, una fuente de dolor; hemos de medir nuestras alegrías por pulgadas y nuestras tristezas por varas; como la hiedra *se* adhiere a la encina, así las desdichas a que nos referimos forman el inseparable cortejo de

nuestras vidas. Es absurdo y a la vez ridículo que algún ser humano busque la dicha perpetua en esta vida. No existen la ventura y el placer en sentido absoluto, sin mezcla de amargura, de lamentación o de envidia a modo de oculta esencia. Todo es γλυκυ-πικρστν[2], y nuestras sensaciones tienen un carácter mixto, a la manera de, un tablero de ajedrez con piezas negras y blancas.

También en la vida de las familias y de las ciudades existen períodos de declinación, a semejanza del aspecto de los astros: trino, sextil, cuarto, en oposición. Dado que en este mundo no somos semejantes a los ángeles ni a los poderes celestiales y menos a los cuerpos cósmicos, como el sol y la luna, no podemos terminar la carrera de nuestros días sin experimentar ningún percance o mal. Por el contrario, estamos sujetos a enfermedades y padecimientos, sufrimos golpes y caídas acá y allá, dejándonos arrastrar impotentes, atormentados muchas veces por causas insignificantes, y somos frágiles como lo son nuestras esperanzas y las cosas en que las ciframos. «Quien no conoce tal condición humana no está preparado para vivir en este mundo —como se lamenta un autor de nuestra época, Lorchano Gallobelgicus (1598)—, mundo donde el placer y el dolor están unidos y se suceden recíprocamente sin separación como en un anillo».

Exi e mundo: procura dejar esta vida si no puedes soportarla. No hay manera de eludir los males de este mundo, pero debes armarte de paciencia, ser magnánimo, saber resistir y soportar las penas como los buenos soldados de Cristo, según aconseja San Pablo constantemente. Pero ya que pocos pueden poner en práctica tan buen consejo o seguirlo con acierto y más bien, al igual que los animales, dan vía libre a sus pasiones, precipitándose vencidos en un laberinto de zozobras, pesares y sufrimientos, sin tener la paciencia necesaria, deben impedir al menos que esas disposiciones se conviertan en hábitos, ya que «muchas pasiones no reprimidas (como hace notar Séneca) originan una enfermedad»: *Affectus frequentes contemptique morbum jaciunt* (Epístola 98). Y el mismo autor añade: «Se parece ello a un flujo de humores serosos, que cuando no llega a convertirse en hábito se manifiesta como tos, pero cuando se repite causa la tuberculosis pulmonar» *(assidua et violenta phthisim).*

Lo mismo puede decirse de las causas que provocan en nosotros la melancolía. Y según que el humor mismo sea abundante o escaso, según el temperamento o alma racional del individuo pueda ofrecer mayor o menor resistencia, se sentirá más o menos afectado. Lo que para unos es sólo una molestia ligera, algo así como una picadura de pulga, se convierte para otros en insufrible tormento. Lo que un sujeto de hábitos moderados y vida sobria sobrelleva de buena gana, otro no puede soportar en modo alguno y cada vez que es víctima —o se cree falsamente tal— de una ofensa o sufre un dolor, una desgracia, un daño, un malestar, *etc.,* aun cuando sea leve, transforma cuanto le ocurre en una verdadera pasión, y entonces se altera su temperamento, su digestión es perturbada, padece insomnio, su espíritu se anubla, siente un gran peso en el corazón y lo atormenta la hipocondría. Empieza a sufrir de pronto indigestiones y otros desarreglos intestinales y es dominado por la melancolía. Puede comparársele en este caso a una persona encarcelada por deudas: todos los acreedores intentan cobrar lo que se les debe y lo acosan a porfía.

Si el paciente siente algún malestar, al instante todas las demás perturbaciones hacen de él presa, y entonces cual un perro cojo o un ganso aliquebrado lleva una vida triste y desfalleciente, y acaba por contraer el pernicioso hábito a que nos referimos o la enfermedad que llamamos melancolía.

Así como los tratadistas científicos señalan ocho grados o estados de calor y de frío *(calidum ad octo; frigidum ad octo),* podemos distinguir hasta ochenta y ocho grados en la melancolía, según que las partes afectadas por ella lo sean con mayor o menor intensidad, según que el individuo esté más o menos hundido en ese abismo infernal.

Pero todas estas afecciones de la melancolía, sean al principio tolerables o insufribles, violentas o enervantes, son llamadas así impropiamente, a mi juicio, porque no tienen continuidad, sino que vienen y se van, como provocadas por distintas causas. En cambio, la melancolía de que tratamos es un hábito, *morbus sonticus o chronicus,* una enfermedad crónica, un humor fijo, como dicen Aureliano y otros

[2] Literalmente., *dulce-amargo.* (N. del T.)

autores; y según ese humor sea más o menos abundante, será tanto más difícil desarraigar el hábito (molesto o no) en que se ha convertido el mal.

DIGRESIÓN ANATÓMICA. — Se da el nombre de *humor* a cualquiera de los líquidos o substancias fluidas del cuerpo, que contribuyen a su conservación y preservación. Pueden ser congénitos (nacidos juntos con nosotros) o adquiridos y adventicios. El humor radical o innato es diariamente reintegrado por la alimentación, y forma humores secundarios.

Los humores adquiridos, que contribuyen al mantenimiento de los cuatro primarios, proceden de la primera digestión del hígado, con exclusión del quilo. Algunos dividen los humores en benignos y malignos o en asimilables y purgativos. Pero Crato, siguiendo a Hipócrates, considera que los cuatro humores primarios son «jugos» *(succos)* y no substancias excrementicias, sin los cuales el animal no puede vivir *(sine cuibus animal sustentari non potest).* Estos cuatro humores, aunque contenidos en la masa de la sangre, tienen sus particulares afecciones que permiten distinguirlos tanto entre sí como de los humores adventicios, que son propiamente los malignos o morbosos, como los denomina Melancthon.

La melancolía ha sido descrita como un humor frío, seco, espeso, negro y ácido proveniente del residuo o heces de la alimentación, y el que purgado de la bilis actúa cual válvula reguladora de los otros dos humores calientes —la sangre y la bilis—, a los que protege, a la vez que constituye elemento nutritivo de los huesos.

Los cuatro humores a que nos referimos tienen cierta analogía con los cuatro elementos de la naturaleza y con las cuatro edades del hombre.

FORMAS DE LA MELANCOLÍA

Muchos autores antiguos y modernos han tratado en forma vaga y errónea de la materia que nos ocupa, confundiendo la melancolía con la demencia, como Heurn *(Non est mania nisi extensa melancholia);* Guianeri, Gordon, Salustio, Salviano, Jasón Pratensis, Savanarola. Estos tratadistas pretenden que la locura no es sino la melancolía considerada en sentido amplio y que no existiría más que una diferencia de intensidad o de grados.

Algunos distinguen dos formas o especies de melancolía, como Rufo de Éfeso, autor de la antigüedad, y como Constantino Africano, Areteo, Aureliano, Pablo de Egina; otros creen que existen múltiples formas, aunque no las precisan, como Ecio en su *Tetrabiblos.* Avicena, Arculano, Rhasis y Montano.

«Si la melancolía natural es cálida constituye una especie; si es sanguínea, otra; si biliosa, una tercera, distinta de la primera, y sobre el número de estas especies existen tantas opiniones distintas como médicos han tratado de la cuestión: *Maxima est inter has differentia, et tot Doctorum sententiae quot ipsi numero sunt.*

Hércules de Sajonia reconoce dos formas de melancolía: «la material y la inmaterial; una que es debida únicamente a los espíritus[3], y otra que además es causada por humores». Savanarola, al estudiar las enfermedades de la cabeza, pretende que las especies de melancolía son ilimitadas; una de ellas es la estomacal, originada en el estómago; otras provienen del hígado, el corazón, el útero, etc., órganos donde unas veces tienen principio y otras se desarrollan y consuman.

Según Melancthon, «hay tantas especies diversas como formas de combustión y de mezcla de los humores»: *varíe aduritur et miscetur ipsa melancholia,* pero creo que las especies a que se refieren estos autores deben entenderse en realidad como síntomas, interpretación que es también la de Arculano *(infinitas especies, id est, sintomas),* y también en este sentido J. Gorrheus reconoce en sus definiciones de la terminología médica que las especies son ilimitadas, aunque pueden reducirse a tres, teniendo en cuenta la región donde radican: la cabeza, el cuerpo y los hipocondrios. Esta división tripartita es admitida por Hipócrates en su *Libro de la melancolía* (sobre cuya paternidad existen sospechas), por Galeno, Alejandro, Rhasis, Avicena y la mayor parte de los autores modernos.

T. Erasto distingue dos formas; una persistente: melancolía cefálica o de la cabeza; otra, intermitente, caracterizada por accesos, la que subdivide en dos clases. Algunos autores establecen cuatro o cinco especies, como Rodrigo de Castro y L. Mercatus en sus respectivos tratados sobre las enfermedades de la mujer. El segundo de dichos autores pretende caracterizar una especie de melancolía distinta de las demás y que sería peculiar de las monjas, viudas, y sobre todo, de las solteronas. Algunos quieren incluir en esta categoría a las personas exaltadas, extáticas o posesas, añadiendo ante todo la melancolía erótica y la licantropía.

[3] Se refiere a la creencia, para nosotros supersticiosa, en los malos espíritus, como se verá más adelante. (N. del T.).

Pero la más generalmente admitida es la división en tres clases. La primera es causada sólo por trastornos cerebrales y recibe el nombre de melancolía mental. La segunda, relacionada con el gran simpático, se origina de todo el cuerpo y ocurre cuando el temperamento es exclusivamente melancólico. La tercera tiene su principio en los intestinos, el hígado, el bazo o el mesenterio, y es la llamada melancolía hipocondríaca o ventosa, que Laurentio subdivide en hepática, esplénica y mésenterica, según las partes de donde procede.

La melancolía amorosa, que Avicena llama *ilisha,* y la licantropía se incluyen comúnmente en la melancolía mental.

Confieso que es asunto difícil distinguir una de otra las tres especies precitadas y establecer sus distintas causas, síntomas y remedios, dado que por su afinidad suelen ser confundidas hasta por los médicos más competentes y mejor informados. Por lo demás, frecuentemente se presentan junto con otras enfermedades, y en tal caso hasta los especialistas más expertos suelen incurrir en confusiones.

Montano se refiere a un paciente que padecía melancolía y a la vez bulimia o hambre canina; dicho autor menciona un enfermo del mismo mal que sufría de vértigos; Julio César Claudino habla de enfermos de melancolía que al mismo tiempo sufrían de; litiasis, gota e ictericia; Trincavelli se refiere a sujetos melancólicos que también tenían otras afecciones: fiebre, ictericia, hambre canina, etc. Pablo Regoline, eminente facultativo de su época, consultado acerca de un caso análogo, vio síntomas tan confusos que no supo a qué clase de melancolía atribuirlos. Trincavelli, Fallopio y Francanzani, famosos médicos italianos, reunidos para dictaminar sobre una presunta afección melancólica, expresaron tres opiniones distintas. En otra oportunidad el nombrado Trincavelli, habiendo de dar su dictamen sobre un hombre joven enfermo de melancolía, expresó ingenuamente que «la enfermedad que lo aquejaba era sin duda melancolía, pero que no podía determinar su especie».

Esos síntomas, que algunos relacionan con regiones y humores del cuerpo perturbados, son atribuidos por Hércules de Sajonia únicamente a «una alteración de los espíritus» y a causas inmateriales, como ya se ha dicho.

Algunas veces es difícil distinguir esta enfermedad de otras. En un caso en que los médicos Solinander y Brander diagnosticaron melancolía, el doctor Mathold sostuvo que era asma y no otra cosa.

Con las especies de melancolía ocurre lo que con las formas de gobierno, como la república, la monarquía, la aristocracia, la democracia, que teóricamente son puras y distintas pero en la práctica aparecen combinadas, según observó ya Polibio.

Las distintas especies de que hablan los médicos en sus tratados es cuestión sin importancia desde que en los pacientes se presentan como formas mixtas. Más aún: raramente se encuentran dos personas cuyas afecciones sean idénticas. Pero a pesar de la dificultad existente, que no pretendo ocultar, intentaré, guiado por los tratadistas más autorizados, salir del laberinto de dudas y errores hasta dar con las causas.

CAUSAS DE LA MELANCOLÍA

LA DIVINIDAD. — «Es en vano hablar de curación o pensar en remedios mientras no se consideren las causas del mal», dice Galeno, y la experiencia así lo confirma.

Los tratamientos empíricos traen a veces alivio pero no extirpan la enfermedad radicalmente. Bien se ha dicho que suprimida la causa también se suprime el efecto: *sublata causa tollitur effectus.* Cuando las causas son múltiples, lo difícil es separarlas y distinguir la que ha de considerarse primera o inicial. De aquí la expresión *felix qui potuit rerum cognoscere causas,* dichoso el que puede llegar a conocer las causas. Intentaré abarcarlas todas y describirlas con la mayor exactitud.

Las causas generales son de orden ya sobrenatural, ya natural. «Lo sobrenatural emana de Dios y sus ángeles o del diablo con el consentimiento de Dios». Que el propio Creador es la causa del castigo de nuestros pecados y que así satisface su justicia, nos lo demuestra la Sagrada Escritura con gran número de ejemplos. «Los insensatos son castigados con enfermedades por sus pecados y su maldad».

Gehazi recibió como castigo la lepra y Jehoram la disentería y grave enfermedad intestinal. Miles de israelitas padecieron plagas y las ciudades de Sodoma y Gomorra fueron destruidas a causa de la depravación de sus habitantes, a los que previamente Dios hizo víctimas de enfermedades y males que nos son conocidos: la locura, la ceguera y arritmias cardíacas.

«El Señor hizo bajar un espíritu maligno para que atormentase a Saúl». En la historia mitológica del paganismo hallamos descritos con mucha frecuencia tales castigos. Licurgo, por haber mandado reducir los espacios destinados al cultivo de la vid en los campos, fué arrastrado por Baco hasta los lindes de la locura. Lo mismo les ocurrió a Penteo y a su madre Agave por no cumplir con los sacrificios divinos. Jerjes, habiendo querido despojar al templo de Apolo en Delfos de sus incalculables riquezas, sufrió el castigo del cielo, pues un terrible rayo mató a cuatro mil hombres de su ejército y los demás perdieron la razón.

Los escritores cristianos refieren muchos casos de análogos castigos extraños y milagrosos infligidos por santos. Clodoveo —hijo de Dagoberto— que fué rey de Francia, perdió el juicio por haber despojado de sus ropas al cuerpo de San Dionisio: *quod, Dionysii corpus discooperuerat, in insaniam incidit* (Gaguin).

Un francés sacrílego que intentó apoderarse de la imagen de San Juan, labrada en plata, que se encontraba en Birgburge, fué acometido súbitamente de rabia y empezó a arrancarse túrdigas de sus propias carnes. Según refiere Giraldo de Cambray, un señor de Rhadnor que por haber ido de caza regresó a altas horas de la noche alojó a sus sabuesos en la iglesia de San Avan, al despertar a la madrugada siguiente halló que los perros estaban atacados de hidrofobia y él mismo quedó repentinamente ciego. Tirídates, rey de Armenia, por haber forzado a varias monjas, sufrió como castigo la pérdida de la razón. Tales relatos de poetas y escritores eclesiásticos parecen fabulosos en cuanto se refieren a Némesis (diosa de la venganza), a los santos y al poder del diablo. Pero lo cierto es que existe

el Dios vengador, *ultor a tergo Deus,* como lo califica David; y son nuestros pecados lo que atrae esa y otras enfermedades sobre nosotros.

Como ha dicho Dionysius, Dios, por medio de sus ángeles, que son sus ejecutores, puede enfermar o por el contrario curar a quien quiere. Por medio del sol, la luna y los astros, que emplea como instrumentos, el Altísimo puede castigarnos con dolencias y calamidades, como en el caso del labrador (según dice Zanchio), cuyo trabajo suele malograrse por el granizo, las nevascas o las tempestades. Sólo cabe exclamar entonces junto con David cuando implícitamente reconoce el poder divino: «Me siento muy débil y el dolor me agobia. Mi corazón lacerado me hace gritar desesperadamente...» *(Salmos,* XXXVIII, 8). Por esta razón Hipócrates quiere que el médico averigüe cuidadosamente si la enfermedad proviene de una causa sobrenatural y divina o sigue una evolución natural. La interpretación que debe darse a estas palabras de Hipócrates ha motivado no pocas discusiones por parte de Valesio, Fernelio y J. César Claudino, a cuyas obras respectivas me remito.

Paracelso opina que las enfermedades del espíritu (de acuerdo con su terminología) deben ser curadas espiritualmente y no por otro medio. En tal caso los tratamientos ordinarios no son de provecho: *Non est reluctandum cum Deo* (no debemos contender contra Dios). Cuando el monstruo domado Hércules hubo vencido a todos en el Olimpo, Júpiter se presentó bajo una apariencia desconocida a luchar contra él, y la victoria parecía incierta cuando al fin el dios supremo se dio a conocer y Hércules profirió gritos de terror.

No debemos desafiar las potencias supremas. Los médicos y los remedios pueden resultar del todo ineficaces y debemos confiarnos al gran poder de Dios, reconocer nuestras faltas e impetrar su misericordia.

Cuando el Todopoderoso nos castiga —como les ocurría a los que eran heridos por la lanza de Aquiles— sólo Él mismo puede remediar nuestro mal; de lo contrario, nuestras enfermedades serán incurables y vanos resultarán nuestros esfuerzos por dar con la triaca o panacea salvadora.

LOS ESPÍRITUS O DEMONIOS COMO CAUSA DE LA MELANCOLÍA. — Cuestión grave y compleja es la que se refiere al poder de los espíritus, sus límites y su papel como factores determinantes de ésta u otras enfermedades.

Como expresa Postello, se trata de una materia en que existen opiniones contradictorias y gran oscuridad: *altercatio et obscuritas.* Según San Agustín, es un problema que excede la capacidad humana: *jateor excedere vires intentionis meae.* Por mi parte confieso que no me siento capaz de resolver el problema dada la limitación de nuestro entendimiento, aunque no me excusaré de hacer algunas consideraciones al respecto.

En tiempos remotos, los saduceos negaron la existencia de tales espíritus, demonios o ángeles malos. Lo mismo creyeron Galeno, los peripatéticos y el propio Aristóteles, según afirma rotundamente Pomponacio, y también así lo admitió en cierto modo Escalígero.

Contra la opinión del padre jesuíta Daudino, diré que los cristianos llaman ángeles a lo que los platónicos denominan demonios, incluyendo a todos los espíritus, sean buenos o malos, como observa Julio Pólux Onomásticon. Platón, Plotino, Porfirio, Jámblico y Proclo, siguiendo a Trimegisto, Pitágoras y Sócrates, no pusieron en duda la existencia de los espíritus, como tampoco los estoicos, aunque éstos se alejaron mucho de la verdad.

Para explicar el hecho los talmudistas dicen que Adán, antes de desposarse con Eva, tuvo una mujer llamada Lilis, de cuya unión nacieron demonios. El Corán contiene no pocas cosas ridículas y absurdas sobre este punto, y en cuanto a la Sagrada Escritura refiere que Lucifer, el jefe supremo de los demonios, fué precipitado del cielo, junto con ellos, a causa de su orgullo y ambición desmedidos; creado por Dios, ocupó un puesto en el cielo y fué originariamente un ángel alado, pero actualmente mora en las regiones aéreas sublunares o en el infierno, «condenado a vagar entre tinieblas:».

Según una absurda opinión sostenida por algunos, las almas de los seres humanos han sido separadas en dos grandes grupos: las buenas y más nobles fueron deificadas y las más viles arrojadas sobre la tierra y convertidas en demonios. Tal es lo que afirman Tertuliano, Porfirio el filósofo y M. Tirio. El último de los nombrados dice: «Los espíritus que llamamos ángeles o demonios no son sino almas humanas separadas de sus respectivos cuerpos *(nihil aliud sunt Daemones quam nudae animae...)* que continúan viviendo por la piedad y misericordia de sus compañeros a los que a su vez ayudan, persiguiendo algunas veces a sus enemigos, a los que aborrecen», tal como Dido amenaza perseguir a Eneas.

Según suponen otros, los espíritus son designados por los poderes superiores para seguir a los hombres desde su nacimiento y para protegerlos o castigarlos, según sus acciones, de donde se originaron los *boni et mali genii* de los romanos, los dioses lares (benignos), los lémures (genios maléficos), las larvas (almas cíe los malos entre los paganos), etc.

Sócrates creyó en un demonio *saturnino,* que habría sido el más bueno de los espíritus. El jesuíta Luis de La Cerda trata de la cuestión en su obra De *Angelo Custodie,* pero la opinión absurda a que nos referimos tiene su origen en Tirio, a quien Proclo refuta minuciosamente en su tratado De *Anima et daemone.* Pselo, autor cristiano que fué preceptor de Miguel Parapinacio, emperador de Grecia, y estudió detenidamente la naturaleza de los demonios, expresa que los mismos son de substancia corpórea y añade que nacen y mueren, es decir, son mortales; necesitan alimentarse como los humanos y sienten dolor cuando se les golpea o hiere, lo que confirma Cardan, aunque Escalígero se burla de tal suposición. Sin embargo, son del mismo parecer San Agustín, San Jerónimo, Orígenes, Tertuliano, Lactancio y muchos antiguos doctores de la Iglesia, a juicio de quienes los cuerpos de los demonios, después de su caída del cielo, se convirtieron en una substancia más ligera y aérea.

Bodin, en su *Theatri Naturas* y David Crusio, en su *Hermeticae Philosophiae,* prueban con diversos argumentos que los ángeles y los espíritus son de naturaleza corporal, valiéndose de un razonamiento silogístico: *quicquid continetur in loco corporeum est; at spiritus continetur in loco...,* es decir: todo lo que ocupa un lugar en el espacio es corporal; el espíritu ocupa un lugar, *ergo…*

Bodin llega aún más lejos en su teoría y expresa que las *animae separatae genii,* los espíritus, ángeles, demonios y otras almas semejantes separadas de los seres humanos, si son corporales (lo que sostiene con vehemencia) deben tener una forma determinada, y esa forma no puede ser sino absolutamente redonda, como la del sol y la luna, por ser la forma más perfecta, sin hendiduras ni partes salientes: *nihil angulis incisum, nihil anfractibus involutum, nihil eminens...*

Los espíritus pueden cambiar de apariencia y aun tomar la forma que se les antoja; se caracterizan por la gran velocidad de sus movimientos y marcha, a tal punto que pueden recorrer kilómetros en un instante; también pueden presentar a los ojos humanos castillos en el aire, palacios, ejércitos, espectros, prodigios, etc.; crear especiales olores y sabores engañando los sentidos (como hace notar Agripa en su estudio sobre la filosofía oculta); predecir los hechos futuros y obrar los más extraños milagros.

Zanchio, Bodin, Spondano y otros autores creen que los espíritus pueden causar verdaderas metamorfosis, como ocurrió con Nabucodonosor, que realmente fué convertido en un irracional, y con la mujer de Lot, transformada en estatua de sal; pueden pasar de una forma a otra (por ejemplo, brujas convertidas en gatos, perros, liebres, cuervos, etc.), y algunas veces tienen ayuntamiento carnal con personas de uno u otro sexo. Muchos no creen que los espíritus puedan ser vistos y tachan de pusilánime y desequilibrado a quien sostiene lo contrario, aunque sea juicioso e instruido. Lo considerarán como un sujeto aturdido y melancólico, un iluso, un enfermo o un demente, y sin embargo, Marcos aseguró a Pselo haber visto tales espíritus con frecuencia. Igualmente el francés León Suavius sostiene que el aire está lleno de ellos al modo de la nieve que cae de las alturas, y que pueden ser vistos, al menos en determinadas condiciones. Paracelso afirmó haberlos visto en distintas oportunidades y hasta haber hablado con ellos. Alejandro expresa que comprobó experimentalmente la realidad de su existencia después de haberla puesto en duda.

Lavater dice que muchos no creen en los espectros por no haberlos visto con los propios ojos, pero según ese autor explica extensamente aquéllos suelen ser vistos y oídos con frecuencia, manteniendo conversaciones familiares con las personas, como nos lo asegura Luis Vives y como lo prueban innumerables hechos históricos, memorias, anales y testimonios de viajeros de todos los tiempos.

San Jerónimo, en su *Vida de San Pablo,* Basil, Nicéforo, Eusebio, Sócrates, Sozomeno, Jacobo Boissard, en su tratado *De spirituum apparitionibus,* Pedro Loyer, en su *Libro de los espectros,* Wier y otros citan numerosos casos de apariciones de espíritus que pueden convencer al más incrédulo.

Me limitaré a consignar uno solo de esos casos. Un aristócrata alemán, que fué enviado como embajador a Suecia, se embarcó para Livonia con el deseo de ver esos espíritus familiares *(transportavit in Livoniam cupiditate videndi)* que, según se dice, conversan con las personas y realizan sus trabajos más pesados. Uno de tales espíritus expresó al embajador, entre otras cosas, dónde se encontraba su esposa, en qué habitación, qué vestido llevaba, qué hacía, etc., y hasta le entregó un anillo de su señora. A su regreso el diplomático comprobó la verdad de aquellas indicaciones *non sine omnium admiratione,* y desde aquel instante ya no le cupo ninguna duda sobre la realidad de los espectros. (Para más detalles sobre el particular, nombre del embajador y otras circunstancias, véase Boissard, autor de quien tomo el ejemplo de referencia).

Cardan relata que su padre exorcizó con las ceremonias de práctica, el 13 de agosto de 1491, a siete demonios que debían tener unos cuarenta años de edad, según le pareció, y eran rubios y pálidos, los cuales contestaron con facilidad a sus preguntas diciéndole que eran genios del aire, mortales como los hombres, salvo que vivían más tiempo, entre 700 y 800 años. Estos genios tienen además la misión de regir nuestras vidas y ser nuestros guardianes, como ya observó Platón, y entre ellos existen diversas jerarquías, estando subordinados unos a otros, *Ut enim homo homini, sic daemon daemoni dominatur.* Los demonios de categoría media ejercen diversos oficios, al igual que nosotros, pero no podemos adquirir sus atributos, como el animal no puede adquirir los atributos del hombre. No hay cosa que ignoren pero no pueden hacernos revelaciones y ejercen sobre nosotros un dominio absoluto. Puede decirse que los mejores gobernantes y las más eminentes personalidades humanas no son comparables a sus tipos de más ínfima categoría. A veces hacen útiles advertencias a los hombres, les enseñan sus propias artes y los protegen, pero otras veces los espantan y los castigan para conquistar respeto y adoración: *Nihil magis cupientes,* como dice Lisio, filósofo estoico, *quam adorationem hominum.*

El ya citado Cardan pretende que algunos de esos genios, como él los llama, buscan la compañía de los hombres y se muestran con ellos muy amables, mientras que otros los aborrecen.

Zósimo sostuvo que la muerte de algunos de esos genios trajo como consecuencia la alteración y decadencia de la religión y de la política de Estado. Las deidades paganas, dice, fueron arrojadas por Constantino y juntamente con ello la prosperidad y magnificencia del Imperio Romano entraron en un período de ocaso. Esta decadencia se produjo cuando los judíos fueron sojuzgados por los romanos y el culto mosaico fué desplazado por el de éstos.

Pero los hechos paradójicos referentes al poder de los espíritus, a su corporalidad, mortalidad, cambio de formas, transmigración de un cuerpo a otro y relaciones sexuales, han sido suficientemente refutados por Zanchio, Pererio, Santo Tomás de Aquino, San Agustín, Wier, Erasto, Delrío, Sebastián Michaelis *(De spiritibus)* y Reinaldo.

Ellos pueden engañar los ojos humanos pero no revestir verdadera forma corporal ni realizar metamorfosis reales. Antes bien, como Cicogna demuestra con abundantes razones, no son más que *Illusorioe et proestigiatrices transformationes*, esto es, meras ilusiones y engaños, lo que recuerda la fábula de Autólico, hijo de Mercurio, el que habitó en el Parnaso y consiguió reunir grandes tesoros por medio del fraude y la rapiña, adoptando la forma que se le antojaba.

Thomas, Durand y otros autores admiten que los espíritus sobrepasan notablemente en comprensión a los hombres y probablemente pueden conjeturar o prever muchos hechos; pueden causar y curar numerosas enfermedades, así como engañar nuestros sentidos; tienen grandes conocimientos de todas las

artes y ciencias, y el más ignorante de los demonios es *Quovis homine scientior*, más instruido e inteligente que cualquier hombre, según sostiene Cicogna siguiendo a otros autores.

Conocen las virtudes de las hierbas y plantas, así como las propiedades de las piedras, minerales, etc.; los caracteres de todos los seres vivientes, de los astros y planetas, y pueden valerse de ellos cuando así lo desean. Llegan a percibir las causas de todos los fenómenos meteorices y pueden producir milagrosas alteraciones atmosféricas, como también hechos prodigiosos: derrotar ejércitos, conceder victorias, dispensar ayuda, causar daños e infortunios, frustrar tentativas y proyectos de los hombres, cuando esto les place.

Carlomagno, al intentar construir un canal entre el Hin y el Danubio, vio con no poca sorpresa que los trabajos realizados de día por sus obreros eran deshechos cada noche por los espíritus y tuvo que desistir de la empresa.

Bodin afirma que los espíritus pueden revelar los secretos del corazón humano *aut cogitationes hominum* (o los pensamientos del hombre), pero esto es completamente falso y los argumentos que aduce en favor de su aseveración adolecen de evidente endeblez. Por otra parte, su afirmación ha sido rebatida por Zanchio, Atanasio y otros autores.

La clasificación de los demonios en dos grupos: benignos y maléficos, sostenida por los platónicos, es completamente errónea, y debe desecharse el criterio de los *boni et mali Genii*, acerca de lo cual los autores paganos no concuerdan entre sí, como observa Dandino. No existe razón para afirmar que los espíritus son buenos o malos en su totalidad con respecto al hombre, pues se trata de un criterio equivocado, semejante al que tendría el toro o el caballo si pudieren hablar, ya que entonces dirían que el matarife es su enemigo porque los sacrifica y el ganadero su amigo porque los cuida y alimenta. Pero Jámblico, Pselo, Plutarco y muchos platónicos reconocen la existencia de los espíritus maléficos y expresan que debemos guardarnos de su maldad: *et ab eorum malejiciis cavendum*, ya que son enemigos del género humano, y como enseñó Platón en Egipto, sostuvieron una lucha encarnizada con Júpiter, quien los arrojó en el infierno.

Es absurdo lo que sostienen Apuleyo, Jenofonte y Platón acerca del demonio tal como lo habría concebido Sócrates, y lo mismo la creencia de Porfirio, según la cual los demonios se tornan coléricos cuando no se les ofrendan sacrificios. No mayor crédito merece Cardan cuando afirma que se nutren del alma o esencia humana y que las guerras libradas en todas las épocas y países sólo les han servido de festín y placer.

Únicamente debemos admitir lo que antes expresé: cuando están enojados se agitan y acaloran, castigándonos con muchos males o plagas, pero si están contentos hacen mucho en nuestro favor. En cuanto a su nutrimento, probablemente lo constituye la esencia de los animales, de igual modo que nosotros nos alimentamos con la carne de éstos.

Los escolásticos y teólogos ingleses distinguen generalmente nueve clases de espíritus maléficos, de la misma manera que Dionysius se refiere a otras tantas especies de ángeles.

La primera clase está representada por los falsos dioses de los gentiles, adorados en la antigüedad bajo la forma de ídolos y cuyos oráculos eran dados a conocer en Delfos y en otras partes. Belcebú es el príncipe de esos genios. La segunda clase es la de aquellos embusteros como Apolo Pítico. La tercera categoría está formada por los espíritus iracundos causantes de todo mal o daño, como el Teuto de Platón; Esay los llama «nido y albergue de toda furia». Su príncipe es Belial. Los de la cuarta especie son los maléficos demonios de la venganza, y tienen por jefe a Asmodeo. Componen la quinta clase los embaucadores, entre los cuales figuran los magos y hechiceros. Su príncipe es Satanás. Los de la sexta categoría son los demonios que moran en los aires y corrompen la atmósfera, causan las plagas, engendran el trueno, provocan incendios, etc. De ellos se trata en el Apocalipsis y también los menciona San Pablo al dirigirse a los efesios. Son los malos genios del aire y su príncipe es Meresin.

En la séptima clase se cuenta Abadón, el destructor por antonomasia, jefe de las furias y causante de guerras, rebeliones, disturbios. También está mencionado en el Apocalipsis. El representante de la octava

especie es el demonio acusador y calumniador, el *diabolos* de los griegos, que hunde a los hombres en la desesperación.

Finalmente, la novena especie está constituida por los diversos espíritus que tientan a los humanos. Su príncipe es Mamon.

Pselo establece seis especies de espíritus y niega que alguno de ellos pueda habitar en la luna. Gazeo, citado por Lipsio, pretende que en todos los lugares existen ángeles, espíritus y demonios, aun sobre y bajo la luna, en el éter y en el aire, que San Agustín menciona en su obra *La ciudad de Dios*, basándose en Varrón.

«Los espíritus celestes ocupan las partes superiores y los del aire moran más abajo», o como sostienen otros, los buenos espíritus se encuentran arriba y los semidioses abajo. Así los lares, héroes y genios ocupan las alturas supremas, si es que tienen vida real, como sostienen los estoicos. Pero los que llevaron una vida indigna y vil moran a ras de tierra, y son los *manes, lémures y lamias* (lamiae de los antiguos romanos).

Según dice Gazeo, llenos están de esos espíritus el cielo, el aire, las aguas, la tierra y el interior de nuestro planeta *(et omnia sub terra)*. Sin embargo, Antonio Rusca, en su obra *De inferno* pretende que sólo habitan lo que él llama la «región media». Se ha afirmado que se encuentran en el cielo o en la tierra, en el agua o a grandes profundidades terrestres y que apenas tienen el espesor de un cabello. También se ha dicho que los demonios invisibles son más numerosos que las moscas en verano. Esto último es lo que asegura Paracelso, quien además afirma que existen infinitos mundos o espacios caóticos, cada uno con sus peculiares espíritus, deidades, ángeles y demonios, que gobiernan y aplican castigos:

Singula nonnulli credunt quoque sidera posse
Dici orbes, terrumque appellant sidus opacum,
Cui minimus divum praesit.

O sea: «Creen algunos que cada estrella es un mundo y que la Tierra sea una estrella obscura o apagada, cuyo gobierno ejerce el más pequeño de los dioses».

Gregorio Tholosano distingue siete especies de espíritus etéreos o ángeles, de acuerdo con el número de los planetas. De ellos trata Cardan y los llama «substancias primeras», sosteniendo que los ángeles se encuentran en las regiones más altas del espacio y los demonios en la región sublunar. Según Dionysio, los ángeles son tan numerosos como las estrellas, opinión que parece prohijar Marcilio Ficino, siguiendo a Platón o por propia convicción, y establece la subordinación de todos los espíritus: los superiores gobiernan a los inferiores, y los más cercanos a la Tierra gobiernan a los seres humanos. Esta creencia parece derivar de Platón, quien se atuvo enteramente a las ideas de Sócrates al fijar en nueve las especies de espíritus. A su vez Sócrates tomó su teoría de Pitágoras, según parece, y éste de Trismegisto, el cual se habría basado en Zoroastro, quien reconocía nueve potencias: Dios, el pensamiento, la inteligencia, los arcángeles, los ángeles, los demonios, los héroes, los soberanos y los príncipes.

De los seres aquí mencionados, algunos se distinguen por su bondad absoluta, como los dioses, otros son malignos y otros ni buenos ni malos *inter deos et homines*, como los héroes y los espíritus que gobiernan a los hombres y han sido llamados *genios*. Los soberanos y príncipes de los espíritus que ejercen poder sobre los reyes y los países, ocupan probablemente esferas distintas, y cuanto más elevada es ésta tanto más excelentes son sus moradores. A tales esferas y espíritus parecen referirse Galileo y Kepler cuando suponen que Saturno y Júpiter son mundos habitados, teoría a la que también alude —o más, bien insinúa— Tycho Brahé en una de sus *Epístolas*.

De acuerdo con estos autores, el número de los espíritus etéreos debe necesariamente ser infinito si es verdad lo que expresan algunos matemáticos de nuestro tiempo: si una piedra cae de la zona estelar del cielo u octava esfera a una velocidad de 160 kilómetros por hora, tardará 65 años o más en llegar a la superficie de la Tierra, tal es la enorme distancia que media entre ésta y el cielo (sin contar otros cielos de

naturaleza cristalina o líquida que añade Maginus). ¿Cuántos espíritus puede contener tan vasto espacio? En opinión de Tomás Alberto y muchos otros autores, el número de ángeles es considerablemente mayor que el de los demonios.

Poca sensatez demuestra Marciano cuando expresa: *Aetheri Daemones non curant res humanas*, los demonios etéreos no se preocupan de nosotros. Es que probablemente ejercen su poder en otros mundos y tienen otros asuntos en que ocuparse.

Conviene recordar que, según la doctrina de los teólogos anglosajones, el demonio no tiene poder alguno sobre las estrellas o las esferas celestes. Hasta el día del juicio final, los espíritus continuarán confinados en el mundo sublunar sin poder ejercer su acción más allá de los cuatro elementos y siempre que Dios se lo permita. Algunos los clasifican según sus distintos lugares y funciones. Por su parte, Pselo los agrupa en cinco clases: ígneos, aéreos, terrestres, acuáticos y subterráneos, que se vinculan con las hadas, los sátiros, las ninfas, etc.

Los espíritus ígneos se manifiestan comúnmente como estrellas de súbito resplandor o como fuegos fatuos, que arrojan a los hombres con frecuencia en ríos o precipicios *(in flumina aut proecipitia)*, según dice Bodin, quien añade: el viajero que quiera conjurarlos deberá pronunciar el nombre de Dios con voz clara o adorar al Señor arrodillándose hasta tocar el suelo con la faz. Estos espíritus hacen ver no raramente espejismos con astros y estrellas o bien se posan sobre los mástiles de los navíos, y se les llama *dioscuros* o nubecillas, según nos informa Eusebio basándose en Zenófanes. Traen casi siempre algún daño o infortunio a los hombres, aunque algunos les atribuyen por el contrario cualidades benéficas y hasta afirman que su intervención es decisiva para triunfar en los combates navales. Son los bien conocidos fuegos de San Telmo y suelen aparecer después de una borrasca. Hay quienes suponen que tienen sus moradas en los montes Hecla (Islandia), Etna (Sicilia), Vesubio, islas Lípari, etc.

Los espíritus o demonios aéreos, que como su nombre lo indica, tienen su principal morada en el aire, causan muchas tempestades, truenos y relámpagos, caídas de árboles, incendios, derrumbamientos de casas, muertes de personas y animales, caída de granizo y de ranas[4], etc. Suelen hacer ver en los aires ejércitos inexistentes, imitar ruidos extraños, fingir espadas suspendidas, etc., como ocurrió en Viena antes de la llegada de los turcos y repetidas veces en Roma, según Scheretz, Lavater y Julio Obsequens, antiguo autor romano que se refiere a ello en su *Libro de los prodigios*. Numerosos ejemplos al respecto nos proporcionan Maquiavelo y Josefo, este último en su obra *De bello judaico* (Guerras de los judíos) cuando trata de la destrucción de Jerusalén. Pero Guillermo Postello, en el tomo primero de su obra *De orbis concordia* sostiene (y sus argumentos son verdaderos) que no deben atribuirse los hechos de referencia a los espíritus o demonios. Éstos causan súbitos torbellinos y tempestades que los meteorólogos generalmente explican por causas naturales. Sin embargo, creo, de acuerdo con Bodin, que esos fenómenos atmosféricos son causados más frecuentemente por los demonios del aire en sus distintas moradas.

Cuando una persona desesperada se ahorca o se arroja al río, aquéllos —como observa Kornmann— *tripudhim agentes*, danzan demostrando intensa alegría por la muerte de un pecador. Pueden corromper el aire y causar plagas, enfermedades, tempestades, naufragios, incendios e inundaciones.

Si hemos de creer en los relatos de Saxo el Gramático, Olaf Magnus y Damián A. Goes, en Laponia, Lituania y, sobre todo, en Escandinavia, es muy común que los hechiceros y brujos proporcionen buenos vientos a los navegantes, a cambio de dinero. Esos hechiceros pueden también causar tempestades, como refiere el veneciano Marco Polo al hablar de los tártaros. Tales demonios gustan mucho de los sacrificios, según Porfirio, infunden terror a la gente y con distintos nombres fueron objeto de culto, tuvieron ídolos y se les ofrendaron sacrificios en Roma, Grecia y Egipto. Aun hoy día ejercen su poder despótico sobre los ateos y los indios y en ciertas regiones son adorados como dioses.

Para los gentiles los dioses fueron demonios, como expresa Trismegisto, quien podía invocarlos en los lugares donde existían sus imágenes merced a procedimientos de magia. Estos espíritus, al decir de

[4] Alude a la creencia supersticiosa de que las ranas caerían de las alturas junto con las lluvias. (N. del T.).

Cardan, son dados a tener relaciones sexuales con los hechiceros (íncubos y súcubos), modifican la apariencia corpórea de las personas y son muy fríos al tacto. Además, están al servicio de los magos. Cardan no tiene empacho en relatar que su padre mantuvo relaciones como las precitadas con un demonio del aire, al cual continuó vinculado durante veintiocho años. Cuéntase también que el perro de Agripa llevaba un demonio anudado a su collar, y otro Paracelso oculto en el puño de su espada. Hay quienes llevan alguno de tales espíritus en sus anillos. Jannes y Jambres hicieron antaño muchas proezas gracias a su ayuda. Lo mismo puede decirse de Simón el Mago, Cinops, Apolonio de Tiana, Jámblico y Tritemio, el último de los cuales hizo aparecer ante el emperador Maximiliano a su esposa muerta.

Los demonios acuáticos son las náyades o ninfas fluviales, a las que en otros tiempos se les oía conversar en las fuentes y ríos. El agua es el elemento en que viven, como expresa Paracelso. Algunos les llaman hadas y sostienen que su reina es Habundia. Estos demonios causan inundaciones y naufragios y engañan a los hombres bajo distintas apariencias de mujer, como la de Súcuba (según Tritemio). Paracelso, en su *Libro de las sílfides* consigna diversos relatos acerca de estas ninfas, algunas de las cuales llegaron a casarse con hombres de carne y hueso, a los que luego aborrecían y abandonaban. Tales fueron Egeria, que tuvo tanta familiaridad con Numa[5], Diana, Ceres, etc. Olaf Magnus es autor de una extensa narración, en la que se refiere que Hother, rey de Suecia, habiendo abandonado la compañía de las ninfas, fué apresado por éstas y su cuerpo devorado por las náyades en un festín. Antiguamente solía practicarse la adivinación por medio del agua o ὑδομαντέια a la que recurrieron Macbeth y Banquo, aristócratas escoceses, de quienes habla Héctor Boecio.

Los demonios terrestres son los lares, genios, faunos, sátiros, dríadas y hamadríadas, hadas, etc., que cuanto más frecuentan el trato de los hombres tanto mayores daños les causan. Piensan algunos que eran los únicos espíritus que temían los paganos de la antigüedad y por eso les erigieron numerosos templos e ídolos. A la misma categoría pertenecían el Dagon de los filisteos, Bel entre los babilonios, Astarté entre los sidonios, el Baal de los samaritanos, los dioses Isis y Osiris de los egipcios, etc. Algunos incluyen aquí a las hadas y los duendes adorados en tiempos remotos con excesiva fe supersticiosa y a los que se atribuían actos beneficiosos; así se decía que barrían las casas, limpiaban de hollín las chimeneas, purificaban el agua de los pozos, hacían apetitosos los manjares y otras cosas por el estilo. En consecuencia, no debían ser ahuyentados y se creía que dejaban dinero en los zapatos y que de ellos dependía el tener suerte en cualquier empresa. Son éstos los que danzan sobre el césped y entre brezos, como suponen Lavater, Tritemio y Olaf Magnus.

Otros creen que proceden de la caída de piedras meteóricas o como exhalación de la tierra y constituyen «un juego o pasatiempo de la propia naturaleza». Dícese que algunas veces se aparecen a niños y mujeres de edad provecta. Jerónimo Pauli, en su descripción de la ciudad de Barcino (nombre cartaginés de la actual Barcelona), refiere que era común ver a esos espíritus junto a la misma, en las cercanías de las fuentes y colinas. Paracelso menciona numerosos lugares de Alemania donde se paseaban habitualmente vestidos con casacas cortas de unos cincuenta centímetros de largo. A la misma especie pertenece el Kobin Goodfellows de los ingleses, que, según la superstición popular, muele trigo, corta leña y realiza toda clase de trabajos pesados. Se dice que en tiempos antiguos forjaban el hierro en las islas eólicas de Lípari y que frecuentemente se les veía y oía. Tholosano los llama *trulos* y *gétulos* y afirma que en su tiempo era corriente verlos en numerosas localidades de Francia.

Dithmar Blesken, en su descripción de Islandia, considera como hecho indubitable que en casi todas las familias existían tales espíritus domésticos. Félix Malleol asegura que muchos de esos *trulos, trolos o telchinos* son muy comunes en Noruega «y se les ve ejecutar las más distintas faenas»: extraer agua de los aljibes, cocinar, etc. Otros espíritus de la misma especie suelen frecuentar viviendas y sitios deshabitados y generalmente son inofensivos. Según Cardan, son éstos los que producen ruidos extraños durante la noche, hacen oír unas veces ayes lastimeros y otras risas destempladas; también producen grandes

5 Refiérese al rey romano Numa Pompilio, quien, según la leyenda, recibía la inspiración de la ninfa Egeria para legislar. (N. del T.).

llamaradas o repentinos resplandores y ruidos sui géneris, como de caída de piedras, rotura de cadenas, gritos de personas a las que parece están degollando, puertas que se abren o se cierran bruscamente, platos que se hacen añicos... Debido al mismo poder los muebles más comunes, como las sillas o los baúles, adquieren en la oscuridad formas extrañas, asemejándose a liebres, cuervos, perros de pelaje negro, etc.

De la misma cuestión trata el padre jesuíta Pedro Thyreo en su obra *De locis infestis*, en la que pretende que esos demonios son las almas de condenados que tratan de vengarse o almas escapadas del purgatorio que buscan reposo. Sobre el particular aduce gran número de ejemplos Segismundo Scheretz, quien afirma tomarlos en su mayor parte de Lutero. Plinio el Joven se refiere a una casa de Atenas, alquilada por el filósofo Atenodoro, que nadie se atrevía a habitar por temor a los demonios.

Los espíritus de que venimos tratando se aparecen con frecuencia a las personas y les infunden espanto, vagando al mediodía o de noche con la apariencia de fantasmas o imágenes de la muerte. Tal fué el espectro de Calígula (según refiere Suetonio), al que se vio vagar por los jardines de Lavinia, donde su cuerpo fué enterrado, lugar que dieron en frecuentar los espíritus al igual que la casa donde murió el emperador. Lavater expresa que tales apariciones son frecuentes cerca de los sepulcros de los monasterios, en los lugares pantanosos, grandes edificios, parajes solitarios, y particularmente en el sitio donde se perpetró un asesinato. Thyreo añade que el lugar donde se ha cometido un delito grave se convierte en morada de impíos y malvados: *ubi gravius peccatum est commissum, impii pauperum oppressores et nequiter insignes habitant*.

Esos espíritus vaticinan a menudo la muerte de personas por diversos signos, como aldabonazos en las puertas, gemidos, etc., aunque Ricardo Argentine, en su obra *De proestigiis doemonum*, pretende que tal facultad de predicción es privativa de los ángeles, según la doctrina de Ficino y otros autores. *Prodigio, in obitu principum saepius contingunt* (ocurren con frecuencia hechos milagrosos a raíz de la muerte de personalidades ilustres); así, en la iglesia romana de San Juan de Letrán, la muerte de los papas aparecía anunciada con notable antelación en el sepulcro de San Silvestre. En Finlandia existe un lago en el cual cada vez que va a ocurrir la muerte del señor del castillo próximo, aparece un espectro que ejecuta bellísimas melodías en un arpa. Algo semejante acontece en Cheshire, donde los árboles anuncian la muerte de los jefes de familia (según se dice). Lo mismo se afirma del famoso roble del parque Lanthadran en Cornwallis, que ha descrito M. Carew.

Debido a tales predicciones, en Europa muchísimas personas viven obsesionadas por la idea de su muerte próxima, y no pocas (si hemos de dar fe a Paracelso) reciben avisos misteriosos de su fin a breve plazo por los espíritus familiares transformados en gallos, cuervos, buhos, etc., que rondan la casa del enfermo o se posan sobre su techo, y hasta los que van a morir suelen sentir olor a cadáver: *foeditatem sentiunt*, según supone Baracell. De tales medios se vale Dios, conforme opina Bernardino de Bustis, para atemorizar a los malvados y pecadores y obligarlos a enmendar su conducta en esta vida terrena.

Pocos momentos antes de la muerte de Tulio —cuenta Plutarco— los cuervos empezaron a lanzar potentes graznidos (*tumultuose perstrepentes*) a su alrededor y tiraban de la almohada sobre la que descansaba la cabeza del moribundo. Roberto Gaguin, en su *Historia de Francia* refiere otro singular episodio acerca de la muerte de Juan de Montfort (noble francés), acaecida en 1345: *Tanta corvorum multitudo aedibus morientis insedit, quantam esse in Gallia nemo judicasset* (a la casa del moribundo bajaron tantos cuervos como nadie se imaginaba existiesen en toda Francia).

Entre los demonios de que tratamos se cuentan los que Mizald llama ambulones o andariegos, que vagan al filo de la medianoche entre brezales y por lugares desiertos; los cuales, dice Lavater, apartan a los hombres del buen camino (*recto itinere abducant*). Estos espíritus tienen distintos nombres según los lugares; nosotros, los ingleses, los llamamos *pucks* (duendes o fantasmas).

En los desiertos del Asia son frecuentes los espejismos en que aparecen espíritus errantes, como puede leerse en los viajes de Marco Polo. Si por azar alguien se separa de su compañía, esos espíritus lo llaman por su nombre e imitan la voz de sus compañeros para engañarlo. Jerónimo Pauli, en su obra sobre las montañas de España describe un monte de Cantabria (*mons sterilis et nivosus*) donde suelen verse

espectros semejantes. Algunas veces, apostados en los caminos reales, causan caídas a los viandantes y hacen resbalar peligrosamente a los jinetes corcoveando sus cabalgaduras.

Los demonios subterráneos presentan muchas analogías con los demás y causan también graves daños. Olaf Magnus los califica en seis especies. Comúnmente —dice Munster— aparecen en las proximidades de las minas de metales, y unos son dañinos y otros inofensivos. En muchos lugares los mineros consideran su presencia visible como buen augurio y señal de afortunados hallazgos en lo que respecta a yacimientos metalíferos. Jorge Agrícola, en su obra *De subterraneis animantibus* menciona las dos especies más notables de estos demonios, que llama *gétulos y cobalos*. «Visten —añade— a la usanza de los mineros y con frecuencia efectúan sus propios trabajos». Su misión, según suponen Pictorio y Paracelso, es la de custodiar los tesoros terrestres, que no son revelados todos de una vez. Por lo demás, Cicogna afirma que muchas veces causan esos terribles terremotos «que suelen destruir, no sólo edificios, sino islas y ciudades enteras».

Los más distantes de estos demonios se encuentran cerca del centro de la Tierra, donde discurren sobre las torturas que han de aplicar a las almas de los condenados el día del Juicio Final. Se supone que para sus viajes bajo tierra escogen como lugares de entrada y salida los montes Etna, Lípari, Hecla (Islandia), Vesubio, Tierra del Fuego, etc., en cuyas cercanías se oyen continuamente chillidos y gritos espantosos y se ven aparecidos y trasgos.

Así ejercen los demonios su poder, en mil formas distintas, y cada uno es «como un león embravecido que sigilosamente acecha su presa». Abarca su dominio la tierra, el mar, el aire, y es, por lo tanto, ilimitado, aunque algunos sostienen que el aire es su verdadera morada. Atraviesan cuando menos el vastísimo espacio que media entre la Tierra y la Luna, y «aquí por su maldad han hallado su cárcel hasta el fin del mundo; aunque luego se les fijará un lugar más incómodo», como dice San Agustín en *La ciudad de Dios*. Pero esté donde esté, el demonio, mientras trata de resignarse con su suerte, se halla siempre dominado por la ira, y como piensa Lactancio, acompaña a los hombres en sus actos pecaminosos y pone todo su empeño en arrastrarlos a su propio abismo de perdición. Como expresa Sinesio, «las miserias y calamidades de los seres humanos son para los demonios motivos de regocijo». Por medio de innumerables tentaciones y estratagemas tratan de apresar nuestras almas. «El amo y señor de todos los embusteros —dice San Agustín—, después de haberse engañado a sí mismo trata de engañar a los demás»: *Dominus mendacii a se ipso deceptus, alios decipere cupit*. Y añade que es «el enemigo del género humano e inventor de toda maldad... Así como procedió con Eva y Caín y con los habitantes de Sodoma y Gomorra, así también hubiera querido proceder con todos los seres y cosas de este mundo». Los medios de que se vale para tentar a los humanos son la codicia, la embriaguez, los placeres, el orgullo, etc. Extravía, desanima o mata a algunos, aunque también salva y protege a otros, dominándolos como el jinete domina por las riendas a su cabalgadura. Estudia minuciosamente nuestras debilidades y yerros y en general procura nuestra destrucción. Sin embargo, muchas veces trata de favorecernos con buenas acciones y pretende alcanzar la jerarquía de un dios curando algunas enfermedades del hombre, según expresa San Agustín. Más aún: llega también a neutralizar el peligro de epidemias, ayuda a los hombres en la guerra y les proporciona motivos de felicidad. Pero nada es más impuro ni más nefasto que los sangrientos sacrificios humanos que impone en honor de Saturno y Moloch, sacrificios usuales aun hoy día entre los indios bárbaros; y lo mismo cabe decir de sus tretas y engaños para someter a los hombres a su obediencia, y de sus falsos oráculos, imposición supersticiosa de ayunos y privaciones, etc.

Hace condenar muchas almas por actos de herejía y quebrantamientos rituales. *Módico adhuc tempore sinitur malignari*, como dice San Bernardo: Dios le permite desahogar su ira por algún tiempo, pero acabado el plazo concedido será confinado entre las tinieblas del infierno, «que ya ha sido preparado para él y su cortejo».

Difícil es precisar los límites de su poder. Expondré brevemente lo que pensaban los antiguos sobre las consecuencias de sus actos, su poderío y actividades. Platón, en *Critias* —lo mismo que sus continuadores— tiene por indudable que estos espíritus o demonios han dominado despóticamente a los hombres y han sido nuestros amos y señores, al igual que lo somos nosotros con nuestro ganado.

Gobiernan provincias y aun reinos por medio de oráculos, augurios, visiones en sueños, recompensas; y los castigos, profecías, inspiraciones, sacrificios y creencias religiosas ofrecen tantas formas distintas corno los propios espíritus. Son promotores de guerras o de paz, originan enfermedades o son portadores de salud, traen esterilidad o abundancia... Las obras de Tucídides, Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso y otros autores contienen un sinnúmero de relatos referentes a sus hechos en verdad prodigiosos, por los cuales fueron adorados en Grecia y Roma como dioses con la práctica de oraciones y sacrificios. En suma, *nihil magis quaerunt quam metum et admirationem hominum* (nada pretenden tanto como causar miedo y admiración entre los hombres), según dicen León Suavis y Tritemio. Otro autor señala que «es indecible la fogosidad impotente con que esos espíritus malignos ambicionan el honor de ser adorados como dioses».

Tritemio, en su obra *De septem secundis*, consigna los nombres de tales espíritus como gobernadores de provincias —cuya autoridad no conozco— y les atribuye distintas jurisdicciones. Asclepiades (griego), Rabí Aquiba (judío), Abraham Abenezray Rabí Azariel (árabes), según aparecen en una cita de Cicogna, añaden que no sólo nos gobiernan sino que son el origen de *concordia et discordia, boni et mali affectus*. Cuando existe acuerdo entre ellos, también lo hay entre los hombres y lo mismo puede decirse si existe desacuerdo. Juno fué una enemiga acérrima de los troyanos, Apolo un amigo de los mismos y Júpiter se mostraba indiferente a su respecto. Algunos están de nuestra parte y otros son nuestros contrarios. Estos espíritus son las fuerzas que rigen la religión, la política de Estado, las contiendas públicas y privadas. Probablemente les causan gozo las discordias de los hombres, del mismo modo que éstos sienten placer en presenciar riñas de gallos o de otros animales. Las enfermedades y las sequías son también ocasionadas por esos espíritus, de quienes depende el curso venturoso o infausto de casi todos nuestros actos y hechos habituales: mejora de posición social, pérdidas, daños, matrimonio, muerte, premios y castigos. Antonio Rusca sostiene que existe un ángel particular, bueno o malo, para cada persona, ligado a ella de por vida y al que Jámblico llama *daemonem*, Proclo pretende que dirigen las distintas actividades humanas y se les aplican diferentes nombres según su misión u oficio. Tales son los lares, los préstites, etc.

Por haber sido traidores los árcades en la batalla de Queronea que se libró contra el rey Filipo por la libertad de Grecia, fueron más tarde exterminados miserablemente en el mismo lugar por el jefe romano Metelo. Del mismo modo realizan actos favorables o adversos como en el caso de los buenos y los malos genios.

No raramente sujetos indignos y viles mejoran de posición y triunfan, al paso que personas discretas, instruidas y virtuosas son desamparadas y no obtienen el premio que merecen. Esto se atribuye a la arbitrariedad de los espíritus que cuando se muestran favorables a los hombres les traen empero prosperidad y les permiten medrar. Libanius supone que en todos nuestros conflictos y luchas hay siempre un genio que debe batirse en retirada, vencido por otro genio: *Genius Genio cedit et obtemperat*. El curso de los hechos particulares está sometido casi siempre a estos espíritus familiares o privados, y Paracelso añade que dirigen, inspiran e instruyen a los hombres. Nunca ha habido personajes extraordinarios, famosos en algún arte o actividad ni gobernantes eminentes que no hayan tenido su «demonio familiar» a fuer de guía y consejero; así, Numa Pompilio, Sócrates y muchos otros a quienes se refiere Cardan. Pero se trata de errores pueriles, que rechazan nuestros teólogos y la Iglesia cristiana. Es cierto que tienen poder sobre nosotros, en cuanto tal es la voluntad de Dios, y comprobamos por experiencia que pueden dañar y destruir, no sólo nuestros campos, ganado y demás bienes, sino también nuestros cuerpos y almas. Hammel de Sajonia cuenta en sus Anales (capítulo correspondiente al 20 de junio de 1484) que el demonio tomó la apariencia de un consumado flautista y tras los sones de su instrumento llevóse a ciento treinta niños que desde entonces no volvieron a ser vistos jamás. Con frecuencia las personas se sienten inquietas, furiosas y hasta en un estado de desequilibrio mental, como lo describe Scheretz, pero Plotino el platónico se burla de los que creen que el demonio o los espíritus pueden ser la causa de ello y de afecciones semejantes.

Muchos suponen que el demonio puede actuar sobre el cuerpo pero no tiene poder alguno sobre el alma. De esta opinión es Tertuliano. *Inducere potest morbos et sanitates*: tanto puede ser causa de

enfermedades como dispensador de salud, y esto siempre en forma oculta. Taurell añade que «por medio de venenos misteriosos puede infectar el cuerpo y detener las funciones orgánicas» (*viscerum actiones potest inhibere latenter*). De este modo causa perturbaciones anímicas y castiga con la melancolía maligna que se caracteriza por accesos de ira. Tal es la opinión de Lipsio. Libra verdaderos combates contra las almas, convertido también en substancia espiritual, como dice Kogers, y por medio de esas armas que son la envidia, la codicia, la ira, etc., atrae y rinde a los hombres incapaces de resistir a su avasallamiento.

Biarmann, en su réplica a Bodin, explica suficientemente la forma como procede. Ante todo actúa sobre la imaginación, y con tanta energía por cierto, que la razón no puede oponerle resistencia. Para llegar hasta la imaginación lo hace por medio de los humores. Sin embargo, muchos médicos opinan que el demonio puede trastornar la mente de manera directa. Avicena, Pselo y Rhasis, autor árabe, creen que la melancolía es causada por el demonio y muchas veces únicamente por él. Aducen pruebas confirmativas de esta tesis Montalto y Daniel Sennert. Para Avicena la causa inmediata es la bilis negra, cuya formación trataba de impedir Pomponacio, quien profesaba igual criterio. Galgerando de Mantua, médico famoso, curó a una mujer endemoniada purgando su bilis negra, y parece que desde entonces ese humor de la melancolía fué llamado *Balneum Diaboli*, el baño del diablo. El propio demonio se introduce sutilmente en tales humores y causa muchas veces en nosotros desesperación e ira. Lo mismo expresa Tertuliano y pretende probar Lemnio: *Immiscent se mali Genii pravis humoribus, atque atrae hili, etc.* Así también afirma Jasón Pratensis que «los demonios, por ser unos espíritus tenues, pueden penetrar fácilmente en el cuerpo humano y, ocultos en las vísceras, llegar a quebrantar la salud, producir pesadillas terroríficas y encender el furor en la mente». Como expresa el mismo autor, los espíritus entran y salen continuamente de nuestro cuerpo cual abejas de una colmena y tientan y doblegan al individuo cuanto más dócil es por temperamento.

Agrippa y Lavater están persuadidos de que el humor bilioso, si es abundante, atrae al demonio y que son las personas melancólicas las más expuestas a las tentaciones demoníacas y las que más se prestan a sus maldades y engaños. No diré si obra por obsesión, por posesión o en otra forma, por ser asunto harto complejo. Los padres jesuítas Delrío y Pedro Thyreo, Springer, Jerónimo Mengus Flagel y otros autores eclesiásticos parecen inclinarse a la idea de la obsesión a juzgar por sus exorcismos y conjuros y han forjado muchos relatos a este respecto. Algunos se refieren a mujeres que por haber comido ciertas verduras o frutas (como la lechuga y la granada) fueron poseídas del demonio y luego curadas por exorcismos.

Cornelio Gemma, en el segundo volumen de su obra sobre *Los milagros de la naturaleza* se refiere a una doncella, llamada Catalina Gualter, hija de un tonelero, la cual sufría de tan violentas convulsiones que tres hombres juntos no podían contenerla en sus accesos. Esta moza, después de ingerir un drástico, expulsó una anguila viva que medía poco más de cuarenta centímetros de largo y la cual desapareció en seguida. Luego empezó a vomitar una gran cantidad de bazofia de los más distintos colores, durante catorce días. Después de esto expelió pelotones, trozos de madera, estiércol de paloma y de ganso, pedazos de tela, carbón, gran cantidad de sangre pura y unos guijarros algo más grandes que nueces, algunos con inscripciones, todo ello en medio de accesos alternados de risa y llanto, estados de éxtasis, etc. El autor añade: *Et hoc cum horrore vidi*, yo mismo vi esto con horror... Marcelo Donato relata que un mozo labriego tenía en el vientre cuatro cuchillos dentados como sierras (*serrae dentatos*), de un palmo de largo cada uno, un pelotón enorme y otros objetos extraños, todo lo cual —dice en conclusión— le vino por obra y astucia del demonio.

Acaso pregunten algunos cuál es el significado de tales padecimientos. A esto contestaré que tienen por fin poner a prueba nuestra paciencia y nuestra fe, a la vez que castigarnos por nuestros pecados, con el consentimiento de Dios. «El Señor hace sentir la potencia de su ira e indignación enviando ángeles malos a los hombres». Así castigó a Job, a Saúl y a las personas lunáticas y endemoniadas que curó Jesucristo. (Véase San Mateo, San Lucas y San Marcos). Por mi parte digo que todos esos males no son sino el castigo del pecado, de la falta de fe, la incredulidad, la debilidad, el recelo convertido en hábito, etc.

MELANCOLÍA CAUSADA POR MAGOS Y HECHICEROS. — Ya me he referido al poder individual del demonio, y aquí expondré las fechorías aun peores —si cabe— que comete cuando se vale de agentes auxiliares para satisfacer sus deseos de venganza y codicia. Erasto, en su obra *De Lamiis*, dice al respecto: *Multa enim mala non egisset daemon, nisi provocatus a sagis,* el demonio dejaría de hacer muchos daños si no lo provocaran o excitaran los hechiceros. Satanás no hubiera tomado la encarnación de Samuel si el brujo de Endor no lo hubiese invocado, como tampoco habría hecho aparecer serpientes en presencia del Faraón egipcio si los magos no lo hubiesen instado. Por eso sostiene Erasto: *Nec morbus vel hominibus vel brutis infligeret si sagae quiescerent*, si los hechiceros nada hicieran por su parte, hombres y animales estarían libres de toda afección. La existencia de los brujos es negada rotundamente por muchos. Otros, sin negarla, afirman que son incapaces de cualquier maleficio. Esta última opinión es la que sostienen Wier, Agustín Lerchemer, autor holandés, Biarmann, Ewich y mi compatriota Euwald, tomando por testigo a Horacio, quien dijo:

Somnia, terrores Mágicos, miracula, sagas,
Nocturnos lémures, portentaque Thessala risu Excipiunt...

«Os podéis reír de las historias de pesadillas, terror mágico, prodigios y encantamientos, brujos infernales y duendes nocturnos». En efecto, los autores citados toman a broma tales historias, pero en cambio no se chancean sobre el particular muchos juristas, teólogos, médicos, filósofos ni autores como San Agustín, Heming, Daneo, Zanchio, Arecio, Delrío, Springer, Nider, Godelman, Paracelso, Erasto, etc.

Como se lee en Boissard, el demonio es invocado por magos cuyos execrables exorcismos y conjuros están contenidos en su libro denominado *Arbatell*. Existen diversas clases de hechiceros, brujos, encantadores, magos, etc., algunos de les cuales eran tolerados antaño. Hubo quienes hicieron profesión pública de magos en Salamanca, Cracovia (Polonia) y otras ciudades, aunque luego merecieron la censura de algunas universidades. En la actualidad generalmente hallan oposición, aunque actúan clandestinamente y gozan del favor de algunos príncipes que los consultan en secreto y no se atreven a tomar ninguna resolución sin su consejo. Nerón, Heliogábalo, Majencio y Juliano el Apóstata, con ser adictos a los magos, en la antigüedad, no lo fueron tanto como los monarcas de nuestros días. Eric, rey de Suecia, tenía un bonete encantado, por virtud del cual, con la añadidura de algunas palabras mágicas, ejercía poder sobre los espíritus, modificaba la temperatura y hacía que los vientos soplasen en la dirección que le placía. El pueblo sueco así lo creía a pie juntillas, y cuando soplaba un ventarrón solía decir: «Parece que el rey se ha puesto su bonete mágico».

Cabe afirmar que los hechiceros ejercen casi mayor dominio que el propio demonio sobre la voluntad de las personas que se avienen a satisfacer sus deseos. Pueden causar tempestades —lo que es corriente en Noruega e Islandia—; pueden suscitar enemistad entre amigos y procurar el avenimiento de enemigos, por medio de filtros o hechizos; avivar la llama del amor (*turpes amores concillare*, como dice Erasto), revelar el paradero de personas ausentes aunque se encuentren en los lugares más lejanos y reunir de noche a los enamorados después de hacerlos cabalgar en el aire sobre lomo de cabra. Segismundo Scheretz refiere confidencialmente que tuvo ocasión de tratar a varios de tales hechiceros que transportaron a muchos miles de amantes en la forma expresada, según ellos mismos se lo revelaron. Pueden causar daño a personas, animales y plantas, alterar el vino, pudrir el trigo, provocar el aborto en la mujer e impedir la concepción; pueden surcar los aires y llegar al lugar que quieran, como sostienen Cicogna y Lavater. A veces se llevan a las criaturas raptándolas de sus cunas y luego las abandonan (sobre todo si son defectuosas), aumentando así el número de los niños expósitos, como hace notar Scheretz. Otras veces favorecen a las personas con esos dones que son el éxito, la fortuna y la elocuencia. Por eso eran consultados antiguamente antes de empeñar un combate. No temen los golpes y se les pueden disparar mosquetazos sin que sean heridos, de lo cual trata extensamente Boissard en su obra *De*

magia, que contiene exorcismos y explica su uso *in expeditionibus bellicis* (en expediciones guerreras), combates y duelos, con numerosos ejemplos ilustrativos.

Se les ha visto pasearse tranquilamente dentro de hornos encendidos, y pueden hacer que las víctimas de torturas o desgracias no experimenten pena ni dolor. Conocen el modo de restañar la sangre, pueden tomar la apariencia de personas fallecidas (según Lavater y Cicogna), cambiar de forma y hacer lo mismo con los demás a su antojo. Refiere Boissard, en la precitada obra *De magia*, que Agaberta, famosa hechicera de Laponia, se mostró cierta vez en público bajo las más distintas apariencias y encarnaciones: tan pronto joven como vieja, de alta o de baja estatura, semejante a una vaca, un pájaro, una serpiente, etc. Luego preguntó a los espectadores qué formas deseaban que adoptase y a su ruego tomó la de deudos ausentes de los circunstantes, *maxima omnium admiratione*.

A pesar de tales habilidades, ningún mago, al igual que el propio demonio, puede llevarse consigo oro o riquezas, como bien observa Lypsio, y por eso son casi todos pobres, miserables, viles y pillastres. Como hace notar Bodin, no pueden dar dinero a sus clientes *(nihil in rem nummariam)* ni alterar resoluciones judiciales *(in Judicum decreta aut poenas)* o medidas dispuestas por consejos reales *(in regum concilia)*, pues los poderes superiores se reservan tales facultades. Es cierto que ha habido hechiceros muy hábiles y famosos como Simón el Mago, Apolonio de Tiana, Pasetes, Jámblico, Oldo de Stellis y otros, algunos de los cuales llegaron a «construir castillos en el aire», es decir, simularlos a los ojos de los demás, como también ejércitos y objetos diversos. Además, según se dice, fueron dueños de grandes riquezas y podían alimentar a miles de personas con los más diversos manjares, protegerse a sí mismos y proteger a sus secuaces de las persecuciones de reyes y príncipes mudando continuamente de lugar; revelar secretos y hechos futuros, referir lo que ocurría en comarcas lejanas, hacer aparecer personas fallecidas mucho tiempo antes y obrar muchos otros milagros ya para terror, ya para admiración de las gentes, sobre todo con este último fin, pues querían hacerse pasar por seres divinos. Con todo, el demonio acabó por desamparar a los hechiceros, que se hicieron perversos e inmorales, y raramente o nunca tales impostores han sido apresados. Los de tipo común no son capaces de las proezas a que me he referido.

Lo que me interesa señalar para mi objeto es que pueden causar —y también curar— muchas enfermedades (según que los animen sentimientos de odio o de amor), entre las cuales se cuenta la melancolía, hecho al que se refiere Virgilio en la *Eneida*. Paracelso, en su tratado *De morbis amentium*, dice expresivamente: *Multi fascinantur in melancholiam*, muchos han contraído la melancolía después de ser hechizados, y alega al respecto su propia experiencia. Lo mismo expresa Daneo: «He conocido casos en que la melancolía ha sido causada en su forma más grave, junto con la apoplejía, la parálisis, la epilepsia, la desaparición de jugos lácteos en la mujer *(nutricum mammas praesiccant)* y otras enfermedades que no pudo curar la medicina *(et alios morbos, quos medicina curare non poterat)*, pero que eran curables *solo tactu*, sólo por el tacto.»

Ruland trae el ejemplo de un joven llamado David Helde, que después de comer unos pasteles que le había dado un hechicero, *mox delirare coepit*, empezó a delirar y súbitamente perdió la razón. Hildesheim cita a un médico que, consultado acerca de un sujeto melancólico, dictaminó que su enfermedad era en parte resultado de un hechizo y en parte natural, pues el enfermo vomitaba trozos de hierro y plomo y hablaba idiomas que antes no había conocido ni estudiado. Tales ejemplos son mencionados con frecuencia por Scribanius, Hércules de Sajonia y otros autores. Comúnmente el hechizo toma la forma de inscripciones sobre metales, amuletos, fórmulas, filtros, etc., que por lo general causan la melancolía, tema sobre el cual discurre extensamente Monavi refiriéndose a un barón checo que padeció tal afección después de haber bebido un filtro mágico. No es que el poder del hechizo esté propiamente en los amuletos y las palabras misteriosas (y bárbaras, por lo demás), sino que se los confiere el demonio, ya que son los medios por él empleados para llevar a cabo sus engaños y fechorías.

MELANCOLÍA CAUSADA POR LOS ASTROS. SIGNOS PROPORCIONADOS POR LA CIENCIA FISONÓMICA, LA METOPOSCOPIA Y LA QUIROMANCIA. — Las causas naturales pueden ser ya primarias y universales, ya

secundarias y particulares. Las causas primarias están representadas por la influencia de las esferas celestes, de los planetas, las estrellas, etc., según sostienen los astrólogos, influencia que produce distintos efectos.

No me propongo examinar aquí el problema de si las estrellas deben considerarse causas o señales, como tampoco hacer la apología de la astrología judiciaria[6]. Si se me pidiera mi opinión al respecto, contestaría *nam et doctis hisce erroribus versatus sum* (conozco por experiencia los errores de los doctos). Los astrólogos inclinan nuestra fe en su favor, pero no nos obligan a prestársela. No es necesario que todos les crean. Si los astros rigen nuestros actos, Dios a su vez rige la marcha de los astros. Juan de Indagine ha expuesto brevemente la cuestión diciendo: *«Quaeris a me quantum in nobis operantur astro?,* ¿queréis saber hasta qué punto influyen los astros sobre nosotros? Su influencia no es coactiva, de tal modo que si nos proponemos ajustar nuestros actos a las normas de la razón, ningún poder tendrá esa influencia, que sólo actúa sobre espíritus dóciles y predispuestos; pero si seguimos los impulsos de nuestra naturaleza y nos dejamos guiar por nuestros sentidos, los astros tendrán un gran poder sobre nosotros, lo mismo que sobre los animales, y en verdad no somos mejores que éstos».

Puede decirse que el cielo es el instrumento divino por excelencia, *Coelum est vehiculum divinae virtutis,* como justamente expresa un autor; por medio del cual el Todopoderoso gobierna los seres; o bien se le puede considerar como un gran libro cuyos caracteres son los astros (según alguien ha dicho) y en el que pueden leerse las cosas más extrañas.

Paracelso opina que «sin la ciencia de los astros, el médico es incapaz de apreciar la causa de cualquier enfermedad ni de curarla *(Medicus sine coeli peritia nihil est...)*, aun cuando se trate de un simple dolor de muelas; y es que sólo por excepción percibe el origen e íntima consistencia o estructura de la parte afectada». En lo que respecta particularmente a la melancolía, el nombrado autor cree que su causa principal y primaria «procede del cielo», y concede mas importancia a los astros que a los humores en lo que toca a la etiología del mal. Añade que «muchas veces las constelaciones estelares causan por sí solas la melancolía». Cita el ejemplo de personas lunáticas que pierden la conciencia de sus actos «debido a los movimientos de la luna», y en otro lugar afirma que la verdadera causa del mal «emana de las estrellas». Esta opinión no es sólo la de Paracelso, pues también la comparten muchos científicos y médicos de la escuela de Galeno, aunque algunos con ciertas reservas.

«La variedad de los síntomas de la melancolía procede de los astros», dice Melancthon: la melancolía más benigna, tal como la del emperador Augusto, resulta de la conjunción de Saturno y Júpiter en Libra (séptimo signo del Zodíaco); la melancolía maligna, tal como la del conspirador Catilina, deriva del encuentro de Saturno y la Luna en Escorpión. Pontano, en el libro décimo de su tratado *De rebus coelestibus*, estudia ampliamente este punto y expresa que numerosas enfermedades se originan de la bilis negra o atrabilis y varían según ésta sea caliente o fría, aunque observa que la bilis fría de nuestro organismo puede pasar al estado cálido, del mismo modo que el agua de temperatura normal puede ser calentada hasta entrar en ebullición o enfriada hasta congelarse; de aquí se origina una gran cantidad de síntomas y manifestaciones de locura, tristeza, cólera, accesos de risa, etc.

La causa primaria y principal de tales afecciones, según el citado autor, «procede de las esferas celestes y de la posición de Marte, Saturno y Mercurio». Según un aforismo de Pontano, «Mercurio rige toda procreación si se encuentra en el sexto signo del Zodíaco (Virgo) o en Piscis, su signo opuesto, y si el horóscopo revela el predominio de estos aspectos de Saturno o Marte, la criatura padecerá locura o melancolía». Además, «si nace bajo la dependencia de Saturno y Marte, estando el uno en culminación y el otro en la cuarta casa celeste, será también melancólico pero llegará a curarse cuando Mercurio irradie su luz sobre él. Si en el instante del nacimiento la Luna se encuentra en conjunción o en oposición con el

[6] La astrología se dividía en natural, y judiciaria. Esta última, que era la verdadera astrología, se dedicaba a estudiar la influencia que la posición de los astros, en un momento determinado, como era principalmente el del nacimiento de un niño o el de empezar a realizarse una empresa de importancia, podía ejercer en el porvenir del individuo o en el desarrollo y resultado de aquella acción. (N. del T.).

Sol, Saturno o Marte, habrá la amenaza de gran número de enfermedades, especialmente del cerebro, y el ser nacido en tales circunstancias sufrirá de humores malignos y será melancólico, lunático o demente».

Acaso se tildará de astrólogos y de jueces parciales a los autores nombrados, pero en tal caso puede invocarse el testimonio de los médicos, incluso de los adictos a Galeno. Carto, en su *Arte Médica*, reconoce la profunda influencia de los astros en el origen de la enfermedad que nos ocupa. Lo mismo puede decirse de Jasón Pratensis, Lonicer (en su *Introducción al estudio de la apoplejía*), Ficino, Fernelio, etc.

Otros signos son suministrados por la ciencia fisonómica, la metoposcopia y la quiromancía. Bautista Porta, en su *Fisonomía celeste*, demuestra la gran afinidad que existe entre esta materia y la astrología. Según los fisonomistas, el color negro indica un estado de melancolía natural, cuyos rasgos típicos son, además, delgadez, abundancia de vello, venas muy marcadas sobre la piel y cejas pobladas, según dice Gratanarola. Ya Aristóteles observó que una cabeza pequeña, un temperamento sanguíneo y la faz muy encendida son signos de la melancolía cefálica.

Según supone Avicena, la melancolía precoz se manifiesta sobre todo en los tartamudos y los calvos en razón de la «sequedad de sus cerebros». Pero quien quiera conocer mejor los diversos signos que proporciona la ciencia fisonómica en relación con los humores y la inteligencia, hará bien en consultar los trabajos de Adamanto y Polemo, en sus comentarios, o mejor paráfrasis, sobre El arte fisonómico de Aristóteles; y las obras de Bautista Porta (cuatro libros de lectura muy interesante), Miguel Scot (*De secretis naturae*), Juan de Indagine, Montalto y Antonio Zara *(Anatomía del ingenio)*.

La quiromancia nos permite predecir la melancolía gracias a los signos sintetizados en sus aforismos, cuya recopilación puede hallarse en la gran obra de Juan de Indagine. Según el aforismo Nº78, «la línea de Saturno o línea media de la palma de la mano que corre hasta el monte Saturno, si en este punto es cortada por cierto número de líneas pequeñas, denota melancolía. *(Saturnina... a parvis lineis intersecta, arguit melancholicos)*; lo mismo si la línea de la vida y la natural forman un ángulo agudo (aforismo Nº100), y más aun si las líneas saturnina, hepática y natural forman un gran triángulo. En general los tratadistas llegan a la conclusión de que los sujetos en quienes el monte Saturno contiene numerosas líneas finas y cortadas entre sí, «son en su gran mayoría melancólicos, desdichados, agitados por continuas zozobras y preocupaciones, *semper tristes* y recelosos, aficionados a las labores agrícolas y a la vida campesina, etc.

Tadeo Haggesio, en su Metoposcopia, consigna ciertos aforismos relativos a las líneas de Saturno en la frente que le permiten inferir una predisposición a la melancolía. El nombrado Porta considera también otros signos corporales, como la existencia de manchas en la piel a la altura del bazo o en las uñas; si estas manchas son negras significan honda inquietud, pesadumbre, carácter pendenciero y melancolía *(maculae in ungulis nigrae, lites, rixas, melancholiam significant)*. La razón de tales síntomas la halla en los humores y se cita a sí mismo en abono de su aserto. Expresa que durante siete años tuvo tales manchas negras en sus uñas y en ese lapso su vida transcurrió entre pleitos y discusiones por asuntos de herencia y conoció entonces el deshonor y la amargura del destierro, en medio de continuos sobresaltos, etc. Pero en cuanto cesaron estas desventuras comprobó que las manchas en cuestión habían desaparecido. También Cardan en *De libris propriis* refiere un hecho análogo de sí mismo: Poco antes de la muerte de su hijo apareció una mancha oscura en una de sus uñas y empezó a aumentar de tamaño a medida que se acercaba el fin de su vástago.

Acaso me detengo demasiado en estos detalles fútiles, que han motivado la censura harto severa de algunos, pero debo alegar en mi descargo que los ejemplos transcriptos no están tomados de charlatanes ni gitanos sino de las obras de médicos y hombres de ciencia dignos de fe algunos de los cuales están aún presentes en la vida, y entre los que se cuentan profesores eclesiásticos de universidades famosas que pueden atestiguar lo dicho y rebatir las razones de embaucadores e ignorantes.

CAUSAS CONGÉNITAS DE LA MELANCOLÍA

LA VEJEZ. — Las causas secundarias peculiares y eficientes, así llamadas con respecto a otras precedentes, son congénitas, internas o innatas. También pueden dividirse en externas y adventicias. Unas y otras se producen con posterioridad al nacimiento del individuo. En cambio, congénito es literalmente «lo que nace junto con nosotros». Las causas congénitas pueden ser a su vez naturales, como la vejez, o hereditarias.

Causa natural por excelencia es la vejez, a la que ningún ser viviente puede escapar y que cual la melancolía se caracteriza por el enfriamiento y sequedad de los humores. Por eso es causa inevitable de dicha enfermedad. Melancthon afirma como verdad indiscutible en su obra *De anima*, aduciendo el testimonio de Aristóteles: *Senes plerunque delirasse in senecta*. los viejos comúnmente chochean, debido a la superabundancia de bilis o cólera negra. Rhasis, médico árabe, dice que es «un accidente inevitable en las personas viejas y decrépitas». Después de los setenta años, «todo es molestia y aflicción», como dice el Salmista, y la experiencia común confirma la verdad de esta aserción en las personas ancianas y débiles, especialmente en las que han llevado una vida muy activa, han ejercido cargos importantes o actuado intensamente en los negocios o tenido el mando de gran número de subordinados. La crisis se produce no durante esta existencia activa sino cuando se la deja bruscamente. Así cuando Carlos V entregó el poder al rey Felipe[7], fué dominado inmediatamente por la melancolía.

Si se trata de personas que continúan desarrollando sus actividades hasta los años de la senectud, serán víctimas a la larga de la chochez, y bien se ha dicho que *senex bis puer*, el anciano es dos veces niño. Entonces no son capaces de atender sus asuntos debido a los achaques propios de la edad y se sienten agobiados por dolores crónicos, congojas y pesares, vuelven a ser niños, atolondrados y rudos, y adquieren el hábito de hablar consigo mismos en voz alta. Se muestran irritados, ofendiéndose por los motivos más insignificantes; «recelosos, tercos, tacaños, crueles» (como dice Tully), supersticiosos, presumidos y ególatras, según el certero juicio de Baltasar Castalio.

Esta enfermedad natural se agrava en las mujeres ancianas, que entonces suelen llevar una vida mísera, propia de pordioseras o de brujas y gustan de la soledad. Se parecen en efecto a las brujas tal como las describen Wier, Bautista Porta, Ulrico Molitor y Edwicus. Sea cierto o no que puedan causar la mortandad del ganado con sus maleficios, cabalgar por los aires sobre el mango de una escoba saliendo por las chimeneas, transformarse en gatos, perros u otros animales, transportar personas, celebrar conciliábulos o aquelarres y danzas o tener ayuntamiento con el demonio, los autores citados siempre agregan la melancolía a las artes del diablo, además de las causas naturales y del uso de substancias somníferas o narcóticos.

«No realizan siempre los milagros que se les atribuyen —dice Wier— y sólo tienen debilitado el cerebro» *(solam vitiatam habent pliantasiam)*... Se cree en su brujería y poder maléfico, pero no es cierto. Sin embargo, Bodin, Erasto, Daneo, Scribanius, Sebastián Michaelis, Campanella *(De sensu rerum)* y el

[7] Abdicó el año 1555 en su hijo Felipe II y se retiró al monasterio de Yuste. (N. del T.).

padre jesuíta Dandin *(De anima)* sostienen lo contrario. No niegan que los hechiceros son melancólicos, pero sí que la melancolía provenga en ellos sólo de un debilitamiento del cerebro y que se engañen a sí mismos y a los demás.

EL FACTOR HEREDITARIO. — Otra causa interna e innata de la melancolía la representa el temperamento que cada cual hereda, íntegra o parcialmente, de sus padres. Fernelio la considera como causa antinatural (*praeter naturam*), y expresa al respecto: «El temperamento del padre se reproduce en el hijo, y las enfermedades que padezca aquél al engendrarlo aquejarán también a éste». Rogerio Bacon, en sus cartas sobre *De secretis artis et naturae*, dice que «si la constitución física del progenitor está alterada, también será alterada o viciada la constitución del hijo, y así la corrupción se transmite de padres a hijos» *(et sic derivatur corruptio a patribus ad filios)*. Estos caracteres heredados se manifiestan, según Hipócrates, no tanto en la conformación física del individuo cuanto en las disposiciones espirituales.

Seleuco, rey de Siria, tenía la señal de un ancla en uno de sus muslos, y la misma aparecía reproducida en todos sus descendientes, como consigna Trogo. Plinio hace notar que Lépido era miope e igual defecto visual caracterizaba a su hijo. Los miembros de la famosa familia romana de los Enobarbo eran todos barbitaheños, y de aquí la significación de su apellido. Los labios típicos de los austríacos, la nariz chata de los indios, la barbilla inconfundible de los bávaros y los ojos bizcos de los judíos (como observa Buxtorf) son peculiaridades hereditarias. La voz, el modo de andar, los gestos, la mirada, son también rasgos típicos que se heredan junto con las cualidades y las enfermedades de los antecesores. Suelen ser particularmente significativas las semejanzas entre las madres y las hijas. Lemnio sostiene que las malas inclinaciones de los niños son muchas veces imputables enteramente a sus padres (*puerorum malicia parentihus imputanda*).

No hay duda que lo mismo ocurre con la melancolía, aunque no se presente sólo como enfermedad hereditaria, según expresan Paracelso, Bruno Seidel y Mintalto, este último siguiendo la opinión de Hipócrates y Plutarco. Hablando de las disposiciones hereditarias de un paciente, Montalto observa que era indudable «la presencia de la melancolía» como factor predominante. Daniel Sennert pretende que la constitución melancólica es transmitida con frecuencia, no sólo del padre al hijo, sino a toda la familia: Quandoque totis familiis hereditativam. Forest, en su observaciones médicas, proporciona el ejemplo de un negociante, paciente suyo, que padecía melancolía heredada, y Rodrigo de Fonseca se refiere a un joven cuyo mal provenía *ex matre melancholica*, de su madre, enferma de melancolía y el cual se hallaba, además, en un estado de gran desnutrición.

Luis Mercado, médico español, en el excelente tratado sobre las enfermedades hereditarias que acaba de publicar, afirma que la melancolía y la locura, que constituye su secuela, son males incurables. Lo más extraño es que en algunas familias la melancolía no se transmite directamente de padres a hijos sino con solución de continuidad (del abuelo al nieto), y no siempre se reproduce la misma enfermedad sino una semejante (*saepe non eundem, sed similem producit effectum*), cuando no de efectos tan atenuados que sólo reviste un valor simbólico.

Las causas secundarias de carácter hereditario son tan poderosas comúnmente que, como sostiene Wolf, *saepe mutant decreta siderum*, es decir, modifican frecuentemente las causas primarias y la influencia de los astros. Por estas razones las leyes divinas y humanas, las disposiciones eclesiásticas y laicas, tienden a impedir la transmisión de enfermedades hereditarias mediante la prohibición y condenación de los matrimonios consanguíneos. Mercado señala la conveniencia de que los cónyuges difieran entre sí en su complexión física cuanto sea posible, lo cual asegurará su felicidad común. Está comprobado que una vez cada seiscientos años se produce una transmigración de pueblos, y yo no dudo que se trata de una providencia de Dios cuyo verdadero objeto es purificar y renovar la sangre de los habitantes del mundo. Tal transmigración ha sido motivada por invasiones de diversos pueblos, como los godos y los vándalos o los llegados de Sarmacia, que con el ímpetu de un diluvio han hecho mudar de residencia a la mayor parte de los habitantes de Europa y África. Estas invasiones, si por una parte han causado daños materiales, por otra han traído un gran beneficio, pues han contribuido a modificar nuestra

constitución orgánica, bastante estragada por enfermedades hereditarias, contraídas a causa de toda clase de apetitos desordenados.

Una generación de hombres sanos y fuertes, como son generalmente los nórdicos, se mezcló con la población anglosajona, haciéndola más apta y más vigorosa, tal como son por lo común los indios de nuestra época, a pesar de su pobreza y su desnudez. Según observa el viajero Claudio Abaville Capuchion, los indígenas de la isla de Maranhao (Brasil) no conocen las enfermedades hereditarias ni contagiosas y alcanzan casi siempre edades muy avanzadas (120 años o más) sin emplear curas o remedios (*nemo fere aegrotus, sano omnes et robusto corpore, vivunt annos 120, 140, sine medicina*).

Scoltz ha sentado este principio: *Filii ex senibus nati, raro sunt firmi temperamenti*, los hijos nacidos de padres viejos raramente poseen una constitución vigorosa, y por eso están más predispuestos a contraer la melancolía. Lemnio se muestra aún más categórico cuando afirma que los padres de edad provecta engendran comúnmente hijos caprichosos, testarudos, malhumorados, tristes y melancólicos, y raramente de genio alegre. Quien en el momento de engendrar tiene el estómago lleno (según opina Cardan), será padre de una criatura enferma o débil. Lo mismo puede decirse si los progenitores padecen enfermedades o jaqueca en el momento de la procreación o si el padre es ebrio consuetudinario (en este último caso el hijo será probablemente un ser mentalmente débil, como afirma Gelio). De esta cuestión han tratado también Jerónimo Wolf, Plutarco, Leminio, Crucio, Macrobio, Avicena, Aristóteles, Rodrigo de Castro y muchos otros autores. Todos convienen en el peligro que entraña para la salud de la descendencia el concúbito con mujer menstruosa (*ab immunda muliere*). Otras causas de resultados desfavorables son, en lo que respecta a los padres, la mala alimentación, el comer a deshora, la excesiva afición a los ajos y cebollas, los ayunos prolongados, el cansancio mental, las angustias y penas, las preocupaciones, los temores, etc. «Los hijos de tales progenitores —dice Cardan— están sujetos en gran parte a la demencia y a la melancolía; y si en los segundos hay alteración de los humores cerebrales al tiempo de la procreación, los hijos padecerán afecciones mentales y se mostrarán timoratos, taciturnos y siempre descontentos. *Ex tristibus tristes, ex jucundis jucundi nascuntur*, el carácter triste o alegre de los padres se transmite a los hijos.

Algunos sostienen la opinión paradójica y discutible de que los sabios engendran comúnmente hijos locos o tontos. Es lo que afirma Suidas citando el ejemplo de Aristarco el Gramático, quien *duos reliquit filios..., ambos stultos* (dejó dos hijos, ambos imbéciles). Lo mismo puede decirse de los descendientes de Sócrates. Pero Erasmo hace notar que ocurre también el fenómeno inverso, es decir que a veces los estúpidos tienen hijos inteligentes. Para explicar el hecho aducido por Suidas, Cardan dice que «el espíritu natural de los sabios es alterado por el estudio y transferido del corazón y otras partes al cerebro».

Existen también causas vinculadas con la idiosincrasia de la madre: si ésta es de inteligencia obtusa, malhumorada, irritable y regañona, no sólo durante la concepción sino también en todo el período del embarazo (según hace notar Fernelio), el hijo heredará los mismos caracteres aunque agravados, como añade Lemnio. Si es naturalmente medrosa y se sobresalta fácilmente, compromete el carácter de su futuro hijo y determina la alteración de su temperamento.

Bautista Porta prueba que si la mujer grávida imagina cosas extrañas deja una verdadera huella en el espíritu de la criatura que ha de nacer, en el sentido de que ésta alentará más tarde las mismas ideas extravagantes, como también tendrá las mismas aficiones (según Fernelio, preferirá inclusive los mismos alimentos de que guste la madre). «Si una mujer embarazada ve una liebre, su hijo tendrá muy probablemente lo que llamamos labio leporino[8] *Ex leporum intuitu plerique infantes edunt bijido superiore labello*. Es notable el caso de Tomás Nickell, nacido en Brandeburgo en 1551, quien habitualmente caminaba haciendo eses sin poder mantener nunca el equilibrio, y resultó probado que su madre, estando grávida, había visto a un ebrio que caminaba de la misma manera. Martín Wenrich, en su obra sobre el origen de los monstruos, dice haber conocido en Wittenberg (Alemania) a un hombre que se asemejaba mucho a un esqueleto, y al preguntarle sobre su extraña complexión obtuvo esta respuesta:

[8] Labio partido que deja ver los dientes. (N. del T.).

«Cuando mi madre me llevaba en sus entrañas vio casualmente un esqueleto que produjo en su ánimo una impresión escalofriante...»

Los defectos y faltas de los padres suelen repercutir de distintos modos en los hijos, como castigos y enfermedades. Por eso pudo decir Fernelio que «nuestra felicidad depende en gran parte de un nacimiento venturoso (*optimum bene nasci, maxima vars jaelicitatis nostrae*...), y la humanidad sería dichosa si sólo se casaran personas sanas de cuerpo y de espíritu». El labrador escoge las mejores semillas para su siembra y los mejores ejemplares de toros y vacas antes de aparearlos; ¿cuánto más cuidadosos debiéramos ser tratándose de la procreación humana? En épocas pasadas existía en algunos pueblos la costumbre de dar muerte a las criaturas jorobadas o que presentaban cualquier otro defecto físico (y aun mental), procediéndose a esta eliminación con un celo inflexible. Era ésta una práctica corriente entre los indios, según refiere Curtius, y en países de gobierno bien organizado. En la antigua Escocia, dice Héctor Boecio, si del examen médico de un individuo resultaba que padecía epilepsia, demencia, gota, lepra u otra enfermedad grave y transmisible por herencia, era inmediatamente castrado; las mujeres alejadas del trato de los hombres (*mulleres procul a virorum consortio*), y si alguna de ellas era sorprendida en estado de gravidez, se la enterraba viva junto con su embrión. Se tenía en cuenta el interés común y se trataba de impedir la degeneración de todo el pueblo.

En Inglaterra, dadas las facilidades que existen para contraer matrimonio, se nota excesiva libertad e indulgencia sobre el particular, las enfermedades hereditarias son frecuentes, rara es la familia que esté a cubierto de ellas o el hombre enteramente libre de graves dolencias, y en vez de una elección racional se continúa observando la costumbre de casar primeramente al hijo o a la hija mayor. Si el pretendiente es rico, tiene allanado el camino del matrimonio, aunque sea un lisiado, un imbécil o un sujeto de vida desarreglada y consumido por todos los excesos. Como dice Euformio, es necesario que cada cual reciba una herencia de sabiduría y de aptitudes. Pertenecemos a una generación viciada en la que predominan los hombres débiles física y mentalmente. Muchas enfermedades causan estragos entre nosotros y la ruina de no pocas familias. A estos padres defectuosos han de seguir, sin duda, hijos aun peores.

CAUSAS PARTICULARES (NO CONGÉNITAS) DE LA MELANCOLÍA

LA MALA ALIMENTACIÓN. — Después de haber expuesto las causas secundarias y congénitas de la melancolía, debo tratar de las externas y adventicias, independientes del nacimiento por ser posteriores al mismo. Estas causas han sido divididas en necesarias y contingentes. Las necesarias —que no podemos evitar y que dañan el organismo por razones de uso o abuso— son las seis cosas contrarias a la naturaleza de que hablan los médicos con tanta frecuencia y a la vez las causas principales de la enfermedad que nos interesa.

Cuando se trata de establecer las causas del mal que aqueja al enfermo, casi siempre el médico halla alguna imputable al propio paciente, y pronuncia el diagnóstico de rigor: *Peccavit circa res sex non naturales*, «ha incurrido en una de las seis faltas antinaturales». Aunque puede suceder que haya incurrido en todas las seis, como el soldado enfermo de melancolía a que se refiere Montano (*fecit omnia delicta quae fieri possunt circa res sex non naturales*), el cual sufría de obstrucción[9]).

Las seis cosas en que puede pecarse contra la naturaleza son: la alimentación, la retención y la evacuación, el aire, el ejercicio, el sueño y la vigilia y las perturbaciones de la mente.

Corresponde el primer lugar a la alimentación, que comprende las substancias sólidas y las bebidas. Su mala calidad es causa de melancolía, así como su cantidad desproporcionada origina accidentes. Según Fernelio, «actúa como uno de los factores más poderosos en la génesis de las enfermedades en general, mucho más que la influencia del aire u otras perturbaciones, si se exceptúa la propia constitución orgánica y humoral. Puede decirse que la gula es madre de todas las enfermedades (*gula est omnium moroorum mater)*, entre ellas la melancolía».

Sobre la alimentación existen tratados voluminosos debidos a Galeno, Isaac el Judío, Halyabbas, Avicena, Gordon, Vilanova, Wecker, Juan Bruerin, Miguel Savanarola, Ranzovi, Fonseca, etc., aparte de los publicados en inglés (Cogan, Eliot, Vauhan). Casi todos los tratadistas de medicina entran en disquisiciones sobre los alimentos al estudiar la melancolía. Como quiera que sus obras no son de fácil consulta, indicaré brevemente las especies de alimentos que engendran la melancolía y cuáles deben evitarse.

La carne de vaca, que tanto repara las fuerzas, es condenada, empero, por Galeno y sus sucesores, por formar sangre que favorece el desarrollo de la melancolía. Esta carne es recomendable a las personas sanas y de constitución robusta, a los que realizan trabajos rudos, y debe ser salada adecuadamente; si se trata de carne de buey debe ser de animales que no estén cansados al ser llevados al matadero. Auban y Sabélico ponderan la carne vacuna de Portugal como la más sabrosa y de más fácil digestión. Nosotros ponderamos la nuestra, pero no es indicada para personas de complexión enjuta y en general debe ser desechada, porque, como ya suponía Galeno, sus consumidores «son fácilmente presa de la melancolía».

[9] Impedimento para el paso de las substancias en las vías del cuerpo. (N. del T.).

La carne de cerdo, aunque más nutritiva que las demás, no es aconsejable a las personas de vida tranquila y sedentaria ni a las que padecen alguna afección física o mental. Es una carne excesivamente abundante en jugos y llena de humores. Como expresa Savanarola, es nociva para personas de estómago delicado y su abuso puede producir fiebres cuartanas.

En lo que respecta a la carne de cabra, Savanarola y Bruerin condenan su uso, llamándola «carne impura». En cambio, Isaac, Bruerin y Galeno nada objetan contra la tierna carne de cabrito. La de ciervo no goza de mucho favor como alimento por su excesiva crasitud. Es de calidad ordinaria y algo semejante a la de caballo. Esta última es reprobada por Galeno, a pesar de que algunos pueblos, como los tártaros y los chinos, la emplean en su alimentación. La carne de potro se usa comúnmente como alimento en España (especialmente en la región de Málaga) y con ella son abastecidos los buques. Todas estas carnes deben ser largamente cocidas o hervidas para que puedan digerirse, lo que no siempre se consigue. La carne de venado, aunque agradable, causa la melancolía y la formación de sangre impura. Es muy estimada en Inglaterra —en cuyos cotos de caza es donde más abunda el venado— sobre todo para las fiestas solemnes. Es preferible a otras especies de caza mayor, sobre todo si ha sido bien cocida, pero generalmente produce efectos desfavorables, y de ahí su consumo limitado.

La carne de liebre, de color oscuro, predispone a la melancolía. Es de digestión pesada, durante la cual suele haber horribles pesadillas, y por eso los médicos la reprueban en forma unánime. Algunos autores, entre ellos Mizald, afirman que el comer carne de liebre hace experimentar una sensación de alegría, como expresa un epigrama de Marcial, pero esto es *per accidens*, pues la alegría proviene de los juegos, la buena compañía y las conversaciones entretenidas, y no cabe otra explicación. Lo dicho acerca de la liebre puede aplicarse también a la carne de conejo. Sin embargo, la de conejo nuevo o gazapo goza de general aprobación.

En síntesis, puede decirse que todas las carnes de digestión pesada producen la melancolía. Areteo aconseja que se desechen las entrañas, los sesos, las extremidades, el tuétano, la sangre, la grasa y las vísceras, aunque no son de este parecer Isaac, Magnin, Bruerin y Savanarola.

La leche, lo mismo que sus derivados (manteca, queso, cuajada, etc.), agrava la melancolía, si se exceptúa únicamente el suero, que es alimento muy sano y nutritivo, especialmente para los niños. Por alterarse rápidamente, la leche no es recomendable para los que sufren de estreñimiento o jaqueca.

En lo que se refiere a la carne de ave, debe excluirse la de todos aquellos animales que frecuentan lugares pantanosos: patos, gansos, garzas, grullas, ánades, somorgujos, lo mismo que las aves congeladas que llegan a Inglaterra procedentes de Escandinavia, Moscovia, Groenlandia, Frisia y otros países donde la nieve cubre la tierra durante unos seis meses al año. Algunas de las especies citadas son de vistoso plumaje y su carne agradable, aunque resulta poco digerible y dañosa y puede engendrar la enfermedad de que aquí se trata. Isaac hace notar que «echan a perder el estómago» (*putrefaciunt stomachum*) El organismo humano tolera mejor la carne de animales nuevos, a excepción del pollo de la paloma o pichón, que el autor nombrado condena en absoluto.

Rhasis y Magnin reprueban asimismo todas las especies de pescado por producir «mucha viscosidad» y ser un alimento poco nutritivo a la vez que con excesivo contenido humoral. Savanarola objeta el ser frío y húmedo; Isaac, el engendrar flema. Deben prescindir de este alimento los que ya sufren de melancolía. Algunos sólo desaprueban ciertas especies de peces de agua dulce y crustáceos, como la anguila, la tenca, la lamprea y el cangrejo (este último es aceptado por Bright), y los que se crían en aguas cenagosas y estancadas, de donde adquieren un «gusto a lodo», como expresa Francisco Bonsuet en unos versos.

Entre las hortalizas, los pepinos, calabazas, berzas y melones son objeto de desaprobación, y mucho más las coles. Causan sueños intranquilos y engendran gases que suben a la cabeza. Galeno condena la col entre todas las verduras e Isaac expresa: *Animae gravitatem facit*, produce pesadez en la mente. Algunos opinan que las verduras que se comen crudas, corno también las ensaladas, alteran la sangre, la cual entonces. causa o agrava la melancolía. Se exceptúan la lechuga y la lengua de buey o buglosa. Crato se muestra contrario al consumo de verduras o hierbas, excepto la borraja, la buglosa, el hinojo, el perejil,

el eneldo, el bálsamo, y la achicoria. Magnin opina que *omnes herbae simpliciter mdlae, via cibi,* todas las hierbas son simplemente malas para servir de alimento. Los italianos y los españoles de nuestro tiempo suelen preparar sus comidas enteramente a base de hierbas y ensaladas. Su ingestión causa flato, por lo que no es conveniente comerlas crudas ni aun aderezadas con aceite, sino hervidas en caldo o en otra forma. Lo mismo puede decirse de las raíces y bulbos, como la cebolla, el ajo, la ascalonia o chalote, el nabo, la zanahoria, el rábano, la chirivía, que además de acumular gases en el tubo digestivo producen embotamiento de la mente, a pesar de que, como dice Bruerin, constituyen la riqueza de algunos pueblos *(etsi quorundam gentium opes sint)* y su único alimento.

Crato desaprueba todas las raíces, aunque algunos exceptúan las chirivías y las patatas. Magnin concuerda con Crato y afirma que «perturban la mente» *(intellectum turbant)*, haciendo subir espesos gases a la cabeza y pueden causar la locura, especialmente los ajos y las cebollas si alguien los usa como alimento durante todo el año. Guianeri y Bruerin condenan las raíces en general como substancia alimenticia, sin exceptuar la chirivía, considerada la mejor.

En lo que toca a las frutas, Crato las prohibe totalmente como alimento, incluyendo las peras, manzanas, ciruelas, cerezas, fresas, nueces, nísperos, etc. Se funda en que engendran malos humores *(succos gignit improbos)*. Vilanova afirma que infectan o vician la sangre *(sanguinem injiciunt)*, y por eso conviene ser parco en su uso. Cardan expresa que el gran número de enfermos que existe en Fezán (África) se debe a que se alimentan exclusivamente de frutas, haciendo tres comidas al día. Laurencio, en su tratado sobre la melancolía, aprueba muchas frutas que otros condenan, como las manzanas y camuesas, considerándolas buenas contra la citada enfermedad. Pero Nicolás Pisón prohibe el consumo de frutas a los predispuestos a la melancolía y a los que ya la padecen, por ser flatulentas, a menos que se coman asadas, en escasa cantidad y como postre. Bruerin, siguiendo a Galeno, recomienda las buenas propiedades de las uvas y los higos, aunque otros no aconsejan estas frutas.

Las legumbres, como las habas, les guisantes y las algarrobas, son en general nocivas; «acumulan gases en la cabeza», dice Isaac, producen sangre negra y espesa y sueño perturbador. Por eso el consejo dado por Pitágoras a sus discípulos debe repetirse siempre a los enfermos de melancolía: *Abstente de las habas y los guisantes*. Sin embargo, a quienes no puedan prescindir de estas legumbres les aconsejo prepararlas conforme a las indicaciones de Arnaldo de Vilanova y Frietag.

Las especias causan la melancolía cálida y cefálica, y por eso los médicos de nuestra época las prohiben a los predispuestos a esta enfermedad. Tales son la pimienta, el jengibre, la canela, el clavo de olor o clavillo, el dátil. Puede añadirse la miel y el azúcar[10]. Algunos, como Bright, exceptúan la miel. Hay especias que tolera el organismo pero las substancias dulces se transfoman en bilis y son obstructivas. Crato, en ocasión de dar su dictamen acerca de un maestro de escuela enfermo de melancolía, considera dañosas todas las especias, que elevan la temperatura de la sangre *(sanguinem adurit)*. Lo mismo opinan Fernelio, Guianeri y Mercurialis. Por mi parte agregaré todas las substancias agrias, azucaradas y demasiado dulces, como asimismo las grasas (por ejemplo, el aceite), el vinagre, el agraz, la mostaza, la sal. Si los alimentos dulces son obstructivos, los ácidos o picantes son corrosivos. Gómez, Codron y Lemnio recomiendan el uso de la sal en las comidas. Sin embargo, la experiencia enseña que la sal y los alimentos salados favorecen grandemente el desarrollo de la melancolía. Por esta razón, probablemente, los sacerdotes egipcios suprimieron la sal en la masa del pan, *ut sine perturbatione anima esset*, para evitar toda perturbación mental, como dice un autor.

Contra el pan que se hace con granos inferiores de plantas gramíneas como la avena y el centeno, y contra el muy tostado y de corteza gruesa se han hecho reparos con frecuencia por causar melancolía y flato. Juan Mayor, en el tomo primero de su *Historia de Escocia*, sostiene con firmeza las propiedades saludables del pan de avena, aunque se le objetó que su. consumo por parte de los escoceses es prueba de escasez y pobreza, a lo cual contestó haciendo notar que los habitantes de Escocia, Gales y una tercera parte de Inglaterra usan esa clase de pan, a su juicio tan bueno y nutritivo como cualquier otro. Ello no

[10] Nos atenemos a lo que expresa el autor, aunque su concepto de las especias no coincide con el nuestro. (N. del T.).

obstante, Wecker, basado en la opinión de Galeno, lo llama «alimento caballar» y lo considera más apropiado para pollinos que para personas. Léase al propio Galeno, quien en su obra *De cibis boni et mali succi* discurre extensamente sobre las propiedades del trigo y del pan.

Pasemos ahora a las bebidas. Los vinos tintos, como el Moscato, el Alicante, el Malmsey, el Rumney y otros, lo mismo que las mixtelas, son perjudiciales para la salud, trátese de personas de temperamento sanguíneo o bilioso, aunque sean jóvenes, y más aún en las predispuestas a la melancolía cefálica. Durante mucho tiempo el beber vino causaba por sí solo esta enfermedad. Arculano atribuía gran importancia al vino como agente del mal, sobre todo si su uso era inmoderado. Guianeri se refiere a dos alemanes a los que había dado hospitalidad en su casa, que en el espacio de un mes contrajeron la melancolía por beber vino *(ex vini patentis bibitione duo Alemani in uno mense melancholici factisunt)*, y no hacían más que cantar el uno y suspirar el otro. Galeno, Matthiol, y especialmente Andrés Bachi. han señalado los daños que produce la bebida en cuestión. No obstante lo que se ha dicho en su contra, una copa de vino es saludable para los que sufren de melancolía fría o enervante, como admite Mercurialis, aunque la cantidad indicada no debe ser excedida. La sidra, tanto de manzanas como de peras, es una bebida fría y flatulenta, por lo que debe ser desechada, y lo mismo puede decirse de las bebidas fuertes en que entran especias que producen ardor o calor interno.

La cerveza es especialmente malsana si no ha estado bien estacionada o es demasiado añeja y acida o ha tomado el olor de la cuba en que se fermentaba. Enrique Ayrer, habiendo de dar su opinión sobre un enfermo de melancolía hipocondríaca, le prohibió el uso de la cerveza. Crato señala el inconveniente que representa el contener lúpulo, substancia ventosa, aunque probablemente se refiere sobre todo a la cerveza negra, de consumo abundante en Bohemia y en diversas regiones de Alemania. Sin embargo, otros la consideran «bebida muy sana y agradable», y el lúpulo se caracteriza por su especial virtud contra la melancolía, según reconocen nuestros herbolarios y diversos autores, entre ellos Fuchs.

El agua estancada y turbia, tal como la de los charcos, donde se crían peces, es muy insalubre, por ser pútrida y contener en gran abundancia larvas, reptiles, fango y toda clase de impurezas como resultado del calor solar y del estancamiento. Tal agua causa graves perturbaciones en el cuerpo y en la mente del hombre, no es potable ni debe emplearse en la preparación de los alimentos ni siquiera para uso externo. Ya dijo Galeno que debe tenerse la precaución de no usar el agua de los charcos, turbia y maloliente: *Cavendae sunt aquae quae ex stagnis hauriuntur, et quae turbidae et male olentes...* Sólo es indicada para usos domésticos, para dar de beber al ganado, bañar las caballerías, etc., o en caso de extrema necesidad.

Algunos suponen que el agua estancada, por ser «substanciosa», es la mejor para la elaboración de la cerveza y que al ser hervida se purifica, opinión sostenida por Cardan, quien dice: *innoxium reddit et bene olentem* (después de hervida se torna innocua y bienoliente), afirmación paradójica por cierto. La cerveza en que se emplee esa agua podrá ser más fuerte o más concentrada, pero no por eso será más salubre, como justamente observa Jobert aduciendo el testimonio de Galeno, pues con hervir el agua contaminada no se consigue purificarla. Lo mismo opinan Plinio y P. Crescendo. Pánfilo Herilach, en su obra *De natura aquarum*, expresa, asimismo, que el agua estancada es nociva y no debe usarse, pues ya Galeno escribió que «causa fiebres, hidropesía, pleuresía, afección biliar y ocular, melancolía, perturbaciones en todo el cuerpo y alteración del color de la piel».

Léese en diversas obras geográficas que el agua de la región de Astracán (Kusia) produce lombrices intestinales en quien la bebe. El ganado que abreva en las aguas del río Axio, llamado modernamente Verduri (Macedonia) adquiere un tinte negro en la piel; en cambio, el que abreva en las aguas del río Aleacman (actual Peleca), en Tesalia (Grecia) se vuelve de color blanco. L. Aubán Rohem atribuye los lamparones (afección escrofulosa) de los bávaros y estirios a la naturaleza de las aguas de sus respectivas regiones, y Bodin trata de explicar en forma análoga la tartamudez característica de algunas familias de Aquitania (Francia). En general los que beben agua estancada, espesa y turbia, necesariamente sufren de debilidad y alteración del color del cutis. Además, como el cuerpo influye sobre el alma, suelen ser de entendimiento torpe, con mucha nebulosidad en las ideas, espíritus melancólicos y realmente sujetos a toda clase de enfermedades.

Entre los alimentos nocivos mencionados pueden incluirse los innumerables que nos preparan los modernos cocineros: morcillas con sangre, carne cocida y adobada, asados y fritadas, salsas y condimentos, pasteles, roscas, galletas, buñuelos, empanadas; un sinnúmero de platos muy ácidos o muy dulces, confeccionados de acuerdo con las recetas del arte culinario que en determinadas épocas alcanzó un grado de refinamiento maravilloso, manifestado elocuentemente en cuchipandas y orgías. Esos manjares suelen producir humores espesos, indigestiones y obstrucción en las vías del cuerpo. Montano cita el ejemplo de un hebreo que por comer inmoderadamente salsas picantes y viandas muy saladas, que le gustaban sobremanera, enfermó gravemente de melancolía. Tales casos son bien conocidos y comunes.

La salud puede ser dañada por los alimentos, más aún por su cantidad inmoderada y por su ingestión a deshora que por su calidad intrínseca o substancia misma. Por causar la gula tantas muertes, los antiguos la calificaban de «homicida» y «devoradora de todas las cosas» *(omnivorantia)*. Plinio expresó con razón que «una comida sencilla y frugal es la más saludable *(homini cibus utilissimus simplex)*, el ingerir manjares en gran cantidad es malo y el usar condimentos es aún peor; muchos platos distintos causan muchas enfermedades». Avicena hace oír también su lamentación en el mismo sentido. «Nada daña tanto el organismo —dice— como el ingerir muchos manjares o prolongar excesivamente el tiempo destinado a las comidas. Este es el origen de nuestras enfermedades, debido a que se producen humores contrarios o incompatibles entre sí». De ahí provienen —observa Fernelio— indigestiones, flato, opilaciones u obstrucciones, cacoquimia, plétora, caquexia, digestiones lentas (bradipepsias) y aun muertes súbitas. Así como la lámpara arde mal si se la llena totalmente de aceite o un fuego débil se apaga del todo si se le echa agua, así también el calor natural de nuestro cuerpo se extingue si el comer se convierte en desordenada glotonería. De aquí la frase: *Pernitiosa sentina est abdomen insaturabile*, el estómago insaciable es lo mismo que una sentina o albañal, y origen de todas las enfermedades, tanto físicas como mentales. Mercurialis pretende que el exceso en el comer es la causa típica de la melancolía: *Nimia repletio ciborum facit melancholicum*. Solenander refuerza esta tesis con el ejemplo de un sujeto melancólico aficionado a comidas abundantes e intempestivas. ¿Pero a qué aducir mayores pruebas? Recuérdese lo que dice Hipócrates en el décimo de sus *Aforismos*: «El organismo lleno de impurezas más se estraga cuanto más alimentos recibe, pues los malos humores los corrompen». A pesar de todo el daño que causan el empacho y la embriaguez, la humanidad ha rendido en todos los tiempos un culto desenfrenado a los placeres de la mesa. Leed al respecto la gran obra *De Antiquorum Conviviis*, por Juan Stuck. De Epicuro, Fagos, Apecio, Heliogábalo, etc., se podría decir: *Qui dum invitant ad coenam efferunt ad sepulchrum*, los que nos invitan a cenar nos arrastran hacia la sepultura.

Llama también la atención el costo de las buenas comidas: es cosa corriente pagar veinte o treinta libras por un plato y a veces mil coronas por un almuerzo o una cena. Muley-Hamid, sultán de Marruecos, gastaba tres libras sólo en la salsa de un pollo asado, lo que nada significa en nuestra época, porque nos hemos acostumbrado a menospreciar todo plato económico. Séneca decía que algunas personas no sienten aprecio por la luz natural, el calor del sol y el viento fresco porque son cosas que todos recibimos de balde, y añadía: *Nihil placet nisi quod carum est*, sólo gusta lo que es caro. Y si hay cosa en que ponemos a contribución todo nuestro ingenio, es, sin duda, en el buen comer. Saber dar gusto al paladar y al estómago es toda una ciencia que requiere largos estudios. «En la antigüedad —comenta Livy— el cocinero era un sujeto de baja ralea, un pícaro o un bribón; hoy día, en cambio, es una persona que goza de general estima. El cocinar se ha convertido en un arte o más bien en una noble ciencia, y los cocineros en unos señores respetables...» Agripa decía de ciertos holgazanes de su tiempo: «Esos tienen el cerebro en sus vientres y los intestinos en sus molleras». Quien come sin medida labra su propia destrucción y podría decirse que camina sobre el filo de una espada. *Usque dum rumpantur comedunt*, comen hasta que estallan... Amenazados por graves enfermedades, comen hasta vomitar, o como dice Séneca, *edunt ut vomant, vomunt ut edant* (comen para luego vomitar y vomitan para poder seguir comiendo). Tal fué el caso del emperador romano Vitelio, según refiere Dion. De esos grandes comilones o tragaldabas ha expresado un autor que «el mundo todo parece insuficiente para colmar su estómago y satisfacer su apetito». Un ejemplo típico de gran bebedor es el famoso romano Ofelio Bíbulo, *qui dum vixit, aut bibit aut minxit*, que mientras vivió no hizo más que beber o desbeber...

Ya los antiguos se lamentaban de que por una perversión de las costumbres, el hombre que no gusta de la bebida, el abstemio, es considerado como un afeminado que hace un papel deslucido en las reuniones mundanas. Muchos hallan su mayor placer —dice Plinio— en echarse al coleto copa tras copa, rodeados de amigos en las tabernas, aserto que también podría aplicarse a los rusos y a los turcos de nuestra época. Su régimen de vida consiste en trabajar duramente todo el día y beber durante la noche, gastando cuanto ganan, añade San Ambrosio. Séneca decía de algunos sujetos de su tiempo que convertían la noche en día y viceversa, yendo a dormir cuando los demás se levantan, semejantes a nuestros antípodas. De Esnimdiris, un gran sibarita, se dice que en veinte años sólo una vez vio salir y ponerse el sol.

Se han dictado leyes para reprimir la embriaguez, pero no pocos se jactan de infringirlas. Y no faltan quienes defienden el derecho a beber desmedidamente, como el Luciano de Rabelais, en cuyo concepto la borrachera era más sana para el cuerpo que la medicina, porque «hay más beodos viejos que médicos viejos». Argumentos inconsistentes y pueriles como éste se han aducido para justificar y fomentar el vicio de la bebida. Así se dice, verbigracia, que nada es mejor para sellar la amistad que el beber en compañía. Es lo que debieron pensar, sin duda, Alcibíades en la antigua Grecia, Nerón y Heliogábalo en Roma. Aun en nuestro tiempo grandes personajes permanecen fieles a ese culto báquico. Como dice cierto poeta antiguo, cuando un príncipe empina el codo más de la cuenta hasta ver las cosas dobles, todos lo aplauden y suenan las trompetas, pífanos y tambores.

Los alemanes convidan con bebidas y bocadillos a toda persona que se presenta en sus casas, y el rechazarlos se interpreta como grave ofensa. «Quien se rehusa a beber con un campesino de Sajonia (Alemania) —dice Munster— se convierte en enemigo mortal». Así también en Polonia, según Alejandro Gaguin, es considerado como el mejor servidor el que, bebe más copiosamente a la salud de su amo y señor, lo que no pocas veces le vale premios y mejoras de sueldo. Este hábito altera con frecuencia y prematuramente la buena constitución del organismo, impide el normal desarrollo de la inteligencia y hace degenerar al bebedor en un ser irracional.

Algunos incurren en el extremo contrario, es decir, pecan por defecto, ingiriendo alimentos escasos y en cantidad siempre igual, de acuerdo con un horario rígido según prescribe la «medicina estática» y ordena Lessio: por la mañana, alguna bebida y en el resto del día, caldo de gallina, un pollo o conejo, chuleta de carnero, ala de capón, pechuga de gallina, compota de ciruelas, etc. Aun para las personas de salud perfecta tal régimen sin variación alguna no es recomendable y puede calificarse de absurdo. Otros dañan su salud con ayunos prolongados y frecuentes, y aun pasan noches en vigilia, como muchos moros y turcos de nuestra época. Guianeri afirma haber conocido ermitaños y monjes que por observar ayunos excesivos en algunos casos perdieron la razón. A tales personas se refiere probablemente Hipócrates en uno de sus *Aforismos* cuando expresa: «Más daña la alimentación insuficiente que la abundante».

Dado que ninguna regla puede considerarse absoluta, las observaciones anteriormente expuestas sobre los daños que causan ciertos alimentos admiten algunas excepciones, pues esos daños pueden ser atemperados algún tanto por la costumbre, conforme al siguiente principio de Hipócrates: «Las cosas o prácticas a que nos hemos acostumbrado largamente, aunque sean perniciosas por su propia índole, causan menos daño por esa circunstancia». Se ha dicho no sin razón que implica una verdadera tiranía el ajustar todos los actos de la vida a las prescripciones de la medicina. De aquí la frase: *Qui medice vivit, misere vivit* (quien vive esclavo de los mandamientos de la medicina, vive desdichadamente).

Sabido es que la costumbre tiene tal poder que llega a modificar la idiosincrasia o naturaleza del individuo, y por eso ciertos alimentos nocivos, aun tomados fuera de tiempo, no causan a veces los trastornos que hubiera podido esperarse. Hemos dicho que la sidra es una bebida ventosa, como son las frutas en general; sin embargo, en algunas regiones de Inglaterra y Francia (especialmente en Normandía) y en Guipúzcoa (España) es una bebida corriente y no se sabe que produzca daño o malestar. En España, Italia y África, muchos se alimentan principalmente de raíces, verduras crudas y leche de camello y no padecen mal alguno, según es notorio, lo que no le ocurriría al extranjero que adoptara su régimen dietético.

Las gentes de los países nórdicos comen abundantemente, mientras que las de los países cálidos se satisfacen con raciones mucho más escasas. Con todo, unas y otras sienten análogo bienestar y plenitud física por la sencilla razón de que obedecen a sus respectivos hábitos. En tiempos pasados un etíope vio con asombro a un europeo comer pan, y le observó que no alcanzaba a comprender cómo era posible comer «aquello».

Muy grandes son por cierto las diferencias entre los regímenes alimenticios de los distintos pueblos, y un autor ha podido decir que lo que para unos es manjar apetecible, sabe a cicuta, acónito o eléboro para el paladar de otros. En la China actual las clases populares no consumen otros alimentos que verduras y raíces; los ricos se permiten el lujo de comer carne de caballo, pollino, mula, perro, gato y otros manjares por el estilo, según dice el padre jesuíta M. Ricci, que residió muchos años en aquel país.

Los tártaros comen carne cruda, comúnmente de caballo y beben leche y sangre, como los pueblos nómadas antiguos. En cambio, se burlan de los que comen pan, pues lo consideran «alimento para caballos» e impropio para personas. Escalígero tiene a los tártaros por «gente fuerte y de mucho ingenio» y dice que entre ellos los casos de longevidad son frecuentes, ya que muchos alcanzan los cien años de edad.

En Escandinavia y en las islas Shetland la base de la alimentación la constituye el pescado seco; en Islandia, la manteca, el queso y el pescado, como dice Ditmar Blesken. En muchas regiones de América los alimentos básicos son el palmito[11], la piña, la patata, etc. Los habitantes del mismo Continente están acostumbrados a beber agua de mar —junto con su sal— que no les causa daño *(aquam marinam bihere, sueti absque noxa)*, según se lee en una *Descripción de las Indias*; y a comer carne cruda y hierbas, que devoran con fruición. Algunos pueblos comen serpientes y arañas y los indios patagones gustan de la carne humana, ya cruda, ya asada, que también saboreó el emperador Moctezuma. En ciertas comarcas ribereñas los cocoteros proporcionan alimento sólido y líquido, como también fuego, leña y vestido. De los cocos se obtiene aceite y sus hojas sirven para techar las chozas de los indígenas. Éstos andan desnudos, se alimentan de substancias ordinarias, que nuestros médicos considerarían nocivas, y, no obstante, alcanzan con mucha frecuencia a vivir cien años.

Los habitantes de Westfalia gustan especialmente de los alimentos grasos y los embutidos; su plato típico es el jarrete de ternero cocido, al que llaman «cerebro de Júpiter». En Italia se sirven ranas y caracoles en las fondas. Los turcos prefieren los alimentos fritos, y los rusos hacen abundante consumo de ajos y cebollas condimentados con salsa, su alimento corriente, que no sería tolerado por otros si no se ha formado previamente el hábito a que antes me referí.

Los hombres de campo suelen comer tocino de mucha grosura, viandas muy saladas y queso de mala calidad; no usan sino pan muy ordinario y casi siempre realizan faenas pesadas y se acuestan a dormir con el estómago lleno, prácticas todas contrarias a las prescripciones de la medicina, pero que en ellos ha llegado a ser costumbre inveterada. Si lo mismo hicieren personas de constitución delicada, no es exagerado decir que les sería fatal en algunos casos.

Los viajeros comprueban que cuando se encuentran en países distantes y prueban nuevos alimentos experimentan frecuentemente graves malestares de manera súbita. Así los holandeses e ingleses que llegan a las costas de África o de América y sus islas sufren ordinariamente de calenturas, flujos y muchos otros trastornos, cuya causa no es otra que la calidad de los alimentos regionales. Por eso ha dicho Bruerin: *Peregrina, etsi suavia, solent vescentibus perturbationes insignes adferre* (los alimentos nuevos o extraños, aunque sean apetitosos, pueden causar graves alteraciones orgánicas).

Mitrídates bebía veneno sin sentir molestia alguna, como resultado de un hábito largamente arraigado, que Plinio menciona como hecho maravilloso. Igualmente Curtius se refiere a una doncella, enviada por el rey Poro al gran conquistador Alejandro de Macedonia, la cual se había acostumbrado a ingerir dosis de veneno desde su más tierna infancia. Los turcos—dice Belloni— beben opio en cantidades mucho mayores que la suficiente para causar la muerte de cualquier otro europeo. Teofrasto

[11] Fruto de palma de tronco subterráneo o muy poco saliente. (N. del T.).

habla de un pastor que usaba eléboro en sus comidas, y muchos ejemplos análogos podrían aducirse. Por eso Cardan, basándose en Galeno, llega a la conclusión de que «cada cual debe obedecer sus propios hábitos, a menos que sean manifiestamente perniciosos»: *Consuetudinem utcumque ferendam, nisi valde malam*. Esta opinión es también la de Hipócrates, lo que significa que en materia de mantenimientos, baños, ejercicios, etc., cada persona debe seguir fielmente sus costumbres.

Otra circunstancia que hace más o menos aptas y digeribles las substancias alimenticias es el mayor o menor gusto con que las comemos. Dice Fuchs a. este respecto: «El estómago digiere más fácilmente los alimentos que más nos gustan, los que despiertan en nosotros más vivo apetito, y en cambio «se resiste» a los que comemos sin gana»: *qui displicent (cibi) aversatur.* Es el mismo criterio de Hipócrates, expuesto en uno de sus *Aforismos*.

Hay quienes sienten repugnancia por el queso o por el guiso de pato, mientras que a otros se les hace agua la boca a la sola vista de esos alimentos. Finalmente, influye también como circunstancia importante el grado de apetito que se tenga y la vida de abundancia o de penuria que se lleve en lo tocante al comer, por aquello de que «a buen hambre no hay pan duro». En efecto, el hambre obliga muchas veces a ingerir con avidez alimentos que en otra ocasión no hubieran podido aceptarse por despertar aversión, como ciertas bebidas que se sirven en los buques de pasajeros o como ocurre en tiempo de asedio a ciudades; entonces se aprovecha todo bicho viviente: perros, gatos, ratas, etc. y hasta se registran a veces actos de antropofagia.

Las circunstancias expuestas modifican o invalidan totalmente lo que se ha dicho acerca de los alimentos que causan melancolía y explican que sus efectos sean menos desfavorables. Si se trata de personas más o menos pudientes que pueden escoger los alimentos a su albedrío, deben prescindir de los que pueden ser causa de melancolía, aunque les gusten, si es que aprecian su salud. Si por el contrario son desordenadas en el comer, se exponen a un grave peligro. *Qui monet amat, Ave et cave*, decían los latinos: «quien te aconseja, bien te quiere; que sigas bueno y cuida de tu salud».

EL AIRE VICIADO. — El aire que aspiramos en la función respiratoria es una de las causas importantes entre las que determinan la melancolía y otras enfermedades. «Si es impuro, dice Paulus, abate el ánimo y causa enfermedades por afectar el corazón». En forma más o menos análoga se expresan al respecto Avicena, Mercurialis, Montalto y otros tratadistas. Según Fernelio, «el aire demasiado denso espesa la sangre y los humores». Lemnio expresa que las dos cosas más necesarias para el organismo y que a la vez pueden resultar las más nocivas, son el aire y la alimentación. Por su parte, Jobert sostiene que la causa directa del «humor melancólico» reside en la atmósfera que nos rodea y que respiramos,

Un autor expresa: «*qualis aer, talis spiritus*, según sea el aire, así será nuestro espíritu, y según sea nuestro espíritu —añade— así serán nuestros humores». Como hace notar Montalto, produce efectos nocivos el aire cálido y seco, lo mismo que el frío, el muy denso y el tempestuoso. Bodin, en su *Método histórico*[12], sostiene la tesis de que los habitantes de los países cálidos son los más afectados por la melancolía, «lo que explica —dice— que haya tantos dementes en España, África y Asia Menor, en cuyas principales ciudades ha habido que construir numerosas casas de salud para su internación». Confirman esta aseveración León Afer, Ortelio y Zuinger, quienes añaden: «esos enfermos son comúnmente de carácter tan irritable que casi no llegan a decir cuatro palabras sin proferir injurias en su conversación cotidiana y con frecuencia arman escándalos callejeros».

Aunque ya hemos dicho que la melancolía se da con mayor frecuencia en los países de clima caluroso —lo cual todos deben tener muy en cuenta, advierte Gordon— existen excepciones, pues Acosta observa con razón que en las regiones situadas inmediatamente al sur del Ecuador el clima es benigno, el aire saludable y las condiciones naturales verdaderamente paradisíacas. El aserto es válido, empero, para los países y regiones de calor excesivo e insoportable, como Chipre, isla de Malta, Apulia (Italia) y

[12] Se refiere a la importante obra «Método para facilitar el conocimiento de la historia» *(Methodus ad facilem historiarum cognitionem)* que Juan Bodin publicó en 1566. (N. del T.).

Palestina, si nos atenemos a lo que consignan diversos autores. Allí disminuye el caudal de los ríos o se secan, el aire forma tolvaneras y produce erupciones cutáneas y el sol calcina la tierra, hecho un horno. Muchos peregrinos que en cumplimiento de sus votos van descalzos de Jaffa a Jerusalén, sobre arena quemante, con frecuencia son víctimas de la demencia, y en diversas comarcas de África, Arabia desierta y Bactriana (llamada modernamente Khorasán), los médanos suelen cubrir por completo a los viandantes cuando sopla viento del oeste, y muchos hallan la muerte.

Hércules de Sajonia, profesor que desempeñaba su cátedra en Venecia, dice que muchas mujeres de aquella ciudad contraen la melancolía por permanecer demasiado tiempo bajo la acción de los rayos solares, *quod diu sub sole degant*. También Montano se refiere a un paciente suyo que enloqueció por efectos del calor y del frío excesivos: *quod tam multum exposuit se colori et frigori*. Por esta razón, en la ciudad de Venecia, en los días estivales, transita poquísima gente al mediodía por las calles, pavimentadas con ladrillos, y casi todos los habitantes descansan o duermen la siesta entonces. Lo mismo se observa en el Imperio del Gran Mogol y en las Indias Orientales. En Adén (Arabia), según refiere Luis Vertomann en su libro de viaje, todas las ventas y operaciones comerciales se efectúan de noche, debido al sofocante calor diurno. Cerca del golfo Pérsico y el estrecho de Ormuz se ve en verano el extraño espectáculo de gentes que inclinadas hasta casi tocar el suelo con la boca, como el ganado en los pastizales, se pasan largas horas con la parte inferior del rostro sumergida en agua fresca.

En Braga (Portugal), Burgos (España), Mesina (Italia), las calles son casi todas muy estrechas, lo que no reconoce otra razón que el propósito de hacer menos sensible durante el estío el fuego de los rayos del sol. Los turcos usan grandes turbantes *ad fugandos solis radios*, para desviar o refractar esos rayos. Los ingleses que residen en la isla de Java, dedicados a tareas comerciales, deben luchar con el inconveniente de las altas temperaturas en verano, que es cuando allí los enfermos de mal gálico comúnmente toman baños de sol para cicatrizar sus pústulas o bubas. He leído que los anglosajones residentes en las islas de Cabo Verde, situadas a 14 grados al norte del Ecuador, se lamentan del clima de aquel archipiélago, que es considerado como el más insalubre de la tierra, debido a la disentería, fiebres, delirio furioso y calenturas que atacan, sobre todo a los marinos (según dice Richard Hawkins) y cuya causa es el aire contaminado por el calor excesivo. Aun las personas más robustas sienten profundamente sus desagradables efectos y los curtidos labradores tampoco lo soportan, como expresa Constantino en su obra sobre la agricultura. Ni siquiera los naturales de las regiones muy cálidas resisten siempre el calor intenso, como hace notar Niger a propósito de la comarca de Mesopotamia llamada modernamente Diarbecha, donde suelen encontrarse campesinos muertos, junto con su ganado, por efecto de las temperaturas extraordinariamente elevadas. Adricomio dice que en la Arabia Feliz el aire causa graves malestares mentales debido a la mirra, incienso y otros vegetales resinosos que allí crecen en abundancia, cuyos efectos no pueden soportar ni los propios naturales y mucho menos, por supuesto, los extranjeros y las personas enfermizas.

Amado Lusitano refiere que una niña de trece años lavóse la cabeza un caluroso día de julio y luego se puso al sol para secarse el cabello. Éste se volvió amarillento y como continuara mucho tiempo al sol, el pelo empezó a arder y la muchacha enloqueció: *quum ad solis radios in leqne longam moram traheret, ut capillos flavos redderet, in manian incidit*.

También es malo el extremo contrario, es decir, el aire frío, sobre todo, si además de frío, es seco, como expresa Montalto. Los habitantes de los países nórdicos son por tal causa generalmente de entendimiento obtuso y muchos de ellos víctimas de hechizos o artes maléficas (como ya expresé anteriormente), lo que Saxo el Gramático, Olaus y Bautista Porta consideran como causa de melancolía. A esta enfermedad (me refiero a la melancolía natural) están mayormente sujetos los habitantes de las regiones frías y secas, por lo cual, tal vez, M. Británico afirma que son melancólicos casi todos los que viven en las regiones circumpolares.

Peor es aún la atmósfera densa, pesada y brumosa, propia de los lugares pantanosos o donde existen muladares, charcos, albañales, esqueletos o carroña enterrados y se respiran olores nauseabundos. Galeno, Avicena, Mercurialis y todos los médicos en general, tanto antiguos como modernos, consideran que tales

aires son insalubres y causan la melancolía y muchas otras enfermedades. Como lugares o comarcas de atmósfera malsana son tenidos justamente Alejandreta, ciudad y puerto del Mediterráneo, en Siria; San Juan de Ulloa, en Nueva España (México), Durazzo (Albania), Lituania, las lagunas Pontinas, los alrededores de Pisa, Ferrara y otras ciudades de Italia; Romney Marsh, los pantanos de Lincolnshire (Inglaterra), etc. Desde este punto de vista Cardan halla motivo para expresarse desfavorablemente de ricas y populosas ciudades situadas en lugares bajos, como Brujas, Gante, Amsterdam, Leyden, Utrecht, etc., cuya atmósfera es malsana, y lo mismo cabe decir de Estocolmo, Reggio (Italia), Salisbury, Hull y Lynn (Gran Bretaña), ciudades algunas de las cuales ofrecen ventajas para la navegación o se distinguen por sus modernas fortificaciones o por otros motivos, pero cuyo aire es insalubre.

Casi todas las ciudades modernas están edificadas al estilo de la antigua Roma, que comenzando en las colinas descendía hasta el valle. Preferible es que la ciudad ocupe enteramente una extensión llana, especialmente en la proximidad de un río. Leandro Alberto aduce poderosas razones en favor del aire y la situación de Venecia, a pesar de que allí es frecuente recoger agua con abundante proporción de fango. El mismo autor pretende que el mar, el calor y el vapor modifican favorablemente la atmósfera. Algunos sostienen que el aire denso y brumoso «despierta la memoria», y citan como ejemplo la ciudad italiana de Pisa. En Inglaterra, Cambden ponderaba mucho los aires de Cambridge precisamente por hallarse esa ciudad cerca de lugares pantanosos. En esto seguía la opinión de Platón. Tenga razón o no, ¿cómo justificar en cambio que en determinados lugares de atmósfera sana y deliciosa, donde la naturaleza brinda todos sus dones, la gente sienta ahogo y sofocación debido a su propio desaseo y a sus costumbres antihigiénicas? Así, muchas ciudades de Turquía gozan de una reputación nada envidiable desde este punto de vista: hasta en Constantinopla es común encontrar inmundicia y carroña en las calles.

El aire pesado y ventoso, además de ser impuro y dañino, produce un ambiente de tristeza, según ocurre comúnmente en Inglaterra, cuyo cielo Polydoro calificaba de «sucio». «En los países de cielo comúnmente nublado —dice Lemnio— los habitantes tienen un aspecto sombrío o más bien tétrico y se muestran malhumorados. Si en un día apacible y luminoso sopla viento del Oeste, se siente la mente despejada y un general bienestar; hombres y animales se sienten como reanimados, pero si el viento es tormentoso y cargado de brumas, las personas tienen un aspecto triste, denotan torpeza y pesadez en sus movimientos y gran abatimiento; se muestran irritadas sin motivo aparente y las invade la melancolía». Lo mismo expresa Virgilio en unos versos donde se refiere a la. influencia del tiempo en nuestros estados de ánimo. En efecto, ¿quién puede permanecer ajeno al influjo de tales o cuales conjunciones de planetas, del mal tiempo en general y de los días tempestuosos, causa de pesadez y enervamiento?

De las estaciones del año, la más desfavorable es el invierno, cuando la atmósfera modifica más o menos sensiblemente el carácter de cada cual, especialmente de los que sufren de melancolía o están sujetos a esta enfermedad. Tal es lo que sostiene Lemnio, quien añade: «el aire invernal influye de tal manera en las personas que las medio desequilibradas desvarían del todo ante una tempestad o en el curso de ella». Por lo demás, el demonio aprovecha muchas veces la oportunidad de una tormenta y cuando los humores del cuerpo están alterados por el aire, aquél empeora el estado del organismo, agita nuestro espíritu y trastorna nuestras mentes; cual las olas que el mar embravece y hace entrechocarse, el espíritu y los humores son sacudidos dentro del cuerpo cuando soplan vientos tempestuosos o se desencadena un temporal.

Montano aconseja a los que sufren de melancolía causada por tempestades que eviten salir de sus casas en tal tiempo y reserven sus paseos para los días agradables. Lemnio considera malos los vientos que soplan del Sur y el Este, así como buenos los del Norte. Según Montano, el aire nocturno es denso y causa molestias, por lo que «constituye una costumbre poco recomendable abrir de noche las ventanas». Además, tiene por malsanos los vientos del Sur, en lo cual coincide con Plutarco. El aire nocturno y la oscuridad son causa de tristeza en las personas, del mismo modo que el ambiente de las bóvedas subterráneas y de las viviendas oscuras situadas en cuevas o rocas y en lugares desiertos origina la melancolía de manera súbita, especialmente en los no acostumbrados a dicho ambiente.

LOS EJERCICIOS INMODERADOS, LA SOLEDAD Y EL OCIO COMO CAUSAS DE LA MELANCOLÍA. — Ninguna actividad es provechosa si se llega a extremos abusivos. Nada es mejor para la conservación de la salud que el ejercicio físico, pero también nada es más perjudicial para el cuerpo que ese mismo ejercicio practicado de manera inoportuna, violenta o excesiva.

Fernelio, siguiendo a Galeno, dice que «el exceso de ejercicio produce cansancio muscular y agotamiento espiritual, sustrayendo al cuerpo gran parte de su calor; por esa causa, además, los malos humores, en lugar de ser expelidos, son violentamente agitados y producen cólera o furor, lo que a su vez trastorna el cuerpo y la mente».

Nótese el grave peligro que significa practicar algún ejercicio inmediatamente después de comer, con el estómago lleno, o cuando el cuerpo contiene humores malignos en abundancia, lo que tanto condena Fuchs, quien dice que la frecuencia con que los escolares alemanes sufren de llagas escabiosas se debe a su perniciosa costumbre de practicar gimnasia apenas acaban de comer.

Bayer señala el peligro que entraña el ejercicio realizado en tales condiciones, pues «él descompone los alimentos en el estómago y transporta por todo el cuerpo su sustancia indigesta hasta introducirla en las venas (como hace notar Lemnio); sustancia que altera y mezcla los fluidos orgánicos». Mercurialis, Arcubano y muchos otros consideran a los ejercicios inmoderados como la causa más poderosa de la melancolía.

Lo opuesto al ejercicio es la ociosidad (blasón de la clase noble), que implica su ausencia y es la ruina del cuerpo y de la mente, madre de la maldad, perturbación de la disciplina, causa principal de todo malestar y uno de los siete pecados capitales. La ociosidad causa por sí sola la melancolía y muchas otras enfermedades. Gualter la denomina, expresivamente, «la almohada del diablo», y añade: «Como la mente no puede permanecer ociosa, sino que continuamente se concentra ora en un pensamiento, ora en otro, lleva inevitablemente a la melancolía, a menos que esos pensamientos se refieran a ocupaciones dignas y nobles» *(nisi honesto aliquo negotio).*

Así como el ejercicio excesivo y violento produce serios trastornos —dice Crato— así también una vida ociosa causa males, aunque de naturaleza distinta: llena el cuerpo de flema *(animal pituitosum reddit)*; engendra abundantes humores y toda clase de obstrucciones, reuma, catarro, etc. A juicio de Rhasis, la inactividad habitual es la causa más importante de la melancolía. Montalto afirma haber comprobado por propia experiencia que los sujetos ociosos revelan mayor predisposición hacia la melancolía que los que ejercen un oficio o se ocupan en algún negocio.

Plutarco consideraba la ociosidad como causa suficiente, por sí sola de los males del espíritu, según lo prueban estas palabras suyas: «hay quienes tienen perturbada la mente, lo que no reconoce otra causa que ésta» (el ocio crónico). Homero, en la *Ilíada*, presenta al gran héroe Aquiles víctima de profundos remordimientos cuando se veía condenado a una inactividad forzosa y no se le presentaba ocasión de librar combate. Mercurialis, hablando de un hombre joven, enfermo de melancolía, dice que contrajo este mal «por ser un holgazán».

En verdad, es el ocio continuado lo que causa tal afección con más rapidez y con mayor frecuencia; afección típica y compañera inseparable de todos los sujetos que llevan una vida fácil, sin preocupaciones y sin tener en qué ocuparse o que están ocupados sólo en raras ocasiones. Y aunque ellos mismos suelen saber que su mal reconoce por causa la pereza, por lo común no tratan de hallar alguna ocupación, pues no «soportan» el trabajo, aunque éste les sea necesario y aun cuando se trate de tareas tan sencillas como vestirse o escribir una carta. A esta clase de individuos pertenece el que en invierno, al sentirse yerto de frío, se pasa las horas sentado, dando diente con diente, en vez de hacer algún ejercicio o movimiento que le sería de tanto provecho y reanimaría su cuerpo entumecido. En tales sujetos la melancolía hace fácilmente presa y se convierte en cruel tormento. Sus efectos son aún más graves si se trata de personas acostumbradas a una actividad intensa, de carácter profesional, que de pronto deben adaptarse a una existencia sedentaria; ésta atormenta su espíritu y contraen inmediatamente la melancolía.

Mientras están dedicados a alguna tarea y permanecen activos, conversan de negocios, practican un deporte o se entregan a un esparcimiento, experimentan un bienestar real, pero en cuanto se encuentran

solos o inactivos, la melancolía hace sentir sus efectos. Un día (y a veces una hora) de soledad puede causarles más daño que el beneficio reportado por toda una semana de trabajo manual. La melancolía consecutiva a la soledad se convierte en una verdadera tortura, a tal punto que el sabio Séneca bien pudo decir: *Malo mihi mole quam mollitur esse*, «preferiría estar enfermo antes que verme condenado al ocio». Tal estado afecta tanto al cuerpo como a la mente. En el primer caso, o sea la inactividad corporal, se trata de una simple especie de pereza enervante, por interrupción de todo ejercicio físico. Esta pereza, si hemos de creer a Fernelio, «causa indigestiones, obstrucción, exceso de humores nocivos, disminuye el calor natural del cuerpo y trueca en tristeza la alegría del vivir, haciendo al sujeto torpe para cualquier tarea».

Algo semejante ocurre en el reino animal: el caballo que permanece en el establo sin trabajar o el halcón aprisionado que tiene pocas ocasiones de volar, suelen contraer enfermedades. En cambio, cuando viven en libertad están mucho menos expuestos a ellas.

La ociosidad de la mente es considerablemente peor que la del cuerpo. Constituye una verdadera enfermedad, o como dice Galeno, «un azote del espíritu»: *Maximum animi nocumentum*. Séneca compara los «malos pensamientos» del holgazán con las lombrices que se crían en las aguas estancadas y pútridas *(in stagno generantur vermes...)* Podría decirse que el organismo del holgazán es como un país desgarrado por luchas civiles: así también se mortifica a sí mismo con preocupaciones, disgustos, temores infundados y suspicacias, sin hallar jamás reposo.

Hasta me atreveré a decir que el hombre o la mujer de vida ociosa, sea cual fuere su condición y aunque disfruten de las mayores riquezas y posean cuanto puedan apetecer, no estarán jamás satisfechos ni conocerán la felicidad. Por el contrario, se sentirán aquejados de un malestar general, tanto físico como espiritual, que se manifiesta en forma de fastidio o aburrimiento, desasosiego, ganas de llorar, suspiros, etc. Tales personas se enfadan y riñen por el motivo más fútil, se desean a sí mismas la muerte o dan en alguna manía extravagante. Esta es la verdadera causa de que la enfermedad que nos ocupa tenga tantas víctimas entre las personas de alta posición social, damas y caballeros, en el medio rural y en las ciudades, pues la ociosidad es el aditamento obligado de la nobleza. Estas personas consideran el trabajo como una desgracia y pasan sus días dedicadas a diversos deportes y esparcimientos, queriendo alejar así todo pesar y toda preocupación. No tienen vocación por ninguna actividad y son amigos del buen comer, de darse buena vida, que, de acuerdo con su criterio, significa evitar la acción y rehuir los cargos o empleos, pues ya he dicho que el trabajo es algo que «se les resiste».

Pero de este modo, además de padecer acumulación de humores y dispepsias, las preocupaciones que tratan de evitar las atenacean, se tornan tristes y recelosas, temen contraer determinadas enfermedades, su carácter se torna huraño e intratable, tienen accesos de cólera y excesiva propensión al llanto. ¡A cuántas cosas absurdas lleva el ocio y cuántas perturbaciones causa! Dícese en el Éxodo (segundo libro del Pentateuco) que cuando los israelitas de Egipto se quejaron contra Faraón, éste ordenó a sus funcionarios que duplicasen su trabajo y aquéllos debieron fabricar los ladrillos que emplearon en las construcciones, atribuyéndose esa revuelta a que la escasa actividad había alterado el carácter de los judíos.

La mejor forma de curar o corregir a los que se muestran siempre descontentos, afligidos, se lamentan demasiado, viven continuamente atemorizados, etc., es proporcionarles alguna ocupación, alguna tarea que los absorba mentalmente. El sujeto ocioso —como observa Agellius no sabe en qué emplear el tiempo y acaba por sentir mayores preocupaciones y angustias que si estuviese engolfado en negocios complejos; más aun, como añade aquel autor, *Otiosus animus nescit quid volet*, el ocioso no sabe lo que quiere. En efecto, todo lo aburre o le disgusta, incluso su propia existencia y está siempre como ausente de sí mismo.

Compañera asidua del ocio es la soledad excesiva, *nimia solitudo*, que debe considerarse como causa concomitante y como síntoma del mal en cuestión, según el testimonio general de los médicos. El hábito de la soledad puede ser impuesto por el régimen de vida, o bien voluntario. Lo primero se observa comúnmente en los estudiantes, monjes y anacoretas, que por la índole de su actividad o por obedecer a la regla de su comunidad deben rehuir el trato social y llevar una vida recoleta en sus celdas. Tales son los

cartujos, que no comen carne (les está vedado), hacen un culto del silencio y no abandonan nunca el convento.

Muchos señores ingleses viven recluidos como en una prisión y en sus residencias solitarias suelen recibir como huésped a todo el que llega o conversan con sus sirvientes o peones, a pesar de la inferioridad de clase y la diferencia de intereses. Otros, para huir de la soledad, pasan el tiempo en las tabernas con compañeros corrompidos, entregándose a placeres viciosos y a una vida disoluta. No faltan quienes llevan una vida apartada por carecer de medios materiales para poder alternar dignamente con sus semejantes, o por temor profundo a contraer alguna enfermedad o padecer algún infortunio, cuando no por su timidez, rudeza, ignorancia o apocamiento para tratar con la gente.

La soledad impuesta o coactiva produce sus efectos más pronto en los acostumbrados a la alegría, a los esparcimientos sanos y a la buena compañía, en familias numerosas o ciudades de crecida población, y que súbitamente deben aislarse del mundo y ven restringida su libertad. La soledad engendra entonces el tedio y es causa directa de serias perturbaciones.

El apartamiento voluntario del trato social es característico de la melancolía y hace asemejar al sujeto a una esfinge, a un ser que vive fuera de la realidad.

La soledad —a la que Pisón considera causa primaria del mal— suele ser agradable al principio a los melancólicos: les gusta pasarse el día entero tendidos en el lecho, convertirse en custodios permanentes de sus viviendas, pasear en lugares solitarios, especialmente entre pintorescas alamedas, por bosques o a orillas de un arroyuelo y meditar sobre cosas placenteras o predilectas. Pero quien esto hace acentúa su melancolía, cuanto más construye castillos en el aire o cree representar un drama o siquiera ser un simple espectador.

El misántropo es invenciblemente inclinado a la vigilia y a las meditaciones fantásticas, llenas de desvarío, de las cuales quisiera librarse y que impiden sus actividades normales aunque esas meditaciones se refieran a cosas agradables. Ellas ocasionan un estado de angustia y lo impulsan a la melancolía, hasta que de pronto tales sensaciones cambian y el sujeto se acostumbra a esas vanas meditaciones y a los lugares solitarios, aun cuando ocupen sus pensamientos objetos poco agradables. Pero luego el mal infernal de la melancolía hace presa en él y despierta en su espíritu visiones lúgubres o terroríficas que no puede alejar ni por la persuasión ni por la consagración a alguna tarea ni por otro medio.

No niego que a veces la meditación o contemplación es provechosa, lo mismo que cierta clase de vida solitaria, tal como la que han ponderado y recomendado los santos Jerónimo, Crisóstomo, Cipriano y Agustín, dedicando al asunto sendos tratados, o tal como la que elogian Petrarca, Erasmo, Stella y otros autores. Pero los monjes de las épocas pasadas se referían a la contemplación divina, como Simulo, cortesano que vivió en tiempos de Adriano. Sabido es que el emperador Diocleciano se retiró también del mundo y pueden citarse numerosos ejemplos a este respecto. Tal es la vida contemplativa, que ha sido calificada como disfrute del paraíso terrenal, buena para el cuerpo y aun más saludable para el alma. Sabios como Demócrito y Cleanto y los más geniales filósofos han vivido apartados del mundanal ruido (Plinio en la villa Laurentana y Marco Tulio Cicerón en Túsculo). Creo por ello poco defendible el criterio de nuestros innovadores intransigentes que quisieran suprimir las abadías y conventos; admito la conveniencia de introducir algunas reformas en su régimen interno o corregir lo que deba corregirse, pero no se justifica el odio contra esos bellos monumentos de la devoción de nuestros antepasados. Para esos servidores de Dios no rezan los conceptos comunes de soledad y ocio, como en las fábulas de Esopo contesta el labrador a quien le echa en cara su holgazanería.

A veces se experimenta aún más el sentimiento de la soluded estando en compañía, o como hace decir Cicerón a Escipión el Africano: *Nunquam minus solus, quam cum solus; nunquam minus otiosus quam quum esset otiosus*, esto es: nunca se siente menos solitario que cuando se encuentra solo; nunca más ocupado que cuando parece estar ocioso. Platón, en uno de sus Diálogos, refiere que Sócrates cayó en profunda meditación una mañana y permaneció absorto hasta el amanecer del día siguiente.

Es indudable que unas veces la soledad es beneficiosa y otras nociva. De ahí la frase *homo solus aut Deus, aut Daemon*, el hombre solitario o es un santo o un demonio. Los que llamamos misántropos son

con frecuencia seres degenerados, convertidos en monstruos o en criaturas inhumanas e irracionales. La lamentación de Mercurialis referente a sus enfermos de melancolía puede aplicarse particularmente a los misántropos y ociosos: la naturaleza les dio un cuerpo sano y Dios un alma superior, de esencia divina, pero ellos los han estragado, destruyendo los dones recibidos, debido a sus excesos y a su existencia inactiva y apartada. Así han llegado a ser traidores de Dios y de la naturaleza y enemigos de sí mismos y del resto de la humanidad. Habría que decirles «*Perditio tua ex te*, tú eres la causa de tu propia corrupción, pues no has sabido desechar los malos pensamientos y antes bien has abierto ancho cauce a los mismos».

PASIONES Y PERTURBACIONES DE LA MENTE. — Si se me preguntase cuál de las causas de la melancolía es la más grave de todas, diría que son las pasiones, dada su frecuencia y la forma violenta en que acometen al individuo, al extremo de que Piccolomini las ha comparado con el rayo o el relámpago *(fulmen perturbationum)*.

La pasión produce alteraciones súbitas en nuestro organismo y a la vez en nuestro temperamento. El mal corporal repercute en el cerebro y todas sus facultades son perturbadas por los sentimientos de miedo, congoja, etc., a los que debemos considerar síntomas típicos de la melancolía. A su vez la mente influye sobre el cuerpo y causa, no sólo la melancolía, sino también un estado de desesperación y a veces hasta la muerte.

Con pleno fundamento afirma Platón que todos los males del cuerpo proceden del alma, y Demócrito (citado por Plutarco) sostiene que esta última es la culpable y merece condenación, porque el alma rige al cuerpo y se vale de él como medio o instrumento, del mismo modo que el herrero emplea el martillo, según la comparación de San Cipriano (prólogo de *Las virtudes de Cristo*). Más aun: Filóstrato asegura que en rigor no es el cuerpo el que puede corromperse, sino el alma. Luis Vives sostiene que las perturbaciones de ésta provienen de la ignorancia y la imprudencia.

En general los hombres de ciencia atribuyen los males del cuerpo al alma, los que se hubieran en gran parte evitado si aquél se ajustase a las normas de la razón, o dicho en otros términos, si el alma rigiese mejor al organismo.

Los estoicos creían firmemente (como se lee en Lipsio y Piccolomini) que el sabio debe ser «apático», o sea libre de toda pasión y perturbación, como en el caso de Sócrates y como presenta Séneca a Catón. Existen nativos del África tan exentos de pasión, o mejor dicho, tan estúpidos, que cuando uno de ellos es herido no profiere queja alguna y se limita a mirar hacia atrás.

Lactancio opina que el miedo no se concibe en el sabio: *Terror in sapiente esse non debet*, y otras expresan que el hombre realmente docto no debe ser dominado por pasión alguna o por ninguna de carácter violento. Mas Lemnio expresa esta verdad, confirmada por la experiencia de todos: «Ningún mortal está libre de tales perturbaciones; el que no está afectado por ellas es un dios o una roca». Es que son innatas en nosotros y se transmiten por herencia, a partir de Adán. San Agustín sostiene que ya Caín era un enfermo de melancolía.

No niego que una buena disciplina, la educación, el estudio, el culto al Todopoderoso, pueden mitigar o disminuir las pasiones, pero sólo en algunas personas y en determinados períodos de la vida, pues en la mayoría de los casos ejercen un influjo dominante y tienen la violencia de un torrente que se desborda e inunda tierras sembradas. Además de alterar el temperamento del individuo, como queda dicho, ofuscan la razón.

Discútese cuáles humores o perturbaciones causan más graves afecciones, una vez admitida la verdad de Jesucristo: «el espíritu se doblega y el cuerpo es débil». El judío Filón[13] dejó escrito que «las pasiones suelen perturbar el cuerpo y el alma, son la causa más frecuente de la melancolía, alteran la salud y nublan el entendimiento».

[13] Filósofo de Alejandría que vivió en el siglo I antes de J. C. (N. del T.).

Vives compara las pasiones con los vientos marinos: unos son suaves, pero otros, tempestuosos, hacen zozobrar los buques. Si bien es cierto que las pasiones leves causan poco daño y pueden ser contenidas, su repetición o frecuencia es peligrosa para la salud mental, ya que como bien se ha dicho, acaban por causar la melancolía, y por ejercer completo dominio sobre el espíritu deben ser consideradas como enfermedades.

Acerca de cuáles pasiones producen tales efectos han tratado extensamente Agrippa, Cardan, Lemnio, Suárez, T. Bright (capítulo XII de su *Tratado de la melancolía*), el jesuíta Wright en su libro sobre *Las pasiones de la mente*, etc.

Cuando la imaginación invade las sensaciones o la memoria, el objeto que se desea conocer (representado en la zona frontal del cerebro) es concebido falsamente o amplificado y en seguida se establece comunicación con el corazón, centro de todas las afecciones. Los fluidos puros pasan del cerebro al corazón por ciertos canales desconocidos y hacen advertir qué buenos o malos objetos se han presentado. Inmediatamente se disponen a perseguirlos o evitarlos, y además, atraen otros humores en su ayuda; así, en los estados placenteros concurren fluidos puros en gran abundancia; en la tristeza, mucha sangre hipocondríaca, y en la ira, mucha bilis.

Si la imaginación es realmente viva y poderosa envía gran cantidad de fluidos o espíritus desde el corazón o hacia él, causando una profunda impresión y graves trastornos. Si los humores del cuerpo son de naturaleza semejante y el temperamento no obra como dique de contención, las pasiones son más duraderas e intensas. Así, pues, la causa primera u origen de esta clase de malestar es la imaginación perturbada que al transmitir falsas impresiones al corazón ocasiona tales alteraciones y la mezcla de espíritus y humores. O como dice Pisón: «los espíritus y la sangre, contaminados por la imaginación perturbada, alteran los humores y la actividad anímica». En el orden físico, es dificultada la digestión y debilitados los principales órganos, como declaró el doctor Navarra al ser consultado por Montalto acerca de un judío enfermo de melancolía. Cuando hay mezcla de fluidos o espíritus, el proceso de la nutrición necesariamente se retarda, aumentan los humores malignos y se producen indigestiones y humores espesos junto con la sangre hipocondríaca. Los demás órganos no pueden cumplir sus funciones al ser alejados de ellos los fluidos por pasiones violentas, disminuyendo su sensibilidad y movimiento.

Diré, en conclusión, con Amoldo: «Poderosa es la fuerza de la imaginación, y la causa de la melancolía más debe atribuirse a ella que a los trastornos corporales».

LA AFLICCIÓN, EL MIEDO Y LA VERGÜENZA. — Ya que me he referido a las pasiones que atormentan el espíritu y causan la melancolía, debo añadir que entre aquéllas el primer lugar corresponde a la aflicción.

Hipócrates, en su Aforismo XXIII, dice que la aflicción o congoja «es madre e hija a la vez de la melancolía, su compendio, síntoma y causa principal». Esta afirmación no debe considerarse paradójica, pues la aflicción es a la vez causa y síntoma de la melancolía y ambas son tan inseparables como las partes de un anillo, en el que no cabe establecer principio ni fin.

Sólo me referiré a la aflicción como síntoma, pues todos saben que puede ser causa de locura y de otras enfermedades, como expresó Plutarco, y causa única de la melancolía, como la considera Lemnio. Si la aflicción se enraiza en el alma, acaba por llevar al sujeto a la desesperación, como observa Félix Plater, y ambas pasiones presentan un íntimo parentesco evidente.

San Crisóstomo, en su Epístola XVII, describe la congoja como cruel tormento del espíritu y germen ponzoñoso que consume el cuerpo y el alma, roedor del corazón, verdugo en constante actividad, noche interminable, tinieblas profundas, tempestad, fiebre oculta, ardor peor que el fuego y lucha interior que nunca acaba. Atormenta más que un tirano y no existe tortura o castigo corporal que le sea comparable. Es el águila que picoteaba las entrañas de Prometeo, según la ficción poética. Y en el Eclesiastés (XXV, 15) se lee: «No hay penas comparables a las penas del corazón». Cicerón dice: «*omnis perturbatio miseria est carnificina est dolor* (toda perturbación es una desgracia, pero la pesadumbre es

horrible tormento)». Yo diría, si se me permite una comparación histórica, que así como en la antigua Roma cuando fué instituida la dictadura todos los cargos de magistrados inferiores quedaron suprimidos, así también cuando se despierta la aflicción todas las demás pasiones se desvanecen.

Salomón, en el capítulo XVII de los Proverbios, expresa que la congoja enflaquece a quien la sufre; sus ojos se hunden, su rostro se torna pálido y lleno de arrugas, su mirada se apaga y su carácter se transforma por completo. Así también Leonor, infeliz duquesa desterrada, en el poema de Drayton, el Ovidio inglés, se lamenta de esta guisa a su esposo Humphrey, duque de Glocester:

Sorrow hath so despoil'd me of all grace,
Thou could'st not say this was my Elnor's face.
Like a foul Gorgon...

(La aflicción borró en mí toda gracia a tal punto que tú ya no podías decir: este es el rostro de mi Leonor. Parecía una repelente gorgona...).

Según Fernelio, «la pesadumbre perturba la digestión, produce un enfriamiento en el corazón, echa a perder el estómago, quita el buen color y el sueño y torna espesa la sangre». Altera la temperatura normal del organismo, destruye el bienestar del cuerpo y del alma, hace tedioso el vivir y produce un estado de verdadera angustia que obliga a continuas lamentaciones. Es lo que confiesa Salomón en diversos pasajes de los Salmos: «La congoja me parte el corazón»; «soy como un montón de paja que arde», etc. Antíoco se lamentaba de no poder conciliar el sueño y de que la congoja lacerase su corazón. Hasta el propio Redentor —según dice San Marcos— trasudó sangre al sentir la angustia de su tortura. «Su alma —añade— sufría pesadumbre de muerte y ninguna pena era comparable a la suya».

Crato cita el ejemplo de un enfermo de melancolía cuya causa era la aflicción, y del mismo modo Montano se refiere a una dama de alcurnia cuyo mal era causado únicamente por la tristeza *(tristitia sola)*. En la obra de Hildesneim se lee que un sujeto enfermo de melancolía fué completamente curado y así vivió muchos años, «pero luego por haber sentido aflicción, aunque no duradera, sufrió una recaída en su antigua enfermedad, que volvió a torturarlo como al principio». Abundan los ejemplos de cómo la pesadumbre puede causar la melancolía, la desesperación y a veces hasta la muerte. Un pasaje del Eclesiastés dice: «La muerte puede ser causada por las penas». La mitología cuenta que Hécuba fué convertida en perro y Niobe en piedra para significar que la congoja las había privado de sensibilidad e inteligencia. El emperador Severo murió de pesar, y muchos casos análogos podrían recordarse. Melancthon explica el hecho así: «La acumulación en el corazón de mucha sangre viciada por la melancolía extingue los buenos fluidos o inhibe su acción; entonces la congoja hiere el corazón, haciéndolo estremecer y desfallecer angustiosamente; la sangre impura es arrojada del bazo y se derrama por debajo de las costillas *(suh costis)*, en el costado izquierdo, causando esas peligrosas convulsiones hipocondríacas que ocurren con frecuencia cuando se agregan como factores complejos las inquietudes y la tristeza».

Pariente cercano (o más bien hermano) de la aflicción es el miedo, que suele acompañarla o bien ser el causante principal de la melancolía. Es asimismo causa y síntoma a la vez.

Este genio maléfico —el miedo— fué objeto de culto en la antigüedad por los lacedemonios que lo tenían por genio benigno, y lo mismo puede decirse de otras afecciones atormentadoras. Así a la aflicción o pesadumbre estaba consagrada la diosa Angerona. Dichas afecciones inspiraban tal respeto que, como observa San Agustín en La ciudad de Dios (libro IV, capítulo VIII), basándose en la afirmación de Varrón, el miedo era comúnmente objeto de adoración y representado en los templos como un animal con cabeza de león. Macrobio, en su libro *Saturnalium*, nos informa que en las calendas de enero había un día consagrado a la diosa .Angerona y entonces los augures y otros sacerdotes celebraban el sacrificio anual respectivo en el templo de Volupia o de las diosas del placer. Creían que al tornar propicia la voluntad de Angerona, ésta alejaría del alma de los humanos las preocupaciones, inquietudes y mal humor en el transcurso del año siguiente al sacrificio.

Muchos efectos lamentables causa el miedo en el hombre: rubor o palidez, temblores, transpiración anormal, escalofríos, palpitaciones cardíacas, síncope, etc. Suele sobrecoger a los que han de pronunciar un discurso en público, durante la misma reunión o en presencia de altos personajes, como de sí mismo confesó Cicerón, quien experimentaba profundo temor hasta el instante de comenzar sus discursos, y lo mismo Demóstenes, el eminente orador de la antigua Grecia, en presencia de Filipo.

El miedo traba la voz y embota la memoria, como lo muestra expresamente Luciano en una de sus tragedias en que Júpiter, habiendo de pronunciar un discurso ante los demás dioses, no atina a decir ninguna palabra oportuna y se ve obligado a requerir la ayuda de Mercurio para salir del atranco.

A muchas personas sobrecoge el miedo hasta el extremo de que no saben dónde se encuentran ni qué es lo que dicen y hacen, y lo que es peor, continúa torturándolas muchos días con continuos sobresaltos y recelos. Les impide realizar las tareas o iniciativas más dignas y, debido a la misma causa, sienten dolor, tristeza y opresión en el corazón.

El que vive atemorizado no es dueño de sus actos y no conoce la alegría; de ahí su indecisión y su continua sensación de angustia. Vives está en lo cierto cuando expresa: *Nulla est miseria major quam metus*, no hay mayor desdicha que el miedo. Los sujetos a que me refiero presentan un aspecto de tristeza o languidez infantil, sin razón o fundamento, especialmente a la vista de algún objeto espantable, como observa Plutarco. El miedo es causa frecuente de demencia y de casi toda clase de enfermedades. Hace que nuestra imaginación conciba lo que le place, provoca la presencia del diablo, como atestiguan Agrippa y Cardan *(timor attrahit ad se Daemonas)* y ejerce sobre la fantasía mayor poder que todas las demás afecciones, especialmente cuando la oscuridad rodea al individuo pusilánime.

Lavater afirma que cuanto más asustadiza es una persona tanto más se halla inclinada a ver espectros, duendes, brujas y demonios, visiones que a su vez engendran la melancolía. Puede decirse que concibe o imagina aquello que precisamente le espanta, lo que también expresa Lavater: *Quae metuunt, fingunt*. Cardan se refiere a un sujeto que después de haber visto un fantasma, según creía, quedó enfermo de melancolía por todo el resto de su vida.

Cuenta Suetonio que el emperador Augusto no se atrevía a permanecer en la oscuridad, a menos que alguien le hiciese compañía *(nisi aliquo assidente)*. No deja de ser extraño que en general las mujeres y los niños comienzan a temblar y sentir un sudor frío cuando atraviesan un cementerio de noche o permanecen solos y a oscuras.

El miedo que sienten muchos es causado por la visión anticipada de hechos futuros referentes al propio destino, como les ocurría a los emperadores Severo, Adriano y Domiciano, según refiere Suetonio, los cuales vivían en constante zozobra por presentir su próxima muerte *(Quod sciret ultirrium vitae diem)*. Otros estados anormales del ánimo derivados del miedo y la aflicción son la ansiedad, la indignación, etc.

La vergüenza y el infortunio causan igualmente pasiones violentas y cruel tormento. Como dice Félix Plater en su tratado sobre la alienación, los espíritus nobles experimentan vergüenza cuando cometen algún error lamentable y se desesperan cuando ocurren sucesos aciagos que afectan a la colectividad. Filón observa que el sujeto dominado por el temor, el deseo, las penas, la ambición y la vergüenza no conoce la felicidad, sino sólo la desdicha y las inquietudes torturadoras.

Puede afirmarse que cuanto más noble y más generoso es el espíritu de una persona, tanto más sensible es a la vergüenza, como bien lo expresa San Jerónimo. Dícese que Aristóteles experimentaba vergüenza y pesadumbre por ser incapaz de sentir la emoción de las tragedias de Eurípides; que Homero se sintió avergonzado por no poder hallar la solución de cierto acertijo que le propuso un pescador y que Sófocles se hirió de muerte con un puñal por haber sido silbada una de sus tragedias. También se quitó la vida Lucrecia, avergonzada por su deshonra y para no escuchar murmuraciones públicas. Cuando el romano Marco Antonio fué derrotado por su enemigo, permaneció a solas, por espacio de tres días, en la proa de un buque, sin admitir ni siquiera la compañía de Cleopatra, anonadado por el despecho y la vergüenza. Así nos lo presenta Plutarco en su biografía. Apolonio de Rodas, poeta de Alejandría (siglo III antes de J.C.), abandonó voluntariamente su patria y su familia, avergonzado por haber recitado pésimamente su poema sobre los argonautas, según dice Plinio.

Ayax sintió vergüenza y cólera cuando sus armas fueron entregadas a Ulises. El sacerdote Hostrat tomó tan a pecho el libro que Reuchlin escribió contra él, que de vergüenza y de pesar se suicidó. Por el contrario, existen sujetos felones y descarados que no se avergüenzan de nada y no hay desdicha que los afecte o conmueva, como cierto personaje de Plauto —Ballio— que más se regocija cuanto más lo insultan y es objeto de escarnio. En cambio, la persona que se estima a sí misma y es celosa de su reputación preferirá perder sus bienes y aun la vida antes que sufrir difamación o ver tiznado su buen nombre. Y si no puede impedirlo sentirá una angustia lacerante, como el ruiseñor, que —según dice Mizald— muere de vergüenza si oye a otro pájaro cantar mejor: *Quae cantando victa moritur*.

Otras causas de la melancolía son: la vejez, el factor hereditario, la retención y evacuación anormales de los humores del cuerpo (la amenorrea en la mujer), la supresión o abuso de la función sexual, el sueño antihigiénico (por ejemplo, el que causa esas pesadillas tan comunes en quienes se acuestan después de comer), el insomnio, la envidia, la malicia, el odio, la rivalidad, la ira, los disgustos, los deseos inmoderados, como la ambición y la codicia; la pasión del juego y de las diversiones sin medida, la egolatría, la vanagloria, el ansia de fama y honores, el orgullo, la alegría excesiva, el estudio convertido en pasión absorbente. Tales son las causas necesarias. Otras deben considerarse contingentes y accidentales: la educación deficiente, la aprensión originada por objetos terroríficos vistos o referidos por otros; el escarnio y la calumnia en cuanto amargan a sus víctimas; la esclavitud y la servidumbre; la pobreza y las privaciones; las desgracias de familia (muerte de parientes). Son todas causas externas con relación al organismo. Pero las hay también internas o corporales, y ya se sabe que el cuerpo ejerce un influjo directo y poderoso sobre la mente. Tales son los trastornos orgánicos en general. También reconocen causas internas la melancolía cefálica (que Laurencio atribuye al aumento o disminución de la temperatura del cerebro), la hipocondríaca (debida a la obstrucción de diversos órganos, a su inflamación, afecciones congénitas, etc.) y la que afecta a todo el cuerpo (como consecuencia de enfermedades, exceso de humores, mal funcionamiento de algunos órganos, mala alimentación, etc.).

SÍNTOMAS DE LA MELANCOLÍA

Gordon, en su tratado de medicina, señala que los síntomas de toda afección pueden ser generales o particulares, unos ocultos y otros manifiestos, ya corpóreos, ya mentales, y varían según que las causas sean internas o externas. Cree Cappivacci que ello puede deberse a la influencia de los astros o bien a la mezcla de humores diversos, unos fríos, otros calientes, naturales o anormales, abundantes o escasos. De aquí proviene, dice Ecio, la variedad de síntomas que presenta la melancolía.

Laurencio observa que así como las causas de esta afección son muy diversas, así también sus síntomas son poco menos que infinitos y dependen de la diversidad de temperamento, inclinaciones, apetitos, existencia o inexistencia de enfermedades concomitantes, etc. Podría compararse la melancolía con el vino, que produce en quienes lo beben efectos distintos, o mejor aún con cierta hierba *(tortocola)*, que describe Laurencio, la cual, al ser ingerida, a unos hace reír y a otros llorar.

Pero, por razones de método y en forma esquemática, podemos agrupar todos los síntomas en dos clases: corporales y mentales. En lo que respecta a los signos corporales de los melancólicos, los mismos varían ante todo según su constitución: fría y seca o caliente y seca, y según la mayor o menor combustión de los humores. Estos caracteres primarios determinan otros secundarios, como el color de la piel y del pelo (atezado, claro, rubio, etc.).

Hipócrates, en su obra sobre la demencia y la melancolía, enumera como signos característicos de esta última los siguientes: «delgadez, cutis marchito, ojos hundidos, mirada sin brillo y lánguida, arrugas prematuras, cólicos de vientre, eructos frecuentes, estreñimiento, raíces capilares débiles, zumbido de oídos, mareos, cabeza encalabrinada, predisposición al insomnio y sueño breve con espantosas pesadillas». Estos mismos síntomas los repite Melanelius en su obra sobre la melancolía, en la que recoge las opiniones de Galeno, Euffo, Ecio; y aparecen también en los trabajos de Rhasis, Gordon y los autores de época más reciente. El primero de ellos los expone así: «Regüeldos continuos y muy ácidos, tal como si los alimentos se descompusiesen en el estómago, constipación intestinal, sueño intranquilo y atormentado por pesadillas y visiones fantasmagóricas, vértigo, temblores e inclinación a la libídine».

Algunos tratadistas (Alternare, Bruel, Pisón, Montalto) agregan las palpitaciones cardíacas, los sudores fríos, la comezón cutánea frecuente como síntomas típicos. Montalto y Avicena incluyen el pestañeo, los ojos enrojecidos y la vista débil. En su mayoría los melancólicos sufren de tartamudez en cierto grado, como expresa Hipócrates en uno de sus Aforismos. Para Rhasis el síntoma principal lo constituye la cefalea y la sensación de pesadez en la cabeza; añade el zumbido de oídos, dificultad en el hablar, ojos hundidos, venas muy marcadas sobre la piel, labios gruesos, etc.

Tales enfermos son generalmente de carácter hosco, de aspecto tétrico y poco agradable, a causa de sus temores, pesares, torpeza y lasitud. Demuestran ineptitud en la realización de cualquier tarea o en el ejercicio de alguna profesión. Sin embargo, su memoria es buena por lo común; suelen tener agudo ingenio y gran perspicacia.

La naturaleza cálida y seca de su cerebro explica que su sueño sea anormal y pasen muchas noches en vela, a veces durante un mes y no raramente todo el año. Hércules de Sajonia expresa que su madre

aseguraba no haber conciliado el sueño durante siete meses consecutivos. Trincavelli se refiere a un sujeto que pasó cincuenta días sin dormir y Skenck menciona el caso de otro que permaneció en vigilia dos años, sin que ello afectase seriamente su salud.

Los melancólicos suelen tener excelente apetito, en contraste con sus malas digestiones, o como dice Rhasis, *multa appetunt, pauca digerunt*. Y aun cuando coman mucho, son débiles y de aspecto enfermizo, como hace notar Areteo, además de presentar los síntomas ya descritos: obstrucción, estreñimiento, flato, excesiva secreción de las glándulas salivales, etc. Su pulso es lento, excepto el de las carótidas, que es muy violento, aunque varía según la intensidad de sus afecciones o perturbaciones, como ha demostrado ampliamente Struth. A decir verdad, tratándose de la melancolía y de las enfermedades crónicas en general, no cabe conceder gran importancia al pulso, del que tienen muchos un concepto supersticioso, puesto que es difícil establecer reglas fijas al respecto, como ya lo advirtió Galeno.

Otros síntomas son la dificultad respiratoria y el exceso de secreción gástrica. Si el corazón, el cerebro, el hígado y el bazo están afectados, como es lo común, se originan muchas afecciones y malestares, pesadillas, epilepsia, mareos, insomnio, accesos súbitos de risa o de llanto, sollozos y suspiros, desmayos, rubor, sentimiento de timidez y vergüenza, etc. La perturbación afecta a todos los sentidos y se tienen falsas sensaciones visuales, auditivas, olfativas y táctiles.

En cuanto a los síntomas mentales, Arculano sostiene que su número es ilimitado, y Laurencio afirma que apenas habrá dos enfermos de cada mil que presenten síntomas semejantes. Ya sabemos que el miedo y la aflicción, además de ser causas frecuentes de la melancolía, cuando adquieren el carácter de afecciones crónicas se convierten en signos de aquélla, según lo establecieron Hipócrates y Galeno.

Diocles entre los antiguos y Hércules de Sajonia y Luis Mercatus entre los modernos, sostienen con razón que el aserto de Hipócrates reconoce excepciones, ya que no resulta verdadero si se lo generaliza en forma absoluta, esto es, si se pretende que el miedo y la aflicción sean síntomas comunes de todas las especies de melancolía. El último de los tratadistas nombrados observa que no ocurre así en todos los casos. Y añade: «En realidad algunos demuestran tristeza pero no temor; otros son medrosos pero no tristes; los hay que no son medrosos ni tristes, y por el contrario existen quienes presentan ambos caracteres».

Por mi parte, haré la salvedad de que tales enfermos no están siempre dominados por el miedo y la tristeza, sino que se trata de estados de ánimo predominantes. Lo característico es qué tales afecciones no reconocen causa alguna. Por otra parte, en dos sujetos melancólicos el temor puede ser un síntoma común, pero aun así habrá diferencia en cuanto a la intensidad y forma en que experimentan ese sentimiento morboso. Es lo que expresa Ecio: *«Omnes timent licet non omnibus idem timendi modus»*. Galeno dice que muchos temen la muerte, pero cada cual la concibe de manera distinta cuando piensa en su propio fin.

«Se sienten atormentados por escrúpulos de conciencia, no confían en la gracia de Dios, piensan que irán a parar al infierno y se les oye lamentarse continuamente» (Jasón Pratensis). El miedo es inspirado por la próxima muerte propia o la de los parientes o amigos; por los demonios, peligros inminentes, pérdida de bienes, desgracias (incluso a veces infortunios ajenos), etc.

Llegan a imaginarse, por ejemplo, que están hechos de vidrio y temen que alguien se acerque y pueda quebrar su nueva materia corpórea; o que se han convertido en corcho y su peso va disminuyendo hasta hacerse livianos como plumas; otros, por el contrario, se imaginan que su cuerpo les pesa extraordinariamente como si fuese todo de plomo. Algunos se horrorizan ante el pensamiento de que su cabeza se separará del tronco y caerá sobre sus hombros; los hay que sienten la obsesión de que se les crían ranas en el vientre, etc. Montano se refiere a un sujeto que no se atrevía a salir solo de su casa por temor a sufrir un desmayo o un ataque mortal. Otro temía encontrarse con cualquier persona, pensando que sería robado, agredido o muerto. Se cita el caso de un individuo que nunca andaba solo por la calle temeroso de toparse con el diablo o con un ladrón; además huía despavorido de las mujeres viejas por creerlas brujas y de los perros y gatos de pelaje negro por sospechar que fuesen encarnaciones de Satanás,

y cuando se le acercaba alguna persona echábase a temblar como un azogado, convencido de que sería víctima de un maleficio.

Se conocen también casos de sujetos que no se atreven a atravesar un puente, transitar cerca de un lago, roca, barranco o collado; permanecer en una habitación cuyas vigas estén al descubierto, por temor a caer en la tentación de arrojarse desde lo alto o al agua, de ahorcarse, etc. Cierto individuo no concurría nunca a las reuniones en que el público debía permanecer callado (conferencias, sermones, etc.), por tener la idea fija de que interrumpiría inopinadamente al orador, contra su voluntad, y diría palabras inconvenientes al margen de la decencia. La misma persona no podía quedarse largo rato en un cuarto cerrado, temerosa de morir asfixiada a causa de la escasez de aire y llevaba consigo sales y menjurjes por temor a los desmayos y malestares repentinos. En materia de negocios, solía proponer o aceptar múltiples operaciones pero llegado el momento de realizarlas desistía de ellas, intimidado por supuestos peligros y fracasos.

Rhasis se refiere a sujetos perseguidos por la obsesión de morir quemados o de que la tierra se hundiría bajo sus pies o los tragaría completamente o de ser acusados de un delito que no habían cometido, pero que pese a ello no podrían probar su inocencia y serían ejecutados. Trincavelli contaba entre sus pacientes a un individuo que quería poner fin a sus días por temor a ser ahorcado, pues desde hacía tres años tenía la obsesión de haber dado muerte a un hombre. Plater consigna también casos de personas que temían ser ajusticiadas sin haber cometido delito alguno. Si se encontraban en un lugar donde se había perpetrado un robo o cualquier fechoría, temían ser objeto de sospechas y muchas veces se acusaban inmediatamente a sí mismas sin motivo.

Luis XI, rey de Francia, veía un traidor en todo hombre que se presentaba en su corte y desconfiaba de los funcionarios que lo rodeaban. Ecio dice que algunos temen a todos sus semejantes y otros a ciertas personas cuya compañía no pueden soportar. Hay quienes recelan continuamente insidias y traiciones, y quienes temen hasta a sus parientes cercanos y amigos íntimos. Algunos sienten terror por las personas de raza negra por ver en ellas la encarnación del demonio y viven obsesionados con los fantasmas, almas en pena y quimeras que pueblan su imaginación. No faltan quienes a causa de su timidez y cortedad de ánimo gustan de permanecer en la oscuridad y no toleran la luz, como observa Hipócrates. Tales sujetos rehuyen toda compañía temerosos de ser agredidos, de que les ocurra alguna desgracia, de que sus propias palabras o gestos les causen un maleficio o de enfermar repentinamente. Creen que toda persona que los mira tiene a su respecto intenciones aviesas; es un espía, un burlón o un malvado.

Más frecuentemente temen ser hechizados o envenenados por sus enemigos, y hasta suelen imaginarse que un espíritu maléfico anida en su propio cuerpo y destila en él ponzoña. Cristóbal de Vega expresa haber tenido un paciente de esta clase, tan perturbado por tales ideas que le fué imposible curarlo por la persuasión ni por medios terapéuticos.

Algunos viven atemorizados por la idea de que han de contraer toda enfermedad que observen en otros o de la que oigan hablar y por eso excluyen de su conversación tales temas, como también cuanto se refiere a la melancolía, temiendo que pueda agravarse la que ellos mismos padecen. Si ven a un poseso, un epiléptico o un paralítico, durante muchos días los atormenta el temor de contraer las mismas afecciones y no pueden pensar en otra cosa. Con frecuencia sufren la misma tortura mental sin haber tenido ninguna visión real y sólo por efecto de su imaginación excitada. Luciano se refiere a esta clase de sujetos que tiemblan de susto si ven a un ajusticiado o un cadáver u oyen nombrar al diablo; el mismo efecto causa en ellos un relato trágico y sueñan con espectros sin poder desecharlos de la mente durante mucho tiempo.

Félix Plater observa que algunos médicos jóvenes llegan a padecer las mismas enfermedades cuyo tratamiento estudian, presentando los síntomas que les refieren los pacientes. Por eso advertiré que no es conveniente hablar de los síntomas de la melancolía a quien la padece, pues existe el peligro de agravar el mal, por lo menos durante algún tiempo. Si tal cosa ocurre, los melancólicos habrán de lamentarse de los contratiempos más insignificantes y sentirse atemorizados sin causa (o como dice Heins, su miedo es causa de sí mismo).

El melancólico medroso asegurará que nadie sufre tanto como él o que no hay afección tan grave como la suya. Terminado este período de crisis, a veces el propio enfermo se ríe de las futilezas que lo amedrentaron. Pero el mal no acaba con esto, pues cuando pierde el miedo a un objeto, al instante se presenta otro que infunde en él análogo sentimiento. Siempre lo obsesiona algo que imagina a su modo, que acaso no existe ni existió jamás. Pero ello basta para que se muestre inquieto, receloso, descontento, gruñón, estado de perturbación espiritual que persiste mientras dura su melancolía.

Si el miedo en estos enfermos no se refiere a ninguna realidad exterior, es causado por el propio organismo, y entonces les da por creer que tienen una grave dolencia en tal o cual parte del cuerpo, especialmente en la cabeza y en las vísceras: corazón, estómago, bazo, etc. Como hace notar Jacchin, tales sujetos, aparte de sentirse obsesionados por el miedo en sus distintas formas o manifestaciones, suelen ser personas sensatas, discretas, de amplia cultura, formales en sus actos y que obran con dignidad. El único síntoma de su estado anormal es el miedo absurdo, ridículo y pueril que atormenta su espíritu.

Dicho síntoma suele ir unido al de la aflicción, que tampoco reconoce una causa manifiesta, en lo cual convienen todos los tratadistas.

Debe señalarse como circunstancia singular que estos enfermos, víctimas de la más honda congoja, suelen tener accesos de risa y denotar una alegría extraordinaria, pero en seguida caen en una especie de embotamiento y vuelven a mostrar su tristeza característica. Puede decirse que en su espíritu la alegría va unida a la tristeza, si bien ésta predomina notablemente. Al despertar por la mañana suspiran con alivio, libres de las pesadillas nocturnas. Se muestran comúnmente agitados, irritados y plañideros. Su descontento puede provenir de circunstancias que atañen a su propia persona o a los demás, de asuntos públicos con los que en realidad no tienen nada que ver, de hechos, no sólo presentes, sino pasados y aún futuros (en el segundo de estos casos se trata de recuerdos penosos de algún infortunio con la viva sensación de que éste se repitiera). Cuando el temor se refiere al futuro, piensan obstinadamente en peligros, pérdidas, privaciones, desgracias, hechos deshonrosos, etc., y su espíritu sufre no menor tortura, que Areteo denomina *angorem animi*. Son difíciles de contentar y no aceptan las opiniones ajenas por bien inspiradas o acertadas que sean.

Sienten disgusto de todas las cosas y un tedio invencible, el *toedium vitae* de los latinos, pues el vivir les causa fastidio y conciben ideas de violencia contra su propia integridad corporal. Ese tedio es un síntoma muy frecuente y va acompañado por una gran inconstancia en los deseos: tan pronto quieren permanecer sentados como caminar, ya arrojarse en el lecho, ya levantarse, y lo que les atrae en un momento dado les causa aversión poco después. Aunque la existencia les resulta insoportable, comúnmente no llegan al suicidio, y puede aplicárseles la frase de Séneca: *Vivere nolunt, mori nesciunt* (no quieren vivir y no saben cómo morir). En tal estado de ánimo las lamentaciones son continuas y se consideran «los seres más desdichados de este mundo». Sin embargo, como observa Octavio Horaciano, si se encuentran en grata compañía suelen modificar sus juicios pesimistas y hasta manifestar la alegría del vivir. Pero se trata de manifestaciones de optimismo fugaces, pues bien pronto vuelven a sus lamentaciones y a expresar su descontento y el deseo de morir.

El emperador Claudio, según cuenta de él Suetonio, presentaba el mismo síntoma cada vez que le atormentaba su estómago, y entonces expresaba el deseo de quitarse la vida.

Otro síntoma general es el recelo o desconfianza, que hace interpretar equivocada o exageradamente todo acto o expresión, motivando un enojo infundado. Debido a estas suspicacias los sujetos de que tratamos se muestran malhumorados, caprichosos y rezongadores por el más fútil motivo o aun sin motivo alguno. Si se les dice algo en broma, lo toman en serio. Si no reciben el saludo, la invitación o los cumplidos que esperan, se consideran despreciados y humillados, lo cual les produce vivo pesar durante algún tiempo. Si dos personas conversan, cuchichean o ríen refiriendo algún suceso, al instante se dan por aludidos y creen que sus actos son objeto de comentario condenador o burlesco. Si ellos mismos intervienen en la conversación, interpretan maliciosamente cuanto oyen y basta que su interlocutor tosa en ese momento para que vean en ello un signo de mal agüero.

Ya he expresado que son inconstantes e irresolutos, lo que dificulta su actividad profesional. Sin embargo, cuando tras muchas vacilaciones toman una resolución demuestran verdadera terquedad y es muy difícil hacerles cambiar de parecer o de conducta.

Otro síntoma es su apasionamiento: si quieren algo lo quieren con toda la fuerza de su voluntad, o mejor dicho, con furor. Generalmente son codiciosos y avarientos, murmuradores, vengativos, poco amables en sus expresiones y hasta groseros en su trato. Pero aun cuando la melancolía se encuentre en una fase avanzada, su pensamiento es lúcido y penetrante, pues el mal de que tratamos favorece las meditaciones. Cabe advertir que no siempre sus juicios son rectos o acertados, como observa Fracástor, pues a veces consideran incorrecta una acción intachable y tienen por adversarios a sus amigos más fieles.

Los caracteres expresados admiten, con todo, excepciones: Hércules de Sajonia sostiene que existen melancólicos nada timoratos y antes bien audaces, que no temen pasearse solos de noche y atravesar sitios desiertos o peligrosos *(noctu ambulant per sylvas et loca periculosa, neminem timent)*.

En lo que respecta a sus sentimientos afectivos, son comúnmente enamoradizos (según Altomare) y aman apasionadamente, aunque también en esto demuestran la inconstancia a que antes me referí, y puede decirse que su último amor es el mejor o verdadero. Sin embargo, Bodin cita casos de ginecofobia, entre ellos el de un noble ruso que experimentaba un súbito malestar al ver a una mujer.

Crato, Laurencio y Fernelio consideran también como síntoma común la timidez (junto con la vergüenza y el atolondramiento), que se convierte en tormento continuo. Especialmente tal timidez se manifiesta después de algún infortunio o de haber sido objeto de una reprimenda. Entonces el sujeto deja de frecuentar sus amistades, descuida sus ocupaciones y difícilmente puede mirar de frente a persona alguna, como un niño sorprendido en falta.

La inquietud originada por la timidez es mayor o menor según el individuo. Sin embargo, Fracástor sostiene que también existen melancólicos desvergonzados y atrevidos, lo que debe considerarse una excepción.

Generalmente la vergüenza o la timidez los induce a rechazar homenajes, cargos y ascensos; les impide hablar en público y hace que se contenten con su situación, carentes de voluntad para escoger un oficio más ventajoso del que ejercen.

En razón de la modalidad apuntada, raramente visitan a los amigos y apenas frecuentan el trato de los parientes. Son poco locuaces, cuando no se encierran en un mutismo absoluto; taciturnos y recelosos, difícilmente realizan acción alguna aunque les resulte provechosa— si no son compelidos a ella, y aun así suelen negarse a realizarla.

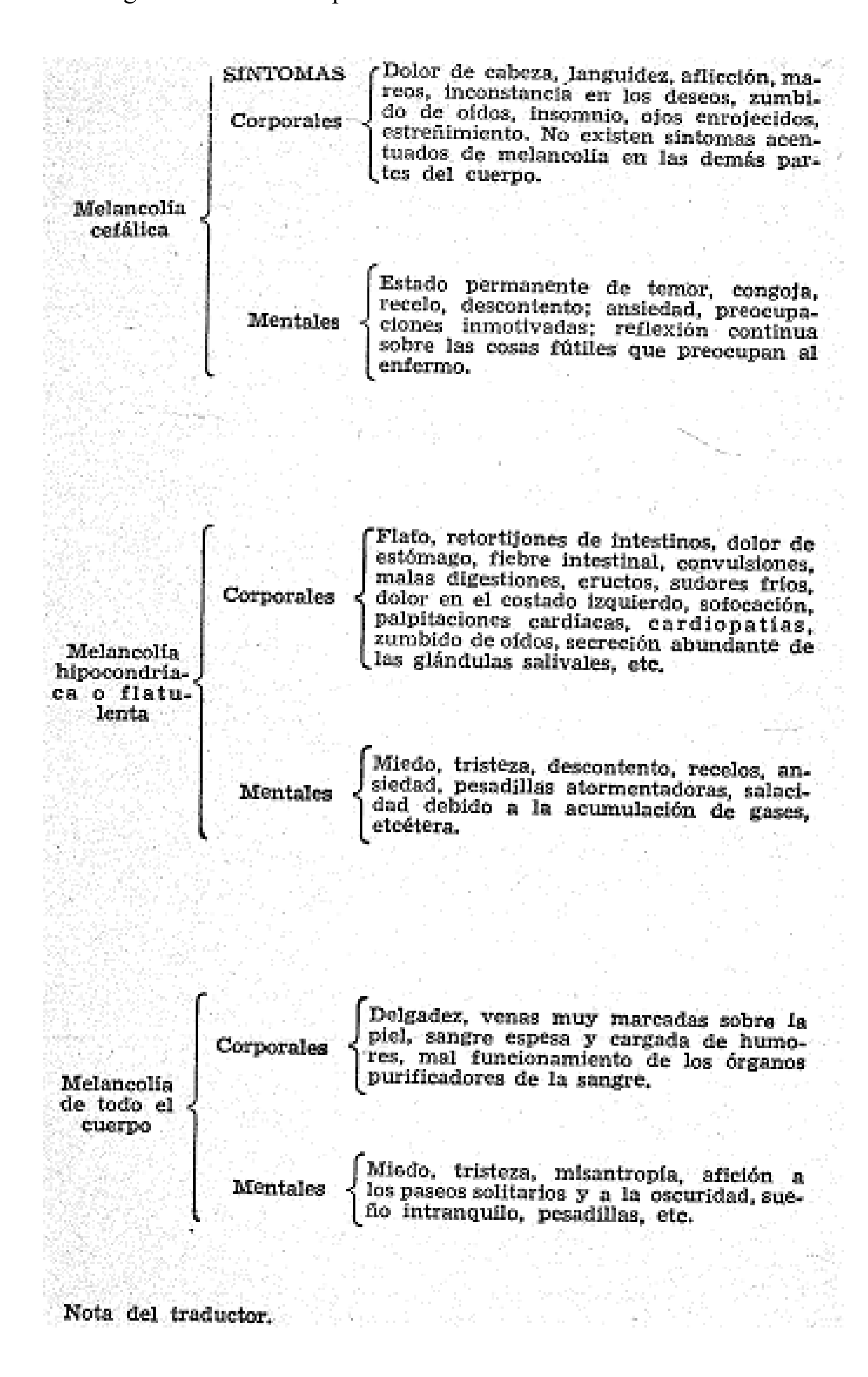
En cuanto a su afición a la soledad, un autor se pregunta si se debe a goce o a temor. Por mi parte, diré que se debe a entrambas cosas, aunque es el miedo y la tristeza el móvil predominante.

Insisto en que la variedad de síntomas de la melancolía es mayor que la de las lenguas de Babel y tan grande como la de rostros humanos.

En cuanto a los síntomas particulares, que se manifiestan en ciertas personas, varían según su temperamento y se deben a la influencia de los astros, a su mentalidad y disposiciones, según sostiene Antonio Zara, quien a su vez se basa en las afirmaciones de Ptolomeo, Pontano, Lemnio, Cardan y otros. Ptolomeo atribuye a influencia celeste todos los síntomas que presentan los melancólicos, lo que niegan algunos aunque Pontano y otros propugnan firmemente el mismo criterio. Así se explicaría el carácter ya triste, ya alegre y jovial de tales enfermos. Si Saturno presidió su nacimiento, y estando bajo su influencia contrajeron la melancolía, serán de carácter intratable, descontentos, brutales y tacaños, tristes y silenciosos, y dados a la meditación. Si están dominados por el signo de Júpiter, serán ambiciosos y tratarán de alcanzar cargos, dignidades, honores, títulos nobiliarios, riquezas, etc. Si Marte orienta su destino, serán aficionados a las guerras, combates, duelos; intransigentes, enérgicos e irascibles. Los dominados por Venus son obsequiosos en el trato con el sexo opuesto y aficionados a las conquistas amorosas, así como a las artes y los pasatiempos. Los sometidos al designio de Mercurio son contemplativos y entre ellos muchos descuellan como poetas y filósofos de espíritu sutil. Si la luna

presidió su nacimiento, se caracterizarán por su ansia andariega y efectuarán viajes y peregrinaciones, lo cual dará tema a sus conversaciones y será su preocupación absorbente.

Nota: El autor considera que los síntomas particulares dependen no sólo de las influencias celestes sino también de los humores corporales y de las costumbres, inclinaciones, condiciones de vida del melancólico, etc. Si es de temperamento sanguíneo, se caracteriza por su jovialidad, afición a los placeres y a las artes; el sujeto flemático se distingue por su cachaza y torpeza; el bilioso por su inquietud, irascibilidad y predisposición a ver extrañas apariciones. Agrupa los síntomas particulares en tres clases, según se ve en el siguiente cuadro sinóptico:



	SINTOMAS	
Melancolía cefálica	Corporales	Dolor de cabeza, languidez, aflicción, mareos, inconstancia en los deseos, zumbido de oídos, insomnio, ojos enrojecidos, estreñimiento. No existen síntomas acentuados de melancolía en las demás partes del cuerpo.
	Mentales	Estado permanente de temor, congoja, recelo, descontento; ansiedad, preocupaciones inmotivadas; reflexión continua sobre las cosas fútiles que preocupan al enfermo.
Melancolía hipocondríaca o flatulenta	Corporales	Flato, retortijones de intestinos, dolor de estómago, fiebre intestinal, convulsiones, malas digestiones, eructos, sudores fríos, dolor en el costado izquierdo, sofocación, palpitaciones cardíacas, cardiopatías, zumbido de oídos, secreción abundante de las glándulas salivales, etc.
	Mentales	Miedo, tristeza, descontento, recelos, ansiedad, pesadillas atormentadoras, salacidad debido a la acumulación de gases, etcétera.
Melancolía de todo el cuerpo	Corporales	Delgadez, venas muy marcadas sobre la piel, sangre espesa y cargada de humores, mal funcionamiento de los órganos purificadores de la sangre.
	Mentales	Miedo, tristeza, misantropía, afición a los paseos solitarios y a la oscuridad, sueño intranquilo, pesadillas, etc.

Nota del traductor.

CURACIÓN DE LA MELANCOLÍA

Aunque la melancolía crónica es difícil de curar, muchas veces puede aliviársela aun cuando se presente con intensidad y violencia. Es preciso, pues, no desesperar y tener mucha constancia.

Algunos de los medios terapéuticos pueden considerarse lícitos y otros no; unos son de probada eficacia y otros de efectos discutibles y de ahí que hayan sido censurados.

¿Puede ser curada la melancolía mediante prácticas propias de la magia negra y con el empleo de fórmulas cabalísticas, encantamientos, filtros y amuletos? Aun cuando ello fuera eficaz, ¿es lícito recurrir a tales procedimientos? He aquí dos cuestiones distintas. La primera, es decir, la posibilidad de que pueda curarse la melancolía por obra de Satanás y sus servidores —magos y hechiceros— es afirmada por unos tratadistas y negada por otros. Valesio, Heurn, Caelio, Delrío, Wier, Lavater, Holbrenner, Tandler, Lemnio, etc., niegan que los espíritus o demonios tengan poder alguno sobre los humanos, y sólo admiten causas naturales y el efecto de los humores. Sostienen lo contrario Bodin en su *Daemonomantiae*, Amoldo, Marcelo Empírico, I. Pistorio, Paracelso, Agrippa, Marsilio Ficino, Pontano, Flud y otros. Cardan aduce numerosas pruebas tomadas del *Ars Notoria* y de las obras desaparecidas de Salomón, Hermes el antiguo, Artefio, Costaben Luca, Picatrix, etc., sobre la posibilidad de tales curas.

Esos autores suponen que también es posible hacer arder fuego que no queme, mostrar en un cristal el rostro de una persona ausente, hechizar serpientes, detener la circulación de la sangre, curar la gota, la epilepsia, la hidrofobia, el dolor de muelas, la melancolía y todas las enfermedades, hacer a los hombres inmortales, rejuvenecer a los ancianos, como aquel marqués español que, según se dice, fué rejuvenecido por uno de sus criados, y como lo hacen aún en nuestra época los magos chinos (según Tragalt) y algunos alquimistas modernos por medio de filtros, de la piedra filosofal, etc. «Algunos dudan —dice Nicolás Taurell— que el diablo pueda curar tales enfermedades, puesto que no lo ha hecho; otros lo niegan rotundamente, aunque la experiencia común prueba, para nuestro asombro, que los magos son capaces de hacerlo y que el diablo puede penetrar sin dificultad en el cuerpo humano y curar sus males por medios que nos son desconocidos».

Pistorio expresa acerca de tales curaciones sobrenaturales que se trata de una ciencia verdadera, pero en la que pocos están iniciados. Marcelo Donato, basándose en la *Antigüedades* de Josefo, consigna que el rey Salomón curaba todas las afecciones mentales y ahuyentaba los demonios por medio de encantamientos y fórmulas mágicas, lo que también hizo Eleazar mucho antes que Vespasiano. Godelman dice que el diablo es un hábil curandero, y por su parte Paracelso afirma que los males del espíritu sólo pueden curarse por medio de hechizos, que califica como «medicina espiritual».

Aun admitiendo que tal cura sea posible, cabe preguntarse si es lícito acudir, en una situación desesperada, a la ayuda de un hechicero. Algunos requieren primeramente los servicios de éste, y cuando no obtienen mejoría recurren a los del médico. Paracelso opina que es indiferente valerse del poder de Dios, del diablo, de los ángeles o de los espíritus maléficos con tal de curarse o lograr una mejoría. Si una persona cae en una zanja —añade a guisa de ejemplo—, ¿no da lo mismo que lo ayude a salir de allí un amigo o un adversario? En cambio, Remigio, Bodin, Godelman, Wier, Delrío y Erasto impugnan tal

opinión y hacen notar que los teólogos y hasta las Sagradas Escrituras prohiben rigurosamente la invocación del auxilio de Satanás, so pena de incurrir en pecado mortal.

Es preferible soportar una leve afección antes que arriesgarse a perder para siempre la salud del alma, y Delrío es aún más terminante cuando dice: «Es preferible la muerte a la curación satánica». Algunos pretenden que los exorcismos fueron aprobados por la Iglesia en sus primeros tiempos, y citan en apoyo del aserto a Josefo, Eleazar, Ireneo, Tertuliano y San Agustín. Otros dicen que la magia se enseñó públicamente en la Universidad española de Salamanca y en la de Cracovia (Polonia), si bien fué condenada por la de París en el año 1318.

Supuesto que todo procedimiento terapéutico ilícito debe desecharse, es preciso admitir como únicos remedios los que Dios ha puesto a nuestro alcance: hierbas, plantas, minerales, sustancias nutritivas, etc., por efecto de sus virtudes particulares. Tales son los remedios adecuados, una vez convertidos en medicamentos. Debemos recurrir, pues, a los médicos, que tanto pueden hacer a favor de nuestro bienestar y considerarlos como agentes de la voluntad de Dios cuando de curar dolencias se trata. Pero es necesario que tengamos fe en el Todopoderoso y pongamos nuestro mayor empeño en coadyuvar al esfuerzo del médico.

Cabe recordar el consejo que el cronista y escritor político Cominges dio a los príncipes cristianos a raíz de haber sufrido el duque de Borgoña una derrota y hallarse atacado de melancolía y al parecer enfermo de muerte: «Ante todo rogad a Dios, haced penitencia y confesad vuestros pecados. Sólo después de haber hecho esto, recurrid a la medicina».

Grave falta cometemos cuando confiamos más en la medicina y en los médicos que en Dios mismo.

Admitida la necesidad de la creencia en Dios y de cumplir con las oraciones, podría suscitarse la duda de si hemos de rogar también a los santos por nuestra curación y si tienen poder para mejorar nuestra salud. La misma pregunta puede hacerle extensiva a las imágenes, reliquias, medallas, bendiciones de los santos, al agua bendita, a la señal de la cruz, etc. Los autores eclesiásticos sostienen firmemente que muchos enfermos de melancolía, demencia y embrujamiento fueron curados en las iglesias de San Antonio en Padua y San Vito en Alemania. Igual poder se atribuye a las santas de Loreto y Sichem. Por lo demás, se considera que cada santo puede curar especialmente una o más enfermedades determinadas: Santa Petronila, las fiebres, la gota, las intoxicaciones; San Román, los males producidos por embrujamiento; Santa Valentina, la epilepsia; San Vito, la demencia, etc.

En el mundo pagano existía casi un dios para cada enfermedad, que nombra Plinio, así como templos, días y ceremonias consagrados al amor, a la tristeza, a la virtud, a la libertad y hasta a la impudencia. Entre tales dioses y diosas, cuyo número hace ascender Varrón a 30.000, puede citarse a Vacuna, Cloacina, Prema, Premunda, Priapo y Angerona, esta última, diosa de la melancolía, según testimonio de Macrobio y San Agustín.

Coster, Gretser, Arcturo, Gregorio de Tolosa, Cicogna, Jerónimo Mengus y otros consignan un sinnúmero de ejemplos de curas milagrosas, obtenidas mediante reliquias, imágenes, agua bendita, cruces, amuletos, rosarios consagrados, etc. El jesuíta Barradius creía que el melancólico podía curarse mirando con fijeza las imágenes de Cristo y de la "Virgen María, lo que confirma el autor español P. Morales, fundándose en hechos acontecidos entre los cartujos. En nuestra época no son pocas las personas que con igual anhelo van en peregrinación a los templos de San Antonio en Padua y San Hilario en Poitiers (Francia). En este último hay un lecho donde se hace acostar a los insanos, y después de ciertas oraciones y ceremonias y de entregarse al sueño se despiertan curados. Relatos análogos figuran en las obras de Giraldo de Cambray, M. Ricci, Acosta, Loyola, etc. El jesuíta belga Jasper curó a una mujer demente suspendiendo sobre su cabeza el Evangelio de San Juan.

No está en mi ánimo negar las curaciones sobrenaturales que ordinariamente se realizan en el templo de San Antonio, aunque observaré que en ciertos casos cabe preguntarse si las afecciones que presentan los fieles y peregrinos son verdaderas y si no hay en ello superchería, como bien dice Hildesheim. En efecto, se conocen bastantes casos de impostura. Estrabón refiere curas milagrosas

debidas al falso dios Esculapio, cuyo templo se veía siempre lleno de enfermos, Había allí multitud de inscripciones, monedas, pinturas, etc., al igual que hoy día en la iglesia de la Virgen de Loreto en Italia.

Digamos en suma que basta tener fe en Dios y en el único mediador entre Él y el hombre: Jesucristo.

De los diversos bienes que el Altísimo ha dispensado al hombre, como dice el apóstol San Pablo, no es el menor la medicina, sino al contrario el más útil y el más eficaz para nuestro bienestar. También es preciso, pues, tener honda fe en la ciencia. No me refiero, por supuesto, a los charlatanes y curanderos, que no faltan en ninguna localidad, usurpan títulos que no poseen y desacreditan a la medicina con su ignorancia y su descaro. Hablo de los facultativos que han cursado estudios y son diestros y probos. Acerca de su labor y sus deberes tratan extensamente Wecker, Crato, Julio Alejandrino y Heurn.

Se plantea por otra parte la cuestión de si el médico debe dominar sólo la medicina propiamente dicha. Paracelso quiere que sea también mago, químico, filósofo y astrólogo. Ficino, Crato y Fernelio consideran indispensable el conocimiento de la astrología, lo que otros niegan. Por mi parte, no intentaré zanjar esta controversia y me remito a los trabajos de Juan Hossurt, Tomás Boder y Maginus, el último de los cuales expone, en el prólogo de su Medicina matemática, ideas a las que me adhiero sin reservas. El mismo autor dice que muchos médicos condenan la astrología dentro de su ciencia, pero yo repruebo a los facultativos que nada quieren saber fuera de la medicina misma, como lo han sostenido Hipócrates, Galeno, Avicena y otros. Bien se ha dicho que el médico ignorante de la astrología no pasa de ser un vulgar matasanos: *homicidas medicos Astrologiae ignaros*.

Por otra parte, no quiero opinar sobre cuestiones ajenas a mis conocimientos, para no parecerme al ciego que da su juicio sobre colores. Lo que sí exijo en el médico es una honradez a toda prueba, que no sea negligente ni venal ni trate de «desplumar» a su paciente. Un facultativo indigente, como dice Wecker, tratará de prolongar su tratamiento terapéutico mientras vea la posibilidad de obtener remuneración. Hay médicos que recetan remedios a troche y moche a todos los que se presentan a la consulta, aun cuando sea innecesario, con lo cual pueden agravar afecciones latentes, como expresa Heurn con fundada lamentación.

No pocas veces el galeno puede contribuir decisivamente a la curación del enfermo sin recetar nada, con sólo darle un buen consejo sobre el régimen que debe seguir, lo que ha de evitar o los hábitos perniciosos que debe suprimir. Los medicamentos innecesarios —que Amoldo censura en sus *Aforismos*— se oponen a la naturaleza y pueden debilitar un organismo vigoroso.

El médico debe proceder con sumo cuidado antes de diagnosticar una dolencia, para no ser engañado por los síntomas semejantes que presentan ciertas afecciones (y podría citar casos análogos en que han sido prescritos remedios, no sólo distintos, sino incompatibles entre sí). A veces tales remedios son poco efectivos como cuando se trata de los humores malignos, que con frecuencia se excitan en vez de eliminarlos o se eliminan a medias. Aunque el enfermo sienta aversión por determinados medicamentos no hay razón para prescindir de ellos. Pero casi siempre se peca por exceso en las prescripciones terapéuticas en perjuicio del organismo. Por eso dice Ecio que es necesario dar un respiro o descanso a la naturaleza: *Naturae remissionem dare oportet*.

Desde luego, por más competente y probo que sea el médico, si el paciente no sigue al pie de la letra sus indicaciones, los esfuerzos de aquél se malograrán.

Muchas observaciones pueden hacerse con respecto al paciente: ante todo, éste no debe ser tacaño ni tratar de salvar la bolsa a costa de la pérdida de su salud. No debe sentir vergüenza en revelar todos los aspectos de su enfermedad, pues la ocultación en este caso, además de ser una tontería *(stultorum pudor)*, puede traer graves inconvenientes; ha de tener voluntad de curarse, pues como dice Séneca, constituye un factor de la curación el querer alcanzarla *(velle sanari)*; no ha de esperar a que el mal se haga insufrible para ponerse en manos del médico y lamentar su propia negligencia en cuanto al cumplimiento de los preceptos que atañen a la salud. Pero si es conveniente no desatender los síntomas de una posible dolencia, en cambio es perjudicial mostrarse demasiado receloso en lo que toca a la salud y acostumbrarse a tomar remedios en todo momento, con lo cual sólo se conseguirá agravar todo malestar.

Precisamente una falta que cometen los melancólicos, como señala Cappivacci, consiste en exagerar o amplificar los síntomas propios en la creencia de que ello redundará en su beneficio. Además de las condiciones expresadas es necesario que el paciente tenga confianza en su médico y mucho optimismo. Damasceno quiere que el facultativo, antes de iniciar un tratamiento, ponga empeño en ganarse esa confianza expresando al enfermo que puede curarle, pues de lo contrario su labor profesional puede resultar ineficaz. Galeno llegó a decir que la fe tiene mayor poder que la propia medicina, y cuando ella alienta en el alma más fácil es la curación. Paracelso sostiene que los maravillosos éxitos terapéuticos de Hipócrates no se debieron tanto a la superioridad de sus conocimientos o a su destreza profesional cuanto a la fe absoluta que tenía la gente del pueblo en su valer.

A la fe, considerada como condición fundamental, es necesario agregar la obediencia y la constancia, cualidad ésta que se manifiesta en no cambiar de médico y permitir que el tratamiento pueda llevarse a cabo sin interrupción. Esto es lo que aconsejaba Séneca a su hermano Lucilio diciéndole: «ninguna herida puede curarse si se le aplican distintos emplastos» *(nec venit vulnus ad cicatricem in quo diversa medicamento, tentantur)*. En esta falta, expresa Crato, incurren todos los melancólicos, que al cambiar de médico y de remedios acaban por agravar su mal.

Montano refiere que antes de someter a una paciente a su tratamiento le advirtió que «si quería curarse debía tener paciencia, mucha perseverancia y mostrarse obediente; en cambio, la duda o la desconfianza podría malograr el buen resultado de la curación».

Por último, el paciente no debe ingerir sustancias curativas no aprobadas por su médico ni efectuar experimentos con su propio organismo, como ocurre cuando se entera de la existencia de un específico que cree excelente y hace de él uso por cuenta propia. He aquí el origen de lamentables errores que no raramente causan daño en vez de beneficio. Por lo demás, lo que puede recetarse a un enfermo no siempre es recomendable a otro, aun cuando se trate del mismo caso. Los sujetos incautos —dice un autor— suelen hallar en los libros indicaciones de medicamentos que creen de gran eficacia, pero al usarlos no pocas veces sufren un cruel desengaño y el remedio, en vez de curar, obra como un tóxico. Recuerdo que Valleriola cuenta que un italiano llamado Juan Bautista encontró casualmente en una calle de Napóles un opúsculo en el que se hacían tales elogios de las virtudes del eléboro que bebió una copita de su esencia y sufrió una aguda intoxicación.

En el Eclesiastés se lee que el Señor creó remedios para nuestras afecciones y los distribuyó sobre la tierra. Se trata de plantas, minerales, sustancias animales, etc., buenos para unos y nocivos para otros, y aun nocivos en todos los casos si no son objeto de elaboración industrial o dosificación farmacéutica, ya simples, ya combinados, etc.

La terapéutica, según la expresión de Hipócrates, no es más que un arte cuantitativo, una operación de suma y resta, y si esto es cierto en lo que concierne a todas las enfermedades, lo es aún más en lo tocante a la melancolía, por lo que la dosis de los medicamentos es cuestión que requiere especial cuidado.

Algunos pretenden que un mismo remedio puede curar todas las enfermedades siempre que sea usado en distinta cantidad, como la *Panacea aurum potabile* o la *Herba solis*, asunto muy discutido en nuestro tiempo.

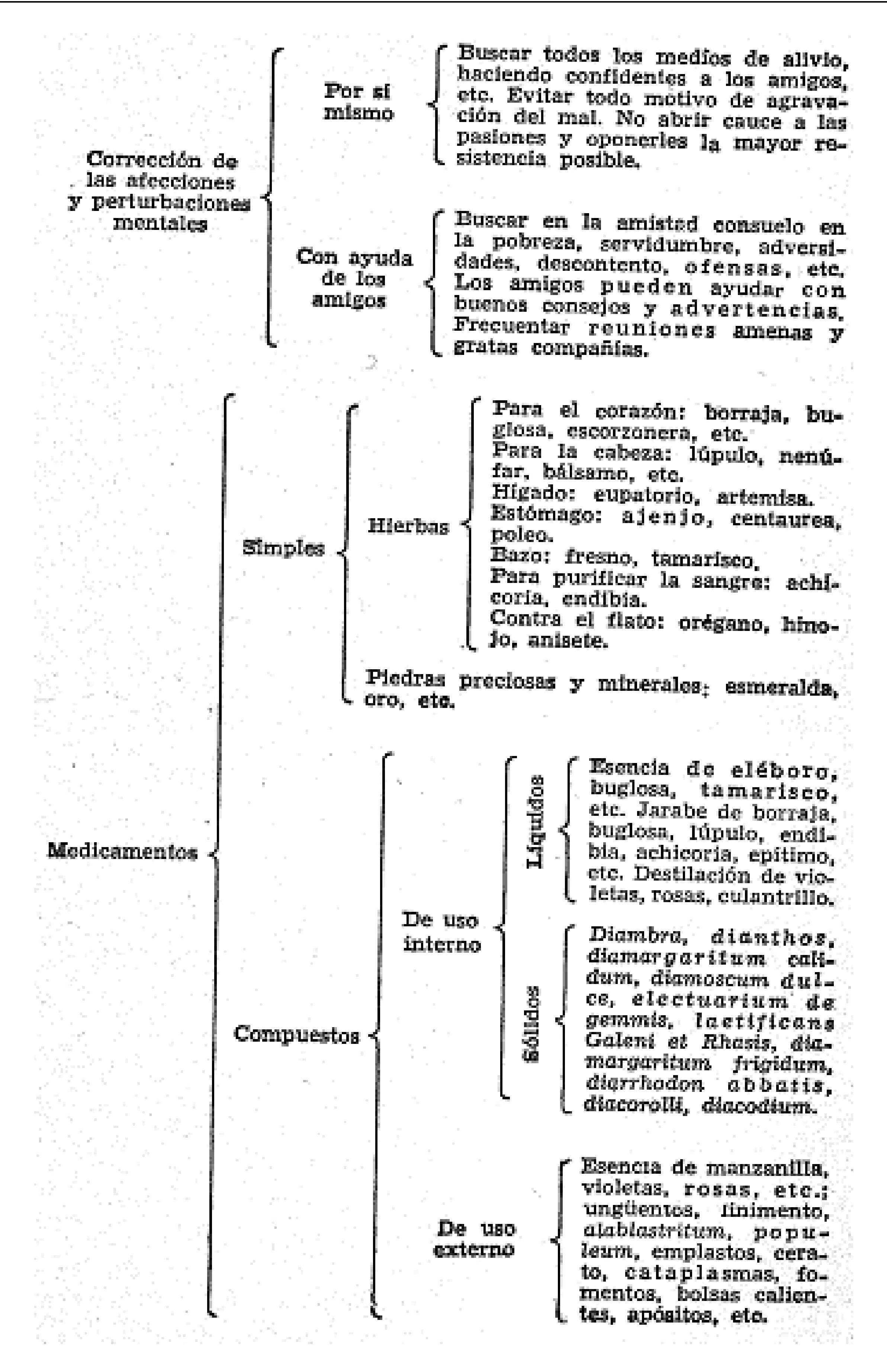
Paracelso reduce todas las enfermedades a cuatro principales: lepra, gota, hidropesía y epilepsia. El grupo de la lepra comprende a su vez las úlceras, pústulas, sarna, caspa, etc.; la gota incluye los cálculos o litiasis, el cólico, el dolor de muelas y de cabeza; dentro de la hidropesía agrupa las fiebres, la ictericia, la caquexia, etc., y bajo la denominación común de epilepsia reúne la parálisis, vértigo, convulsiones, pesadillas, calambres, apoplejía, etc. Profesan el mismo criterio Ravelasco, Severino, León Suavio y otros. El primero de ellos sostiene que «si alguna de esas cuatro enfermedades principales es curada, todas las secundarias correspondientes se curan también» *(sanantur omnes inferiores)* y que para cada grupo los remedios son comunes. Pero se trata de un criterio que peca de generalización excesiva y por eso es impugnado por muchos.

En lo que respecta al caso particular de la melancolía hallo diversos remedios, métodos y prescripciones. Los que pretenden curar la melancolía —dice Duret en sus notas al libro de Holler— exponen nueve procedimientos; Savanarola formula siete .reglas especiales; Montalto, Faventino, Hércules de Sajonia y otros consignan métodos distintos para alcanzar tal objeto.

Creo que los remedios, métodos y sistemas curativos pueden reducirse a tres clases: la dietética o alimentación, los medicamentos farmacéuticos y la cirugía, tal como lo indican Wecker, Crato, Guianeri y la mayoría de los especialistas.

CUADRO SINÓPTICO DE LOS MEDIOS CURATIVOS DE LA MELANCOLÍA

- **Alimentación**
  - Materia y calidad
    - Alimentos de fácil digestión, bien sazonados, hervidos, frescos, nutritivos, etc.
    - Pan de trigo, bien cocido.
    - Agua clara de manantial.
    - Vino y bebidas no muy fuertes.
    - Carne: Pájaros silvestres, perdices, faisanes, codornices, gallina, pollo, carnero, ternera, cabrito, conejo, etc.
    - Pescado: Especies que se crían en las aguas arenosas: lucio, perca, trucha, peces de mar.
    - Hierbas y verduras: Borraja, buglosa, achicoria, escarola, etc. Prescindir de las verduras crudas.
    - Frutas y tubérculos: Semillas de girasol, manzanas, naranjas, chirivías, patatas, etc.
  - Cantidad: Razonable, en las horas usuales de las comidas, dando tiempo a que se realice la digestión en cada una; porciones más bien reducidas que sobrecargadas.
- **Corrección de malos hábitos o defectos**
  - Regulación de las retenciones y evacuaciones (estreñimiento, poluciones, epistaxis, amenorrea, etc.).
  - Aire: Preferir la atmósfera cálida y húmeda, clara, saludable, grata, etc. Renovar el aire con frecuencia, dejando las ventanas abiertas. Evitar en lo posible salir en los días de tormenta y neblinosos.
  - Ejercicios: Deben ser físicos y mentales, pero moderados, como la caza, equitación, tiro, juego de bochas, pesca, paseos campestres, tenis; jugar al ajedrez, a los naipes, a las tablas; frecuentar espectáculos, bailes y mascaradas; dedicarse a estudios serios, a negocios y a ocupaciones adecuadas, incluyendo todo esparcimiento sano.
  - Evitar la vigilia excesiva y el sueño intranquilo y torturador.
  - Corregir las anomalías y perturbaciones mentales.


Corrección de las afecciones y perturbaciones mentales
Por sí mismo
Buscar todos los medios de alivio, haciendo confidentes a los amigos, etc. Evitar todo motivo de agravación del mal. No abrir cauce a las pasiones y oponerles la mayor resistencia posible.
Con ayuda de los amigos
Buscar en la amistad consuelo en la pobreza, servidumbre, adversidades, descontento, ofensas, etc. Los amigos pueden ayudar con buenos consejos y advertencias. Frecuentar reuniones amenas y gratas compañías.
Medicamentos
Simples
Hierbas
Para el corazón: borraja, buglosa, escorzonera, etc.
Para la cabeza: lúpulo, nenúfar, bálsamo, etc.
Hígado: eupatorio, artemisa.
Estómago: ajenjo, centaurea, poleo.
Bazo: fresno, tamarisco.
Para purificar la sangre: achicoria, endibia.
Contra el flato: orégano, hinojo, anisete.
Piedras preciosas y minerales: esmeralda, oro, etc.
Compuestos
De uso interno
Líquidos
Esencia de eléboro, buglosa, tamarisco, etc. Jarabe de borraja, buglosa, lúpulo, endibia, achicoria, epitimo, etc. Destilación de violetas, rosas, culantrillo.
Sólidos
Diambra, dianthos, diamargaritum calidum, diamoscum dulce, electuarium de gemmis, laetificans Galeni et Rhasis, diamargaritum frigidum, diarrhodon abbatis, diacorolli, diacodium.
De uso externo
Esencia de manzanilla, violetas, rosas, etc.; ungüentos, linimento, alablastritum, populeum, emplastos, cerato, cataplasmas, fomentos, bolsas calientes, apósitos, etc.

- **Remedios drásticos o purgativos**
  - **Simples**
    - Vomitivos: Asarabácara, laurel, eléboro blanco, cebolla albarrana, antimonio, tabaco.
    - Enemas:
      - Más suaves: sen, epítimo, helecho, mirobalano, etc.
      - Más fuertes: áloe, piedra Armenus, lapislázuli, eléboro negro.
  - **Compuestos**
    - Líquidos: pociones, jarabes, vino de eléboro, buglosa, etc.
    - Sólidos: piedra Armenus, píldoras de la India.
    - Electuarios, diasena, preparado de hamech, hierogladium, etc.
    - Rapé, sustancias odoríferas.
    - Clisteres, supositorios de «jabón de Castilla», miel caliente, etc.

- **Procedimientos quirúrgicos**
  - Sangrías en casi todas las partes del cuerpo, con cuchillo o sanguijuelas.
  - Ventosas.
  - Cauterización con hierros calientes.
  - Sinapismos.
  - Incisiones para dar salida a los humores.

- **Curación de la melancolía cefálica**
  - Alimentación moderada, a base de sustancias jugosas y de fácil digestión.
  - Aire puro.
  - Dedicar más horas al sueño que las ordinarias.
  - Mover el vientre diariamente, ya naturalmente, ya con el uso de drásticos.
  - Ejercicios corporales y mentales moderados. Evitar las preocupaciones excesivas y las perturbaciones de la mente.
  - Si hay mucha acumulación de sangre impura, practicarse sangrías en el brazo, la frente, etc., o aplicarse ventosas.
  - **Preparados y purgantes**
    - Preparados: jarabe de borraja, buglosa, epítimo, lúpulo, con sus respectivas esencias.
    - Purgantes: extracto y jarabe de eléboro, polvo de Hali.
  - Fricciones, clisteres, supositorios.
  - Flebotomía con sanguijuelas (en la frente, hombros, muslos). Incisión. Cauterización.
  - Cordiales. Especias.
  - *Electuarium laetificans Galeni et Rhasis, Diamargaritum frig. diaboraginatum*, etc.

- **Curación de las afecciones de la cabeza**
  - Remedios de uso externo
    - Aspirar el perfume de rosas y violetas; lavarse la cabeza con cocción de lechuga, malva, etc.; epitimo, ungüentos; fomentos de aceite sobre el vientre; baños en agua donde se han hervido violetas, rosas, malva, flores de borraja, etc.
  - Contra el insomnio
    - Adormidera, lechuga, rosas, verdolaga, beleño, mandrágora, opio, solano; jarabes de adormidera, violetas, rosas y gordolobo; inhalaciones de vinagre, opio y agua de rosas; ungüentos, *alablastritum*, ungüento populeo, simple o mezclado con opio; lavado de cabeza y de pies; escuchar música; friccionarse la cabeza con bolsitas de beleño.
  - Para evitar pesadillas: no cenar muy tarde ni comer guisantes, coles, carne de venado o sustancias de difícil digestión.

- **Para la melancolía general**
  - Drásticos, cordiales, flebotomía (cuando sea necesario); purificación de la sangre con sen, achicoria, endibia o escarola, diente de león, etc.

- **Curación de la melancolía hipocondríaca o flatulenta**
  - Sangrías, en caso necesario; cordiales, purgantes (sin abusar de éstos), poleo, cocción de centaurea (que por sí sola ha curado a muchos); si la orina es escasa, sustancias diuréticas, como el anisete y el ásaro.
  - Contra el flato
    - Genciana, angélica, *calamus aromaticus*, poleo, ruda, calamento, laurel, escordio, espliego, manzanilla, centaurea, comino, hiniesta, azafrán, canela corteza de nuez moscada, pimienta, almizcle, zedoaria con vino; anisete, semillas de hinojo, ortiga, baya, perejil, *grana paradisi*, *dianisum*, *diagalanga*, *diaciminum*, *diacalaminthes*, *electuarium de baccis lauri*, *pulvis carminativus*, *aromaticum*, *rosatum*, etc. Entre los remedios de uso externo figuran las ventosas aplicadas en la región del hipocondrio y las fricciones con cocción de ruda, anís, etc.

FIN